

A watercolor illustration of the map of Spain, rendered in shades of red and blue. The map is the central focus, with the word 'agua' overlaid on it. The background is white, with blue and red watercolor splatters and drips around the map. The title 'Las Arcas del agua' is written in a serif font, with 'agua' in white and the other words in blue.

Las  
Arcas  
del  
agua

Antonio Morillas

  
EDICIONES HADES

*Las Arcas del agua*

Antonio Morillas

***EDICIONES HADES***

“Relatos”

© Antonio Morillas Jiménez  
© Ediciones Hades  
12163 Culla (Castelló)  
info@edicioneshades.com  
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-949932-8-2  
Depósito Legal – CS 465-2019

Ilustración Portada – José Manuel Raya Medina  
Diseño Portada – Javier Blázquez Murillo

# *Las Arcas del agua*

*A mi mujer.  
A nuestros hijos,  
Antonio y María.*

*Los lugares se pierden si alguien no los escribe.*  
Italo Calvino

Las Arcas del agua ayer fueron trigales y hoy son escenario sobre el que se representa la vida. En apenas doscientos metros se concentran los bares en los que coincidimos a diario mayores y jóvenes y desde donde vemos caminar, mochila al hombro, a punto de ser derrumbados, a niños y niñas que vestirán el paisaje del futuro. Niños y niñas que no creen a sus mayores cuando les cuentan que, en un tiempo no muy lejano, en el lugar donde está su colegio o su instituto, o donde instalaron ese centro comercial en el que se desarrollan las nuevas relaciones sociales, ayer había árboles y huertas, o trigales, y que en un tiempo aún más lejano un arroyo caudaloso era la fuente de la que bebían aquellos campos.

En las Arcas del agua conviven pasado y presente y acumula fuerzas el futuro.

Desde esta atalaya ambulante anoto en el bloc de la vida el deambular por la existencia de unos y otros, el deseo, la añoranza... Pasado y futuro de hombres y mujeres, de niños, adolescentes y jóvenes que sueñan, viven, recuerdan y añoran sobre una tierra de aluvión forjada con el verbo resistir que ha alumbrado este presente.

*Es una tarea más ardua honrar la memoria de los seres anónimos que la de las personas célebres.*

Walter Benjamin

## *L., Antonio. Autónomo*

L., Antonio es un emprendedor. Se embarcó en la aventura de abrir un bar con su mujer, es rojo, dentro de lo que cabe, y del Barça, aunque buen tipo. Él ejerce de gerente y su mujer de cocinera y camarera, aunque curra detrás de la barra tanto como ella, pero más despacio, y hace los recados. Como le digo para martirizarle: haz una carrera de gerente para poner vinos, cañas y cafés – solo de vez en cuando sirve algún cubata que es lo que deja dinero– y hacer los recados. Además, por ser autónomo, no puede cobrar el paro y se va a jubilar el último de su promoción de la fábrica de frigoríficos Kelvinator, donde inició su trayectoria laboral de botones. Otros compañeros de aquella época, con las cuatro reglas aprendidas, llegaron a concejal de su pueblo, pues en los últimos tiempos del franquismo se afiliaron a un sindicato y sabían embaucar a las masas ávidas de líderes lenguaraces que las guiaran.

En su bar, desde la apertura y en un lugar central de la pared, colocó, como hecho diferenciador, una pizarra verde en la que anota frases redondas, sentenciosas, que ilustran a su parroquia:

“Donde hay justicia no hay pobreza” (Confucio).

“El método más seguro de permanecer pobre es ser una persona honrada” (Napoleón).

“Un tonto pobre siempre será tonto. Un tonto rico siempre será rico” (Lafitte).

“El pobre puede morir; lo que no puede es estar enfermo” (este refrán popular se lo aplicaba a su condición de autónomo y se deprimía).

Una vez escribió: “El pobre se arruina en el momento que deja de estar sobrio” (Arenal); realmente le gustó esa aseveración, pero la borró cuando se dio cuenta de que no iba bien para el negocio.

Cada cliente hace su aportación y él, de buen grado, la escribe con tiza blanca y letra cuidada, salvo que la frase en cuestión sea contraria a sus principios porque en eso es inflexible; la única condición que debe cumplir cualquier sentencia o dicho popular destinados a la pizarra es que dé caña a los poderosos.

L., Antonio, una vez que entró en vigor la ley que prohibía fumar en locales cerrados, amplió el negocio. Instaló una terraza con toldos en la calle, previo pago de la correspondiente tasa al ayuntamiento depredador, para que la clientela fumadora fumara. Todo fue a peor porque se tuvo que multiplicar y

no daba abasto; además, no podía contratar a otro empleado porque el resultado del beneficio, cuando cerraba el balance de gastos e ingresos a final de mes, no alcanzaba para afrontarlo.

Ahora tenía que atender la barra y, además, la terraza. Los paseos se multiplicaban: Primero, ¿qué van a tomar?, lleva la bebida (de una vez si le cabe en las dos manos, si no...), después, el aperitivo, luego, tráeme la cuenta, finalmente, cobrar y llevar la vuelta si no le dan el importe exacto...: seis viajes mínimo. Y lo hacía así, tan lento, porque no podía coger peso, aunque yo creo que era por no saber manejar con solvencia la bandeja al haber aterrizado tarde en la profesión. No podía coger peso para no resentirse de la hernia pues los autónomos tienen que curarse trabajando y no pueden darse de baja porque cobran una porquería en esa situación. Parece como si a este colectivo no les hubiesen llegado los beneficios del estado del bienestar, aunque luego compensan porque declaran a Hacienda mucho menos de lo que ganan.

—Eh, eh, para quieto, eso algunos... —protesta L., Antonio cuando afirmo lo de Hacienda.

Alguna vez, incluso, tiene que aguantar que algún cliente —que, como siempre, lleva razón— se mofe de él diciéndole que lo tienen que operar de la hernia a tumba abierta cuando llegue su turno en la interminable lista de espera.

—Sí, sí, listas de espera que provocan las políticas austericidas del gobierno de la derecha —apostilla el gerente ante su parroquia siempre que tiene ocasión.

Y es que a él le gusta participar en las conversaciones de los clientes, exponer abiertamente y sin tapujos sus ideas, porque se considera amiguete de todos, pero su mujer no se lo consiente.

—A nosotros ni el fútbol ni la política nos dan de comer y los clientes sí, así que tú a callar y a poner cañas.

Y él replica:

—Y la libertad de expresión ¿qué?

Y ella responde:

—Eso es cosa de los políticos. Cuando cerremos y me pidas de comer te voy a poner de primero libertad de expresión y de segundo una ración de goles o de casos de corrupción, a ver si me pides luego el postre o algo de más consistencia, ¡qué coño!

Y es que la señora T es sabia y por eso ha prohibido poner los canales

de televisión en los que ofrecen debates políticos, eventos deportivos o cotilleos del corazón. Los clientes solo vemos, en los documentales de La 2, como en bucle, las viejas historias de cocodrilos y ñus o de leonas cazando para su señor, salpicados de algún que otro resquebrajamiento en el casquete polar Ártico o Antártico debido al cambio climático con algún añadido sobre la pesca de salmones por el oso grizzly.

L., Antonio, es un buen tipo. Es una pena que los autónomos tengan limitada hasta la libertad de expresión.

## *Un hombre de trece años*

—¿Cómo te llamas?

—José.

—¿José a secas?

—Sí, yo soy pobre y los pobres solo tenemos un nombre.

José tiene un par de años más que yo y emigró del pueblo en 1970. Su padre fue compañero del mío en sus viajes por Europa y ahora lo veo por el pueblo y recordamos nuestras vidas por los caminos.

—¿Y tu padre, José? —le pregunto en el bar que regenta.

—Ahí está, con sus ochenta y tantos años y hecho un mocico.

—¡Qué suerte!, es un tipo duro, de una pasta que ya no existe. Me acuerdo cuando vivía mi padre y en las conversaciones siempre salían a relucir sus viajes a Suiza, a Holanda...

—A Holanda no lo dejaron pasar porque se había olvidado de un papel en Graná.

—No, a Holanda sí fue porque estuvo con mi padre —replico.

—Llevas razón, fue en Alemania... después de gastarse los cuartos el pobre...

José vivió en el pueblo hasta los trece años. A esa edad, harto de pasar penalidades, de tener que levantarse al alba para manchar remolacha o recoger papas, segar alfalfa o limpiar cochineras para no ver lucir el sol como correspondía a tanto esfuerzo, decidió huir de esa vida de trabajo sin recompensa, como tantos otros habían hecho antes que él. Su vista estaba puesta en Palamós, Gerona. Hasta el pueblo llegaban noticias de una vida de trabajo y esfuerzo, pero con recompensa y quiso seguir su rastro. Decidió marcharse y, para conseguir el dinero del viaje, la única salida que encontró fue recurrir a su abuela. Fue a la cueva donde vivía y le dijo con el gesto serio y la voz contundente de quien tiene claro lo que quiere y sabe cómo conseguirlo:

—Abuela, quiero ir a Palamós a trabajar y necesito mil pesetas. Me las das o te las robo.

La abuela no tenía opción, y como no quería que a su nieto valiente nadie lo pudiera tachar de ladrón, le dio mil pesetas en billetes de a cien para

que no llevase encima un billete tan grande. En medio de ellos puso unas estampas de la Virgen del Rosario y del Cristo de los Milagros: entre los dos lo protegerían en su aventura al otro lado de los cerros, donde, en otros tiempos, pensaba que no había nada.

Con el dinero del viaje en su faltriquera habló con alguien que se encargaba de proporcionar medio de locomoción a los que emigraban y le encontró plaza en un coche que haría el trayecto entre el pueblo y Barcelona. Concertaron el día y el precio del viaje. Dijo a los padres que se iba, que no se preocuparan pero que tenía que buscarse la vida lejos de allí para no tener que hacer como su progenitor, que no paraba en el pueblo. A la madre se le puso un nudo en la garganta, pero, acostumbrada a las ausencias, solo le salió un “que Dios te bendiga, hijo”. El padre, hombre duro y curtido en los caminos, le pasó el brazo por el hombro y, mirándole fijamente, solo acertó a decirle: “Tú sabrás lo que haces, chava...” De nada habría servido que intentaran persuadirle de que no lo hiciera porque la decisión estaba tomada y no había marcha atrás.

La madre le preparó un hatillo con su escasa ropa, (“menos mal que casi estamos en el verano y se necesita poca”, pensó), y otro con tocino, morcilla y un cacho de butifarra, además de media hogaza de pan, todo envuelto en una servilleta de cuadros rojos y blancos que conservaba mejor los alimentos.

Así, una tarde, provisto de tan escaso equipaje, bajó hasta el bar Parada, donde esperaba el coche que lo llevaría a Barcelona junto a cinco aventureros más que iniciaban un viaje de ida sin billete de vuelta para escapar de aquella tierra ingrata que no se cansaba de expulsar a sus hijos.

El camino parecía no tener final; tuvieron que parar varias veces pues el vehículo se calentaba en exceso antes de abandonar las sinuosas carreteras, salpicadas de baches, que atravesaban las escarpadas sierras del Sureste español, a donde aún no habían llegado los albores de la modernidad que se vislumbraba en las tierras del levante mediterráneo gracias al turismo.

Después de toda la noche en la carretera, en la que se hizo difícil conciliar el sueño, llegaron a Barcelona. José tuvo que esperar un rato largo en la estación para tomar el autobús de línea que lo trasladara a su lugar de destino. Entretanto, sacó la navajilla, partió un cacho de tocino y otro de pan y fue cortando trocitos y comiendo despacio: “Con el estómago lleno se afronta mejor el futuro”, pensó. Como el estómago no quedó satisfecho, cortó un poco de butifarra.

En la estación de autobuses de Barcelona, poco antes de la hora de

salida, paró en el andén un viejo autobús, con asientos de madera, al que le temblaban todos los huesos. A pesar de los inconvenientes, con el estómago lleno y el cansancio acumulado, una vez iniciada la marcha, José se quedó dormido profundamente. Despertó sobresaltado sin saber dónde estaba, se levantó del asiento y se dirigió al conductor para preguntarle si faltaba mucho para llegar a Palamós. El hombre contestó sin inmutarse que se había pasado de pueblo y no podía parar en mitad de la carretera:

—El siguiente pueblo es Palafrugell y no hay más autobuses hasta mañana. Desde allí puedes volver andando, solo son siete kilómetros —dijo ante el niño desvalido y tembloroso que tenía delante.

Solo eran siete kilómetros y no quedaba otro remedio que volver andando. La impotencia ante la fatalidad y el sentirse perdido en medio de lo desconocido, provocaron que fuese todo el camino llorando. Solo pensaba que la desgracia, aunque fuese una desgracia menor, se había cebado con él y que el destino bien podría no jugarles tan malas pasadas a los pobres hombres que solo quieren buscarse la vida dignamente.

José llegó a Palamós exhausto, pesaroso, con el temor de que lo que mal empieza mal acaba. Llevaba apuntada la dirección de un hostel-restaurante en el que trabajaban unos conocidos del pueblo y preguntó cómo llegar hasta allí. Después de otra larga caminata, lo encontró. Todavía estaba cerrado; se sentó en las escaleras que daban acceso a la puerta y esperó a que abriesen. Por fin salió una señora que lo reconoció de inmediato:

—Hijo mío, cuánto me alegro de verte, pero, ¿por qué no has llamado a la puerta...?

Se abrazaron. José se sintió a salvo entre aquellos brazos, acogedores como los de su madre. Una vez dentro narró a borbotones la peripecia de su viaje, que se había quedado dormido en el viaje desde Barcelona y había llegado hasta otro pueblo que se llamaba Palafrugell.

—Y has estado llorando... —afirmó ella mientras con un pañuelo le limpiaba los ojos enrojecidos y los churretes de la cara.

La señora pensó que podría haber sido el caso de su hijo si ellos no hubiesen huido a tiempo del pueblo, y lo volvió a abrazar, mostrándole, con el calor de su abrazo, la solidaridad de los iguales en la desdicha. Lo acompañó hasta la cocina del restaurante y ordenó a una chica, más o menos de su edad, que le pusiera de comer hasta que se hartara.

—Y después de que descanse un rato, ponédle un delantal y a trabajar —ordenó.

Ya tenía comida y trabajo, y la señora le proporcionó en el mismo hostel una habitación que sería su casa mientras estuviese allí.

Volvemos al presente y le comento a José que yo tenía nueve años cuando me fui, pero que siempre vuelvo.

—Yo tardé mucho en volver aquella primera vez —me dice—, pero la de ahora es definitiva. Aquí me jubilo, y como empecé, en la hostelería: camarero, cocinero, pinche... Desde chiquitillo aprendí lo que es el trabajo duro y está uno de vuelta de to'. Lo que tengo claro es que ya no me voy a ningún sitio, que bastante he rodado por los caminos. De aquí ya no me saca nadie si no es con los pies por delante.

Cuando terminó de contarme la primera parte de su viaje, ya tenía necesidad de seguir narrando la siguiente etapa:

“Acabó el verano y en el restaurante me dieron dos mil pesetas de salario y otro tanto de incentivos y de liquidación. Allí ya no había trabajo y, como me habían dicho que empezaba la época de la vendimia en el sur de Francia y, además, se ganaba buen dinero, decidí marcharme pa'llá. Me agencí una bolsa de tela en la que metí el dinero y la cosí a los calzoncillos pa' evitar las malas tentaciones.

En Figueras reclutaban para la vendimia a trabajadores que después pasaban la frontera, y allí me fui. Mientras merodeaba por la zona de reclutamiento se acercó a mí un tipo medio jorobao, que resultó ser un payés catalán y me preguntó, chapurreando castellano, que si estaba solo y que adónde iba. Contesté medio asustao, temiendo que fuese policía, que quería ir a la vendimia a Francia pero que estaba desorientao, que no tenía papeles y no sabía qué hacer. El jorobao me dijo que me pusiera en la fila con sus hijos, al menos seis, de toas las edades, como si fuera uno más de ellos. El padre enseñó su pasaporte a las autoridades que guardaban el puesto fronterizo y dijo, señalándonos, que toda aquella jarca era su familia, yo incluío. To's pasamos la frontera y nunca estaré lo bastante agradecío a aquel hombre bueno.”

Estuvieron veintidós días trabajando como bestias de carga, con un menú único a base de arenques y tocino prensado, durmiendo en barracones como deportados. Además, la poca edad y la ausencia de malicia, no hicieron sino aumentar su desgracia. Me cuenta José que un día pasó el encargado de

repartir la comida en un momento en el que él se había despistado y se quedó sin el rancho diario. Los franceses preguntaban en su idioma por qué no comía y él, reacio por vergüenza a confesar la verdad, les decía que no tenía hambre, hasta que, por fin, cuando el hambre pudo más que la vergüenza, y ante la insistencia de una señorita, hija de los dueños, confesó que a él no le había llegado el bocadillo. La señorita, después del trabajo, lo llevó a un edificio que desde fuera era cochambroso pero resultó ser un palacio encantado de puertas adentro; abrió un frigorífico de dos puertas con todos los alimentos que él no habría podido imaginar ni en sus mejores sueños cuando soñaba con comida. Ella sacó de la panera una inmensa baguette, la untó de queso cremoso por un lado y por otro y la rellenoó con jamón.

—Me duró el bocaíllo tres días —dice sonriendo y relamiéndose— porque no quería que se me acabara nunca...

Continúa José su relato:

—Cada tropiezo me ayudaba a espabilar, pero el precio del aprendizaje era demasiao caro pa' un chiquillo. Solo tenía trece años y empezaba a hacerme un hombre. Y pensaba en el pueblo; no podía dejar de pensar en el lugar en el que se queó la familia y, a veces, pensaba en volver, pero me echaba pa' atrás diciéndome que allí, por mucho que intentara buscarme la vida, no había en qué hacerlo....

Respira hondo, cierra los ojos, se da un paseo por toda la barra como para coger aire y vuelve donde me encuentro, la mirada fija en su rostro curtido, en silencio, asimilando en mi interior la vida de sacrificios de este hombre. Me llena el vaso, me pone otra tapa y prosigue con el relato del viaje de un héroe anónimo:

—Volví con veintidós mil pesetas a Palamós pa' seguir trabajando en aquel restaurante, donde aquella señora del pueblo me salvó la vida el primer día. Al poco tiempo de volver de la vendimia y de instalarme de nuevo en aquella pensión pa' hacer frente a una vida que se presentaba mejor, ahora con las espaldas cubiertas por el dinero que había ganao a base de sudor y arenques, se presentó mi padre, que venía otra vez de vuelta de Alemania. Le confesé lo que había ganao en la vendimia y me dijo que se lo diera. Protesté, claro que protesté. ¿Qué derecho tenía? Me había costao mucho trabajo ganar aquel dinero, pero me dijo, mientras se le dibujaba en la cara un lamento:

—Hazte cargo, chavea: eres el mayor y tienes que ayudar... Tú comerás to's los días, pero en el pueblo quedan seis bocas que alimentar y no querrás que tus hermanos pasen hambre, ¿verdad?

José pensó en sus hermanos, en su madre, en su abuela y sonrió reconfortado sintiéndose importante. Debía empezar, una vez más, de cero, pero ya estaba en el camino. A punto de cumplir los catorce años, se consideraba todo un hombre preparado para plantarle cara al futuro. A su padre, que había vendido dos marranos para poderse costear el viaje a Alemania, no lo dejaron pasar porque no llevaba un papel imprescindible para cruzar la frontera.

José, hoy, escribe los últimos renglones de su extensa vida laboral detrás de la barra de un bar en el lugar de donde partió, y yo escucho mientras apuro un vino del país y saboreo un trozo de morro de cerdo asado en las brasas, y pienso en este país nuestro de cuyo pasado reciente es mejor no acordarse.

En 1970, José, en Palamós, acompañó a su padre hasta el autobús que lo llevaría de vuelta al pueblo y, mientras le despedía, vino a su memoria aquella mañana en la cueva de su abuela, mientras se tomaba un tazón de leche con sopas, y recordó la cara de ella cuando la puso en la tesitura de las mil pesetas.

—Abuela: me las das o te las robo.

Ella se las dio de buena gana porque sabía que estaba abriendo las puertas de su futuro. Ahora, las veintidós mil pesetas que se llevaba su padre irían a paliar la inmediata necesidad de los hermanos que quedaron en el pueblo y que eran todavía demasiado jóvenes para huir.

—Cuando llegues al pueblo dale a la abuela mil pesetas que le debo — le dijo a su padre poco antes de que el autobús partiera rumbo al sur.



## *El Güita*

*El trabajo ennoblece al hombre (...) porque un hombre trabajando está más digno que tomando vermouths o bailando tangos.*

Francisco Umbral, “*Mortal y rosa*”

—¿Cómo te va la vida, Güita?

—Gastándola poquito a poco...

El Güita se movía por las terrazas de los bares del barrio cantando las *Coplas del payador Perseguido* y otros romances de perdedores de su patria querida, con una guitarra vieja, un sombrero campero y un poncho comprado en el Rastro madrileño, aunque él contaba que se lo tejió con amor la viejita de su vieja. Con la vista cansada y bolsas bajo los ojos imposibles de disimular, arrastraba su andar cansino por estos caminos de asfalto, tan lejos de su Pampa añorada.

Trasegaba güisqui en pequeños sorbos a todas horas y hablaba, a quién quisiera escuchar, de peronistas y radicales, y de montoneros, populistas y militares sanguinarios. Alardeaba de que supo ponerse siempre del lado de los ganadores, hasta que una vez no le respondieron los reflejos y tuvo que salir de su patria por pies, “cagando leches”, decía, expresión del foro que asumió como propia y que soltaba a la menor ocasión, con ese deje cansino que parece como si estirase las palabras como día de verano.

Llegó a la madre patria y se estableció en la capital hasta que el señuelo de unas faldas lo trasladó a nuestro barrio. Y en el barrio se compró un chulé adosado, al que él quitó el apelativo de adosado, y en cuyo patio, para tener más presente su vida en la Argentina, crió pollos, gallinas y conejos, hasta que el vecindario lo denunció por el ruido que armaba tan intrépido ejército en territorio inadecuado y a las horas de la madrugada que no son propicias para canto de gallo ni cacareo de gallina.

Aquí se quedó, incluso después de que desaparecieran las faldas por culpa de la convivencia, que estalló definitivamente cuando se produjo un accidente inesperado. El Güita, nada más llegar al barrio, se había agenciado una moto de gran cilindrada porque todavía sus condiciones físicas le permitían algunos caprichos que por la edad no debía acometer, pero él se consideraba de una pasta especial. Y la mañana de un día de verano montó a su chica, también entrada en años y, parece ser, en contra de su voluntad, como

paquete en la moto y se dirigieron a conocer Benidorm. Al llegar al puente sobre la vía del tren, en la salida del pueblo, un bache hizo que el paquete saltara por los aires. Él prosiguió la marcha sin percatarse –aseguraba– de que nadie abrazaba su cintura. Poco antes de tomar la carretera nacional, cuando vio que iba solo, se planteó seriamente si seguir su camino o volver, pero ese pensamiento solo duró un instante. Dio la vuelta y la encontró en un lateral del puente, magullada, atendida por los ocupantes de un vehículo que circulaba detrás del suyo, que presenciaron la escena y pararon para socorrer a la desdichada. Cuando el Güita llegó al escenario de la caída, ella le soltó sin preámbulos:

—¡Eres un hijo de la gran puta, no quiero volverte a ver!

Él le hizo caso y se fue camino de Benidorm.

Después de la separación, el hombre contrató los servicios de una señora para que limpiara la casa, arreglara la ropa e hiciese la comida tres días a la semana, según el contrato verbal que suscribieron y que nunca plasmó sobre papel.

*Donde fueres haz lo que vieres...* El Güita se aplicó el cuento y poco a poco se convirtió en un argentino apócrifo, a tiempo parcial, porque adquirió costumbres de la metrópoli que la colonia nunca adoptó. Se hizo aficionado a los toros y al flamenco, arte que intentó practicar en algún tablao al que llegó armado con su guitarra, pero del que pronto desistió. Sí prodigó su afición a los toros porque se percató de que, durante San Isidro, a la plaza de Las Ventas concurría lo más granado de la sociedad madrileña, incluidas señoronas emperifolladas, retocadas hasta en lo más recóndito de su ajado cuerpo, y señoritas, con tetas de silicona recién inauguradas, en busca de una cama rica que le asegurase un porvenir en el mundo del espectáculo o, como alternativa, en un burdel de lujo. En la primera corrida a la que asistió un viernes, después de su separación, cazó, y el fin de semana se paseó por la acera de los bares de “Costa Fleming”, como bautizamos el lugar de las terrazas en nuestro barrio, del brazo de un saco de huesos con añadidos de silicona, finas caderas y melena color platino, que se le enroscaba en la cama como serpiente –según contaba a quien quisiera escuchar– hasta succionarle la poca salud que le iba quedando. A él, desde que presentó a su dama torera en sociedad, lo bautizaron como el Torero, aunque los toros los había visto siempre desde una lejana barrera. Después de aquel día, la rubia no volvió a aparecer por el barrio: “Era una ladrona”, comentó él.

Tenía el Güita en los pómulos el color sonrosado, tirando a morado, de los alcohólicos, porque no seguía el precepto del buen bebedor, que dice que se debe comer para no adentrarse en el túnel del alcoholismo. Él bebía a palo seco y nunca probó nada sólido en los bares. Eso sí, cada día castigaba su garganta, de la que salía una voz profunda como el océano, además de con alcohol, con puros habanos que no se le caían nunca de los labios cuando no cantaba o declamaba. Le gustaba decir que él era la prolongación de su cigarro, como si ese apéndice añadiese algo positivo a la persona.

Cuando caminaba, su poncho de múltiples colores apenas se movía porque su andar era similar a la cadencia de las sílabas que brotaban de su boca, aunque caminaba poco y hacía el corto trayecto entre su casa y los bares –apenas cien metros– en un 4x4 color verde, que cada día estacionaba encima de la acera o en doble fila. Más de uno en el barrio pensaba que, con el tiempo, se le atrofiarían las piernas por falta de uso. Además, la artrosis le iba ganando la batalla y era posible que, cualquier día, la mezcla de medicinas y güisqui hiciese estallar alguno de los órganos de los denominados vitales.

Para mover su vasta humanidad se ayudaba de un cayado con una empuñadura en forma de serpiente, de la que colgaban, de lo que sería el cuello, dos cordeles finos de cuero. Era el recuerdo, afirmaba, de una tipa que en algún recóndito lugar de su patria chica, lo quiso atar a sus caderas, aunque no lo consiguió. “Siempre conseguí huir...”, repetía. Siempre lo acompañaba, al trote, un perrillo insignificante que era, afirmaba con amargura, su más fiel escudero.

Conocí a este hombre en la terraza de un bar de mi barrio, donde ahogaba sus penas y ponía de mal humor a quien lo escuchaba. Un empresario esnob, adicto a burdeles y borracheras, lo contrató para poner una nota exótica en exclusiva a su establecimiento, un bar de pomposo nombre, *El desván del libador*, y poco atractivo, donde se celebraban con alborozo y champán las victorias de la derecha en las elecciones. Y durante un tiempo fueron tantas las mayorías absolutas del partido de los herederos de Franco, que acabaron con las existencias, aunque el dueño no necesitaba excusas para beberse hasta el alcohol de 96 grados del botiquín. El Güita amenizaba las calurosas tardes del verano a sus escasos clientes, cantando viejas historias de perdedores y lamentos que exudaban cuernos por cada poro de sus notas. Tuve un primer y único encontronazo con él en aquel bar. Yo departía con unos amigos, él se apuntó en una mesa cerca de la nuestra armado con su guitarra y entonó un largo lamento pampero que casi hace llorar a las nubes. Cuando terminó de

derramar sus lágrimas en forma de palabras, me dirigí a él.

—¿Conoces la *Pieza en forma de tango*, de Les Luthiers? —e hice como que cantaba emulando el deje porteño con un pelín de guasa.

El me dejó terminar, me miró frunciendo el ceño, enarcando las cejas y, al fin, se decidió a hablarme.

—Chéeee, yo canto cosas serias, no boludeces de unos boludos vendepatrias —me respondió sacando a relucir el ultramontano que llevaba dentro.

—Es una opinión, amigo —respondí—. Yo prefiero a esos genios que a tanto filósofo de bolsillo que mariposea por el mundo.

—¿Me llamaste maricón? —me preguntó envalentonado.

—No, hombre, no, ni mucho menos. ¿Por qué me tenía que referir a ti?

—Te dirigiste a mí.

—Hablabas contigo, que es diferente.

Había oído hablar de sus malas pulgas y recogí velas.

—Disculpa si te he molestado, no ha sido mi intención.

—Vos *sabés* que lo que dijiste no está bien.

—De acuerdo. Ya comprobé que no tienes sentido del humor. Se acabó, ¿vale?

—Okey. *Chau*.

Nos fuimos y ahí acabó mi relación con el Güita. Desde ese día me lanzaba rayos de fuego con la mirada cada vez que aparecía a su alrededor.

En los demás bares de la zona no era bien recibido porque quien iba a tomar una cerveza quería charlar y que lo dejaran en paz, no escuchar al viejo charro canturrear sus lamentos. Incluso el dueño del primero que lo acogió renunció a la exclusividad y le pidió que no se plantase como estatua cantarina en su terraza y compartiera con el resto de establecimientos su arte. Desde entonces deambuló sin rumbo fijo hasta que le prohibían la entrada. No se daba nunca por aludido alegando que la vía pública era de todos.

Contaba a quien quisiera escuchar, y a quien no también, que cuando cambiaron los vientos en su patria y el aire se le hizo irrespirable, tomó el primer avión y aterrizó en España, donde vivían escondidos a buen recaudo los víveres en forma de dólares que garantizarían su futuro y que habían ido llegando en previsión de que algún día los cielos se nublaran y tuviera que sacar el paraguas para aguantar el chaparrón. Cuando llegó la tormenta salió corriendo y aterrizó en este lugar porque aquí vivía su camarada, que huyó antes que él y con el que mantenía una estrecha amistad. Y más le valía porque

era el custodio del producto de sus desfalcos y de sus mordidas allende los mares a costa de las arcas públicas. Los entresijos de esta historia, que solo contaba a los más allegados, explicaban su vida ociosa, su eterno vagar. Para él, el trabajo no ennoblecía al hombre.

Mientras descansaba de los inacabables romances que cantaba o recitaba, departía con el personal cuando algún incauto cometía el error de prestarle atención.

—Yo soy filósofo pensante y me dedico a la contemplación de las estrellas —decía.

Un día me armé de valor y puse atención, desde la distancia, a su disertación:

“...Mi lugar preferido de la casa es la buhardilla, una amplia habitación desnuda, con un sillón abatible en el que me tiendo contemplando por el ventanal del techo la inmensidad del cielo, y allí estudio el secreto de las estrellas, su continuo ir y venir, porque las estrellas son como las personas, van y vienen, y saber distinguir las es, más que una ciencia, un arte, un verdadero arte. Allá, en mi buhardilla, pienso, como filósofo pensante que soy, y llego a la conclusión de que nos venden que la vida es puro vértigo, una carrera de obstáculos que nos obliga a estar atentos, mirando al frente sin desviar la vista del horizonte para no dejarnos adelantar y, si es preciso, mantener la posición a base de codazos. Pero, ¿adónde queremos llegar? ¡Eso no es vida! La vida es caminar pero también es pausa, sobre todo, pausa; es mirar al futuro lo justo sin olvidar el pasado que nos ha traído hasta este instante que es el que más importa. La vida es lucha, pero sin dejártela hecha trizas por las esquinas, porque entonces no habrá valido la pena. Me gusta la imagen del hombre capaz de permanecer inmóvil en una habitación, sentado, contemplando las paredes blancas, mirando cómo pasa la tarde tras las ventanas y cómo cambian las tonalidades del azul hasta convertir la luz en sombra, inmerso en su mundo interior, sus anhelos, sus desesperanzas. Alguien pensará que está perdiendo el tiempo, pero no es así. En el silencio de esa pausa probablemente habrá conversado con la paz que no encuentran nunca los hijos del vértigo. Después, ese hombre saldrá a la calle en plenitud, a reencontrarse con un mundo exterior que no tendría ningún sentido sin el otro”.

Así hablaba el rey de las estrellas, de la pausa y de los silencios, de los que se vengaba cuando vagaba por las terrazas con su guitarra y su voz cavernosa. Pero sus largas peroratas aburrían tanto o más que sus canciones a los sufridos parroquianos que intentaban desconectar del mundo junto a una

copa.

Durante su definitivo declinar, al Güita no se le ocurrió otra cosa que presentar una denuncia en la Policía acusando al dueño de otro bar de la zona de robarle un bolso con dinero, documentación y móvil de última generación, aunque después la documentación apareció en su casa. El día del juicio relató al juez que estaba sentado en la terraza de aquel bar una tarde, se le cayó el bolso y un amigo suyo vio cómo el dueño lo recogió; llevaba medio millón de pesetas para los gastos del mes y un móvil de última generación. También dijo al señor juez que alguien en la plaza de toros de Las Ventas, una vez, le había birlado, con mucha elegancia, otro medio millón, pero que no podía consentir que alguien sin estilo le robara. El señor juez preguntó al demandado si conocía al sujeto y contestó que, efectivamente, lo conocía.

—Claro que lo conozco —dijo el demandado con tranquilidad—. De hecho, tiene prohibida la entrada en mi bar, aunque aquel día hice la vista gorda.

El juez, para sus adentros, aunque lo pudo escuchar toda la sala, dijo: “No me extraña”. Como en su escrito de denuncia alegó que tenía un testigo presencial, el juez lo llamó a declarar, pero no se presentó. El Güita tomó la palabra por iniciativa propia para decir que ese testigo estaba de viaje pero tenía otro que también lo acompañaba en aquel momento y que había visto toda la escena casi con más claridad que el anterior. El señor juez no hizo caso y le ordenó callar y sentarse. Entonces llamó al estrado al denunciado y le preguntó cómo se declaraba.

—Inocente, señor juez —proclamó el restaurador.

El juez dio por finalizado el juicio. A los pocos días dictó una sentencia en la que absolvía al denunciado, advertía al denunciante sobre las consecuencias de la denuncia falsa y lo condenaba a pagar las costas: seiscientos euros.

Cuando el Güita recogió la sentencia y la leyó, se sintió herido en su amor propio y quiso entrevistarse con el juez para decirle que la consideraba un auténtico atropello y que además de los tres mil euros —en el intervalo desde el presunto delito hasta el juicio habían desaparecido las pesetas— que le habían robado, ahora la Administración de Justicia le robaba seiscientos euros más. El empleado del Juzgado lo convenció para que desistiera de pedir audiencia con el juez porque corría el peligro de acabar en el calabozo acusado de un delito de desacato.

Desde que cerraron *El desván del libador*, donde se consideraba como

en casa por su afinidad con el propietario, había dejado el canto y deambulaba por los bares del barrio que no hicieran uso del derecho de admisión. Fueron continuas sus borracheras. Su actitud chulesca y provocadora hacia los clientes de los bares y las groserías que dedicaba a las mujeres, le hicieron granjearse la enemistad de todos los camareros de la zona que, a cada paso, tenían que afearle sus malos modales, sus conductas asociales y, en casos extremos, requerir los servicios de la policía. El filósofo pensante, el cantor pampero, el torero, el fino observador de las estrellas, se había convertido en un personaje burdo, soez, repelente, que orinaba entre los coches a la vista de transeúntes o clientes, escupía tanto como un futbolista asfixiado y un sinfín de actos impropios de gente civilizada. Los modales amables de sus inicios quedaron olvidados en algún rincón de sus recuerdos.

Según confesó a algunos conocidos, contribuyó al declive de su persona y a la animadversión del mundo contra él, el hecho de que la cuenta corriente del banco, en otro tiempo nada corriente, empezara a menguar por tanto reintegro y tan poco ingreso.

Hace unos días volví a ver al personaje después de un tiempo desaparecido. Las malas lenguas comentaron que había muerto, y las peores que estaba preso por un asunto de faldas y cuchillos. Qué más hubiese querido –así lo manifestaba a sus allegados– haber sido protagonista en cualquiera de los dos casos. Pasó ese tiempo en un hospital después de que un ataque al corazón lo llevara una tarde a urgencias, donde quedó ingresado. Recibió el alta cuarenta y tantos días después, tras haberle practicado una traqueotomía, con un tubito hacia el exterior por el que salía un sonido metálico que quería emular la palabra del hombre cantarín que un día fue.

Ahora, cada día, aparca en cualquier acera su 4x4 verde, turbo diésel; se baja despacito y, ayudado por el bastón con la empuñadura de serpiente, se dirige junto a su fiel escudero, también tambaleante después de que lo atropellase un coche, a la terraza del bar nuevo, donde no saben de sus andanzas del pasado, y si las conocen pasan de ellas. Se sienta en la mesa de la esquina para tener una mejor visión del horizonte y, a veces, pide un vino tinto, sin aperitivo, o un güisqui que bebe a pequeños sorbos, y mira a un lugar fijo de ninguna parte. El mundo se ha convertido para él en una mancha borrosa de la que apenas distingue sombras y recuerdos. Apura la copa, una sola copa, y después se dirige hacia el coche, a recorrer los escasos cien metros que lo separan de su casa donde seguirá maldiciendo que esta vez no pudiera huir del maldito destino que le tenía reservado la peor de las suertes

para un cantor, declamador y filósofo pensante: segarle de un tajo incluso la posibilidad de la palabra.

Su vida había entrado en una pausa silenciosa casi definitiva.

## *Farias del 7*

Cada mañana llega al bar con olor a *after shave*, su escaso pelo bien peinado y vestido con chaqueta, corbata y chaquetilla de lana, “Porque ya empieza a hacer frío”, se justifica. En el verano, igual, pero sin la chaquetilla de lana. El avanzado estado de su sordera le impide mantener una conversación fluida, pero igual le da y cada día cuenta lo mismo desde que su fina figura entra por la puerta alrededor de las ocho de la mañana, con paso firme pese a sus muchos años.

—Buenos días, caballero —dice, dedicando una sonrisa cómplice al camarero y extendiendo la mano para estrechársela, como cada día—. Lo suyo sí que tiene mérito. ¿Desde cuándo dice usted que tiene abierto?

—Desde la misma hora que todos los días, abuelo, desde las seis y media de la mañana —responde el camarero.

—Usted sí que tiene mérito, no como otros... ¿Tiene usted puros del siete? Ya sabe que me gusta uno después del cafelillo.

—Ya le he dicho que no existen los farias del siete, hombre.

—Pues deme uno de los gordos y dígame al del estanco que le traiga del siete. Y esos cupones, ¿para cuándo son? ¿Tiene para el jueves?

—Para toda la semana, abuelo, tengo para toda la semana.

—Bueno, entonces deme uno de los de hoy que ya cogeré para el jueves.

Y prosigue su monólogo:

—Usted sí que tiene mérito. ¿Desde qué hora dice que tiene abierto el bar?

Repite la hora el camarero y entonces prosigue su perorata:

—A mí no me dejan venir tan pronto, aunque estoy levantado a esa hora, no crea... Ya no tiene uno nada que hacer... —se lamenta y hace un gesto de contrariedad.

Así es su entrada cada día antes de pedir un café caliente y preguntar si hoy tiene porras, y cuando el camarero contesta que sí, que hoy sí, como todos los días, pide que le ponga un par de churros que tienen menos grasa, porque las porras, al ser tan gordas, tienen mucha grasa.

—Yo soy de La Mancha, ¿sabe usted?, la mejor tierra del mundo —afirma dirigiéndose a ninguna parte, con la mirada fija entre el churro y el café, teniendo cuidado para que entre donde tiene que entrar y sigue relatando —: Pues no hay dinero allí... ¡Madre mía!, mucho dinero. Yo conocí a uno que

vive en Madrid y tiene no sé cuántas miles de hectáreas bajo una linde, ¡una barbaridad! Mucho dinero es lo que hay allí, sí señor. Un alcalde que hubo en Getafe era de por allí. Yo no sé si él tendrá dinero pero en La Mancha hay mucho.

Intervengo en la conversación y le digo que aquel alcalde es de Tomelloso, pero, aunque me mira, no me ha prestado atención y sigue a lo suyo, relatando:

—¿Le he contado —continúa dirigiéndose al camarero— que una vez íbamos a una boda a Villanueva de Córdoba y paramos en un bar de la carretera?

—Sí, abuelo, sí, y que cogió dos décimos de lotería y que le tocaron quinientas mil pesetas y que... —responde el camarero, pero el abuelo no hace caso.

—Pues resulta que íbamos para Villanueva de Córdoba y paramos a desayunar por el camino en un bar porque habíamos salido muy pronto. En esto que llega un lotero ambulante y dice el del bar: “Dame esos dos décimos que te quedan”, y antes de que se los entregue le digo que me los dé a mí, que a él se los traiga otro día porque nosotros íbamos de paso. En fin, que me llevo los dos décimos y después de la boda me entero de que me han tocado quinientas mil pesetas. Pues oiga, un pellizco en aquella época. Lo que pasa es que cuando volvimos a Getafe, mi mujer, que es muy dadivosa, me dice: “Niño, hay que invitar a los chicos a comer para celebrarlo”. Y tuvimos que invitar no solo a los chicos, también a las nueras, a los nietos, a los sobrinos, vamos, como una boda, en un restaurante de lo mejorcito que hay por aquí, de esos que tienen orquesta y todo, y nos gastamos trescientas mil pesetas, un dineral, entre la comida y los regalos.

Su relato, entre sorbo y sorbo de cafelillo caliente, continúa refiriéndose a Getafe, el mejor pueblo del mundo, según su criterio.

—Yo, aunque sea de La Mancha, sé reconocer lo bueno y este es el mejor pueblo que hay. Mire usted, yo he vivido algún tiempo en Parla, donde viven mis hijos; pues resulta que allí se gastan una millonada en hacer un hospital y he tenido que operar a dos de los hijos en el de Getafe. ¿Por qué hacen un hospital si luego no llevan médicos ni ponen medios? Igualito va a ser que el de Getafe que los traje y en un santiamén me los operaron y los dejaron mejor que antes, hombre, que no hay derecho a despilfarrar tanto dinero para no llevar luego médicos que operen ni enfermeras que curen. No hay derecho. ¿Sabe usted como le digo?

El camarero sigue a lo suyo, aunque de vez en cuando contesta un “Lleve usted razón, abuelo”, o “No puede ser, no puede ser”, a lo que él, cuando ve el movimiento de los labios presupone que ha dicho algo y pregunta: “¿Cómo dice usted?” y se lo repite: “Que no puede ser y que lleva razón”.

—Pues claro que llevo razón —concluye el abuelo con rotundidad, y continúa—: Yo vivo ahí abajo, en Las Laderas, en una casa muy buena que me costó diez millones hace ya sus años. El otro día llamo a uno que la vende al lado de la mía y me pide ochenta millones. Pero, ¿qué te has creído?, si te costó diez. Está bien que quieras ganar, pero tanto... Un abuso, así no sé adónde vamos a ir a parar. ¿Qué se habrán creído? ¿Quién va a poder pagar ochenta millones...? Y aunque pueda, eso es una barbaridad, hombre, que no puede ser. ¿Usted qué dice?

—Nada, abuelo, yo no digo nada —responde el camarero.

—O sea, ¿qué le parece a usted bien? Que no, que ese dinero no lo pueden pagar unas criaturas con los sueldos que se pagan ahora, aunque trabajen los dos. ¿De qué van a comer, hombre?

De vez en cuando calla, mira la televisión y si aparece en la pantalla, por ejemplo, la señora Botella, de profesión, alcaldesa, reclama señalándola con los dedos que sujetan el puro sin encender.

—¿Y esa tía cómo la habrán puesto ahí? No vale para nada.

Diferente es cuando el que aparece es el rey con sus muletas.

—Pobre hombre lo que estará pasando con tanta operación. No hay derecho a que un hombre así sufra tanto, con lo bueno que es.

Y explica, para el que quiera escuchar, la historia de su felicitación navideña a todos los miembros de la Casa Real, a la que contestó el secretario, Spottorno. Saca un telegrama, que enseña al camarero y mira alrededor por si alguien dice a ver, a ver..., en el que agradecen su amable felicitación.

—Un gran hombre, más bueno tiene que ser... ¿No es de ser buenas personas el detalle de contestar a mi carta?

Interrumpe su relato bruscamente, calla y saca de los bolsillos de la chaqueta un taco de boletos de quinielas de fútbol y de lotería primitiva, y mira en un periódico el resultado de los sorteos, los anota en cada boleto y, pacientemente, comprueba los aciertos. De vez en cuando descansa, se pone el puro sin encender en la boca, lo humedece con los labios, se lo quita, mira la televisión y, de nuevo, se dirige al camarero:

—¿Sabe usted? Está muy mal el país y la culpa la tiene tanto extranjero,

que hay más que españoles; no, eso no puede ser porque primero los españoles y si sobra, para el que venga. Y anda que vienen solos, que se traen a toda la familia. ¿Usted qué dice...?

—Nada, abuelo, nada.

—¡Dirá usted que no llevo razón! —exclama ahora haciendo aspavientos.

—Que no digo nada, abuelo... —aclara, pero el abuelo sigue a lo suyo.

—Pues claro que tengo toda la razón: primero, los españoles, que los pobreticos lo están pasando muy mal. Yo no porque ya lo tengo todo hecho, pero hay familias que están muy mal. Y no hay derecho, hombre.

Un día le saludo con un gesto de la mano y me dice que me quiere conocer, pero no cae en quién pueda ser, y me cuenta que es de la mejor tierra del mundo, que en Parla hay un hospital sin médicos, que Getafe es un buen pueblo con un hospital donde operan de maravilla, y le digo, para seguirle la corriente, que yo también soy manchego.

—¿De dónde?

—De Malagón —respondo.

—¡Paisano! ¿Ha pagado usted ya el café? Yo invito —dice estrechándome la mano al mismo tiempo que le brillan sus ojillos lacrimosos—. Pues sabe usted que iba yo un día a una boda a Villanueva de Córdoba...

Después de compartir lugar en la barra durante más de un año cada día, una mañana me mira fijamente y me dice:

—Y yo que a usted lo quiero conocer. ¿Vive usted en Fuenlabrada?

Le digo que no pero da igual porque ha cogido el hilo de lo que quiere decir y se embala.

—Ya decía yo que me sonaba su cara de algo porque nosotros tenemos allí la fábrica y usted, o ha trabajado con nosotros o vive allí, por eso me suena...

Hace un descanso, se vuelve a poner el puro en los labios, lo humedece y prosigue:

—¿Usted ha visto las señales de tráfico que hay en las calles? Pues todas las hemos hecho nosotros porque trabajamos para los ayuntamientos, que son muy malos pagadores porque te dicen: háganme ustedes doscientas señales. ¿Cuánto es? Dos millones. Pues tenga un millón y el resto te dan un talón para cobrar dentro de seis meses y vas a cobrarlo y no hay fondos y ya se olvidan. Y es que así no se puede porque ¿de qué viven mis ochenta obreros? Ellos quieren cobrar todos los meses y no les puedes decir que el

ayuntamiento no me paga. Y eso que los obreros se las traen; a algunos les pagas por ejemplo mil euros y no hacen ni para ganar seiscientos, pero tienes que pagarles porque si no te denuncian y los tienes que echar y entonces sí que te sacan bien los cuartos...

Mañana por la mañana volveremos a tomar café y él seguirá sin reparar en mí y en el mundo que le rodea, salvo en el camarero, al que volverá a relatar su vida y a hacerle las mismas preguntas de siempre. Y para despedirse, como cada día, volverá a preguntar:

—¿Sabe usted cuándo abren el quiosco de la lotería?

—A las nueve, abuelo, a las nueve.

—Bueno, pues entonces, hasta que abran me daré un paseo...

Y desde el quicio de la puerta se volverá hacia la barra, donde el camarero sigue a lo suyo, y dirá esbozando una sonrisa:

—Adiós, buen hombre, que viva usted muchos años.

Así, día tras día, saca de paseo a sus noventa y tantos años. El camarero le cobra el café, los churros, los cupones y el puro. “Es una lástima que no traiga usted del siete, hombre...”. La sesión de terapia corre por cuenta de la casa.

## *Sami, el hombre feliz*

Sami siempre busca el lado positivo de las cosas. Para él nada está mal, nadie es malo. Está a punto de cumplir sesenta y tres años y la empresa para la que trabaja le va a prejubilarse y está preocupado.

—Ahora, dos años paro y luego jubilación, pero yo no sé vivir sin trabajar, aburro, y aburrimento primer paso para muerte —dice en su castellano de andar por casa, lo suficientemente entendible para hacer amigos.

Sami es el jardinero del centro donde trabajamos y mantiene libre de malas hierbas y de suciedad el recinto. Mira, con los ojos de la bondad, no solo a las personas, también a los gatos que campan plácidamente entre los setos y las aceras, a las plantas y a las flores, incluso a las piedras que las rodean. Es un hombre menudo, moreno, de pelo ralo y escaso, ojos que parecen estar siempre entornados y una gran nariz. Sus andares tambaleantes dan la sensación de que, en cualquier momento, va a perder el equilibrio y va a caer al suelo. Todo el mundo es su amigo porque, para él, no hay malas personas, solo personas equivocadas que alguna vez reconocerán su error y volverán a la senda de la bondad.

—Buenos días. ¿Qué tal, señor Antonio? —me saluda.

—Bien... Ahí vamos, tirando —respondo conociendo de antemano su respuesta.

—¿Cómo que bien? Más que bien: mujer, hijos, salud, trabajo, amigos... Eso, más que bien —responde moviendo los brazos y la gente que circula alrededor vuelve la cabeza al escuchar su voz cantarina. Y sigue su perorata sin dejarme intervenir porque no consiente que alguien diga que la vida le va mal.

—Vida es felicidad. Vive, trabajo, salud, ¿qué más...?

—Bueno, señor Sami...

Me interrumpe y de nuevo levanta la voz.

—No, no, yo no señor, yo no cultura, yo no señor, solo Sami.

Llegó desde Marruecos hace más de treinta años para buscar trabajo en España y, desde entonces, dice que solo volvió para asistir al entierro de sus familiares directos, su padre o su madre, y confiesa que no tiene ningún interés en volver una vez que se jubile porque ya no se siente marroquí después de tanto tiempo aquí.

—Tú ya eres español y lo que tienes que hacer es buscarte una novia

que te cuide. Seguro que tienes alguna por ahí —le digo.

—No, yo no amor, yo no dinero y sin dinero, no amor. Yo solo en mi habitación de Madrid, en el barrio de todo putas, maricones y mala gente extranjera que no viene a trabajar, solo dejarnos mal a honrados.

—Alguna buena mujer te hará un favor de vez en cuando —le interrumpo.

Sonríe, pero niega.

—No, mujeres mala cosa, si tú dinero, tú lo que quieras, si no dinero, púdrete, pero no tienen culpa, su trabajo, yo tampoco aquí trabajar gratis.

Nuestros ratos de charla se producen en las salidas que hacemos a la puerta del trabajo para satisfacer la necesidad de fumar.

—No tabaco, no mujeres, no alcohol. Yo, Ramadán. Si no Ramadán, tampoco fumar: vicio caro.

Durante la fiesta del Ramadán, que respeta escrupulosamente, tentamos la fortaleza de su fe, sin mala intención porque es imposible no ser respetuoso con él.

—Mira, Sami, qué mujer más hermosa —le decimos cuando pasa por la calle alguna chica.

—No, no, no. Yo, Ramadán, yo no mujeres, yo no malos pensamientos, no bromas, no comer —responde escandalizado, alzando una vez más su voz estridente y volviendo la cara hacia otro lado.

—Y en tu pueblo, ¿no tienes una novia? Allí ahora con la jubilación serías el rey.

—Yo no de aquí ni de allí. Allí dicen: “Mira renegado que no viene nunca aquí y se olvidado de nosotros”. Aquí, contrario: “Mira moro de mierda que viene quitarnos pan, ¡vete tu pueblo!” Por eso, yo, de ningún sitio, no tengo nada, ni habitación que vivo. Pero, todo bien y no me quejo. Vida es felicidad y vivo y hablo usted y todos, y, cuando me voy de sitios, hacen fotos conmigo; las tengo en casa, mañana enseño.

Al día siguiente trae un álbum casero confeccionado a base de folios con pastas de cartulina color verde oscuro, donde ha ido pegando fotos en las que aparece Sami con diferentes personas, y son, para él, la prueba irrefutable de su buena conducta. Me va explicando a qué empresa pertenecían y anécdotas de cada uno.

Ahora, llegado el momento de la jubilación, se le nota triste, aunque él lo niega siempre con su espíritu positivo. “Todo bien, qué digo, ¡más que bien!”, aunque no puede disimular: no habla tanto, no se hace tanto el

encontradizo con nosotros para charlar. Algunas veces le tiramos de la lengua y le insinuamos que a él lo trajo Franco con la guardia mora.

—No, no, no, yo no guardia mora, con este cuerpo flaco, no podía. Guardia mora eran otra región, hombres más fuertes y guerreros, yo no. Pero Franco, buena gente, Suárez, buena gente, Felipe, buena gente, Aznar, buena gente, Zapatero, buena gente.... Con todos comida y ahora no me falta pensión. Todos españoles, buena gente.

—Pero alguien habrá malo, Sami —le digo.

—Nadie. Alguien equivocado, pero se dará cuenta de equivocado y rectifica —afirma con rotundidad.

—Que no, Sami, de los que has nombrado, si acaso un par de ellos son buenos —le contradigo y entonces cierra un momento los ojos y parece que va a aprobar lo que he dicho.

—Algunos malos, sí: asesinos, que roban, pero para eso policía, nosotros, tú, aquél, otro, otro, no somos esos, por eso yo no en cuenta cuando hablo. Todos, buena gente.

Y así Sami es feliz.

El día anterior a su marcha lo veíamos nervioso en los jardines del recinto; se dirigía hacia la puerta de entrada, se quedaba parado y volvía al jardín. Cogía un gatillo de la nueva camada entre sus escuálidos brazos y lo acariciaba, nervioso, después lo soltaba y lo veía desaparecer entre los setos. Quería decir algo y no se atrevía. Por fin, entró en la oficina y se dirigió a mi mesa.

—Señor Antonio...

—Dígame usted, señor Sami.

—No, yo no cultura, yo no señor, yo solo Sami. Quiero pedirle favor.

—Lo que usted quiera, señor Sami —le insistí en el tratamiento y ya se resignó con una sonrisa.

—Yo extranjero con mucho tiempo aquí y gustaría hicieran ustedes certificado conducta buena por si mañana necesito...

—Por supuesto —le respondí.

Le pedí el carné para redactar un certificado y ofrecerlo a la firma a todos los compañeros y me dio un documento de identidad español: Sami era tan español como nosotros aunque él no se sintiera ya de ningún sitio y pensara que necesitaría en el futuro un certificado de buena conducta, certificado que conservaba de cada trabajo por el que había pasado.

Lo firmamos casi todos.



## *La doctora*

Yo tenía quince años. Con la llegada del buen tiempo, cuando subía por la escalera del edificio donde trabajaba, veía la silueta de mi vecina cuarentona por la ventana de la cocina que daba al descansillo. Era la esposa de un médico que pasaba consulta en uno de los pisos. Un puto burgués. Un caluroso día de verano, la ventana estaba entornada y la vi semidesnuda. Ella, cuando me vio, contempló una estatua al otro lado, los ojos como platos, y me hizo un gesto con la cabeza para que entrase en su casa. Las piernas, que difícilmente me sostenían, obedecieron la orden y volvieron sobre sus pasos. Abrió la puerta sin dar tiempo a que tocase el timbre: ante mí tenía el antídoto que remediaría aquel vendaval que azotaba mi cuerpo. Y abrió como la había visto a través de la ventana: los pechos, exuberantes aunque algo caídos, al aire, y las bragas blancas transparentes intentando tapar un bosque frondoso cuyas ramificaciones sobresalían por todos los lados. Sin mediar palabra me tomó del brazo y tiró de mí hacia adentro.

Cuando pasé y me vi estrujado contra su cuerpo, mi cabeza entre las tetas y casi sin poder respirar, me entraron los sudores de la muerte. Pensé: aquí muero. Ella me arrastró hasta la cama y, después de desnudarme en un santiamén, de morder, de succionar, de sentarse a horcajadas sobre mí hasta casi asfixiarme, tanto que no sabía si vivía o moría, hizo de mí un pelele que cayó rendido boca arriba, haciendo inútiles sus esfuerzos por reanimar aquel cuerpo inerte.

Después de la incruenta batalla, aún con nubes cubriendo mi cerebro, y asustado, pensé: “Ha sido demasiada carne para tan poco arroz”. Pero el instante que duró fue suficiente para que comprobase que aquello era lo más parecido al paraíso que había conocido hasta entonces, nada que ver con mis pajas. No quería irme, pero ella me echó con la promesa de repetir; al fin y al cabo éramos vecinos y nos teníamos a mano.

Yo pensé en su marido, en las cartas que recibía de sus camaradas falangistas, “Mi muy querido camarada...”, empezaban todas y me dije que aquello iba a ser como un sabotaje en el campo del enemigo, el preludio de la revolución que pronto comenzaría. Pero también tuve miedo: si se enteraba, me mata y, como era médico, lo haría de forma que nadie iba a sospechar que había cometido en mi persona un asesinato por despecho.

Desde aquel día, cada vez que coincidíamos por la escalera, yo lo

miraba para ver si le estaban naciendo protuberancias en la frente. No había señales. Pensé que como yo era tan joven y fue tan rápido el acto perpetrado en su contra, no había dado tiempo a plantar la semilla, aunque luego me dijeron que la acción de poner los cuernos a alguien era algo simbólico y no dejaba huella física. Por una parte pensé: ¡qué bien!, pero por otra me dije que, cuando me echase novia o me casara, me podría pasar lo mismo y sería una verdadera faena no enterarme.

El instante amoroso se repitió alguna vez más y progresaba adecuadamente; cada vez la señora me hacía algo nuevo que tendía siempre a retardar el momento del estallido final. Yo deseaba espaciar menos las visitas. Incluso tentaba a la suerte y llamaba a horas intempestivas por si no estaba el marido en casa. Ella estaba encantada de tener a un mozalbete a su servicio para saciar, día tras día con mejor resultado, sus deseos carnales, puesto que su marido casi setentón daba poco de sí para calmar sus furores. Pero yo tenía miedo y había una lucha interna en la que un asalto lo ganaba el deseo de continuar y el siguiente el de abandonar mis escauceos con aquella dama.

Mi jefe, al ver que mi delgadez aumentaba por momentos, me interrogaba acerca de la comida o la salud. Mis compañeros, en las conversaciones que manteníamos sobre mujeres, siempre sacaban a colación a la *Loba*, como llamaban a la mujer del doctor, y cuando lo hacían me miraban y alguno soltaba una risita sospechosa. Días después del último interrogatorio de mi jefe, empezaron a darme mareos y llamó por teléfono al médico.

—¿Qué tal, camarada...?

Yo le observaba con preocupación.

—Vale, vale, luego hablamos... —le contestó ante alguna cuestión de la que no quería hablar en mi presencia, y cambió de asunto—. Mira, que te envío al botones para que le hagas una analítica completa, que no queremos que se nos muera tan joven —y soltó una carcajada ante su ocurrencia.

Después de unos días, el resultado de los análisis determinó que tenía un poco de anemia. No era normal siendo tan joven y por eso, con la analítica en sus manos, llamó a mi jefe para decirle que tenía que hacerme una exploración exhaustiva y una serie de preguntas.

—Anda, ve a la consulta que quiere hablar el médico contigo —me dijo y a mí me entró un temblor de piernas similar al del día en que vi a aquella mujer semidesnuda. Solo se me ocurrió preguntar circunspecto.

—¿Qué quiere?

—No sé, tú sabrás lo que has hecho —respondió y entonces un ataque

de pánico me asaltó.

Por las escaleras, hasta llegar a la consulta, me iba planteando los posibles escenarios que se me presentarían dentro:

Primero: Sabía lo mío con su señora y me pedía educadamente y por favor que abandonara.

Segundo: Sabía lo mío con su señora y me amenazaba con enviarme a un sicario si no abandonaba inmediatamente.

Tercero: Sabía lo mío con su señora y me decía que se lo iba a contar a mis jefes y exigirles que me despidieran, también inmediatamente, de la empresa.

Y cuarto: Sabía lo mío con su señora, me hacía pasar a la sala de operaciones con la excusa de ponerme una vacuna, me inyectaba un líquido venenoso y moría.

No tenía escapatoria.

Cuando llegué a la consulta me abrió la señora y, al verla allí, y antes de decirle a lo que venía, añadí un quinto supuesto a mis suposiciones: nos quería matar a los dos. De momento, ella, muy seria, me llevó hasta la consulta y él, desde su sillón reclinable, me dijo que pasara: “Pasa, chaval, pasa...” Yo pensé que el tipo se regodeaba en mi desgracia. “Cierra la puerta, Magdalena, cuando salgas”, le dijo a la esposa y, al verla desaparecer tras la puerta, deseché la quinta opción. Cuando se quedó a solas conmigo empezó preguntándome si me masturbaba mucho, a lo que yo, expectante, respondí con un tajante no.

—No me engañes, que todos hemos tenido quince años —me replicó.

—¿Qué se cree usted que soy un niño? —le respondí, mal encarado, porque me lo había hecho pasar tan mal con las suposiciones que respiré con la primera pregunta que entendí inocente y me crecí.

—¿Tienes novia?

—No. Pero no es necesario tener novia para hacer algunas cosas —yo mismo me sorprendía de ver cómo fluían mis palabras delante de aquel ogro.

—¿Como por ejemplo? —preguntó el médico.

—Por ejemplo... follar —dije, flamenco, bajando la voz y estirándome en la silla.

—Por supuesto. ¿Y tú follas mucho, chavalín? —preguntó mientras se echaba para atrás en su asiento.

—Sí —respondí mirándole a los ojos fijamente, desafiante (ese “chavalín” me hirió) y esbozando una sonrisa que hizo que apareciese en mi

pensamiento su mujer desnuda.

—¿Y siempre con la misma? —preguntó inquisitivo.

—Siempre con la misma —contesté mirándole altivo—. Hay mucha desesperada por el mundo —concluí con seguridad.

El miedo había desaparecido por completo cuando deduje de su sonrisa maliciosa que no sabía de mi asunto con su mujer.

—Cuenta, cuenta. ¿Y la afortunada es del barrio? —volvió a preguntar mientras se atusaba los cuatro pelos canosos que le asomaban por la frente.

—Sí —dije, mirando ahora con descaro a sus ojos, aunque al instante me asusté.

—¿La conozco? —preguntó acercando su silla y volcando su torso sobre la mesa.

—Sí, pero no le voy a decir quién es —respondí con gesto serio.

En ese momento volvió a abrir la puerta de la consulta la mujer del doctor en medicina. Cuando estuvo detrás de él me guiñó un ojo y le dijo que podía ir a casa, que la comida estaba preparada. Al salir me guiñó otra vez el ojo desde la puerta. Después, el doctor me recetó unas vitaminas y me despidió diciéndome que estaba perfectamente y que le tenía que contar quién era la que me hacía estar tan en forma, por si le podía ayudar a él también.

—Mi mujer me aburre —concluyó.

—Descuide, doctor, ya se enterará —contesté y me fui a trabajar.

## *A los muertos les gusta el anís*

*Los muertos que vos matáis  
gozan de buena salud.*

Corneille, 1643

Esta mañana he saludado a un muerto. Cuando vivía, aparecía por el bar y se tomaba una copa tras otra de anís seco, única bebida alcohólica que, a cualquier hora, admitía su fina figura y su estómago selectivo, según sus propias palabras, cuando el alcohol ya había alcanzado en su sangre niveles superiores a los normales. En la barra del bar, en sus momentos de desdicha se echaba en brazos de la camarera o del gerente, como llamábamos al camarero, y derramaba, en forma de palabras, las lágrimas que su vida le provocaba. Después marchaba a rumiar la tristeza a otros brazos, a ser posible de mujer.

Su desgracia era primaria y consistía en que sus hijos y su mujer habían renegado de él por la mala vida que llevaba y lo habían echado de casa con lo puesto, literalmente: “No me dejaron llevarme ni la maquinilla de afeitar recién comprada”, se lamentaba. Decían los parroquianos que conocían los detalles de su vida, que muchas veces lo vieron llorar, aunque no escarmentaba, y el arrepentimiento finalizaba cuando el diablo volvía a tentarlo llamando a su puerta.

Un día desapareció del barrio sin dejar rastro.

Aunque yo nunca había cruzado una palabra con él, eché en falta su presencia y pregunté alguna vez en los sitios que frecuentábamos si sabían algo de aquel gitano de la peca en la cara. Una de esas veces recibí la noticia:

—Lo han encontrado muerto en un piso que su familia tiene en Villaverde. ¡Pobrecillo, qué mal final ha tenido! —dijo T, la enterradora.

Y, reafirmando sus palabras, apostilló, segura de lo que decía:

—He preguntado a su hermana por él y me dice que vive en Pinto, pero es mentira. Me han asegurado que está muerto y la prueba es que ya no aparece por aquí.

Punto. Estaba muerto.

Yo también conocía a la hermana, que se ganaba la vida vendiendo colonias de pega, cuchillos que lo cortaban todo y calcetines y calzoncillos de primeras marcas que se deshilachaban a la segunda puesta y hasta producían sarpullidos en la piel; le comprábamos a sabiendas del fraude porque

queríamos contribuir a que su familia comiese cada día y, con más motivo, después de la desgracia ocurrida con el hermano. Un día que compré un perfume para mi mujer —costaba noventa euros, me lo dejó en diez, y lo tiré en el contenedor verde de vidrio más próximo— pregunté por su hermano delante de quien lo había matado, enterrado y casi oficiado el funeral:

—Está muy bien, chico —me contestó—. Se ha ido a Pinto y parece que se está enderezando.

—No sabes cuánto me alegro —respondí.

La vendedora al por menor se fue apresuradamente sin querer entrar en más detalles.

Cuando desapareció la hermana del finado, T, la enterradora, me volvió a confirmar que había muerto, pero que no querían admitir en público que hubiese muerto abandonado por todos y, mucho menos, que se hubiese suicidado, tema tabú imposible de aceptar por una familia gitana.

—¿Has visto como ha salido corriendo y no ha querido entrar en más detalles...?

Esa actitud, según T, la enterradora, era la confirmación absoluta del fallecimiento de aquel hombre desdichado.

Después de mucho tiempo en el limbo, esta mañana he ido a tomar café y lo he visto en la barra del bar, con su copa de anís, acodado en la barra, cruzado de pies, exhibiendo unos zapatos negros relucientes, su peca peluda escondida en una tupida barba a juego con los zapatos, el pelo bastante más largo que de costumbre... Me dirijo a él, le tiendo mi mano y le digo:

—Cuánto tiempo sin tener noticias de usted. Me alegro de saludarle.

Él me ofrece la suya, fina y suave como corresponde a alguien que nunca conoció los sinsabores del trabajo, entre sorprendido y alborozado:

—Es que ahora vivo en Pinto... —responde poniendo ojos de extrañeza por mi inesperado saludo.

Después de una breve pausa se vuelve a dirigir a mí.

—¿Sabe una cosa? Nunca he hablado con usted, pero su saludo me ha llegado aquí... —y se toca el lado izquierdo de su pecho.

Le digo que siempre se echa en falta a los personajes que forman parte del paisaje cotidiano, sin más, y sigo con mi café.

—Me ha gustao, sí señor... —dice para sí, moviendo la cabeza suavemente, de arriba abajo.

Después, coge con tres dedos su copa de anís, separando en el aire el

anular y el meñique, da un sorbo, se acerca a mí y se embala.

—¿Sabe usted...? Me he ido a Pinto con mis padres, que esos no te fallan nunca. Tuve problemas con mi mujer y mis hijos y me fui... Y sepa que me sincero con usted porque me ha llegao su saludo, sí señor. Me ha dao usted el mejor desayuno de mi vida porque nunca nadie se ha preocupao por mí, exceptuando a mis viejos, claro, que a esos los tengo preocupaos desde que nací...

Termino de desayunar, reitero que me alegro de volverle a ver y me da las gracias por haber caído en la cuenta de que llevaba mucho tiempo sin existir. Me acompaña hasta la puerta y vuelve a reiterar su agradecimiento.

T, la enterradora, ya no trabaja en el bar y no puede asistir al milagro de la resurrección de este Lázaro mundano.

Por el camino voy pensando en lo necesarias que son siempre las palabras y en la necesidad que tienen algunas personas de poner gotas de tragedia en los días de los demás para encontrarle algún sentido a la vida.



## *Los pocos años*

Aurora tenía el pelo liso y media melena, labios carnosos en forma de corazón apaisado y ojos verdes y grandes, como luciérnagas, que ejercían un efecto hipnótico cuando miraban fijamente. El tiempo se detenía mientras la miraba moverse detrás de la barra. Me gustaba. En el plan de acción para conquistarla le insinué que estaba en trámites de separación y que pasaba los días maldiciendo la soledad, caldo de cultivo propicio para provocar lástima en una chica joven, pensaba. Además, me interesaba hacer caso a algunas teorías que dicen que una chica de veinticinco años se pirra por un tipo de cincuenta bien conservado, inteligente, agradable y con experiencia.

Yo había hecho amistad con ella y teníamos cierta complicidad, aunque no entendía que la espontaneidad y frescura que exhibía fuesen cualidades propias de la edad, de los pocos años, y que detrás de esas cualidades no había nada más.

Aurora, con frecuencia, se convertía en paño de lágrimas para los solitarios.

Un día le comenté que se había hecho algo en los labios porque era imposible tanta perfección. Me confesó que no, que únicamente se había retocado los pechos.

—Estaba plana, chico —dijo a modo de justificación— y tenía un complejo que casi no me atrevía a salir a la calle.

No paraba de hablar mientras servía a los clientes; cuando no había nadie se plantaba delante de mí y me ponía al corriente de aspectos trascendentales o triviales de su vida. Me hablaba de sus implantes, de lo que tuvo que sufrir durante el proceso por culpa de la estética, de sus tatuajes, uno de los cuales, en forma de mariposas alineadas en horizontal que sobrevolaban el norte del paraíso, se lo había hecho, estratégicamente, en los límites de su vello púbico y que me mostró con la misma naturalidad que cuando me enseñó el tatuaje del omóplato, con el nombre de su hermana en caracteres chinos.

Yo, a veces, le reprochaba que siendo tan joven no estudiase y siempre me contestaba lo mismo.

—Chico, los estudios no se me dan... Me saqué la ESO a trancas y barrancas; luego empecé un módulo de administrativo, pero me aburría y no pasé de diciembre. ¿Qué voy a hacer?

—¿Y vas a estar toda la vida detrás de una barra? —intentaba tocar su

orgullo.

—Ay, chico, no seas tan agorero, deja de pensar en el más allá. Yo vivo al día, y tú, con tus años, también deberías hacerlo. ¿Quién sabe lo que traerá el futuro?

Aurora me contaba que en casa cocinaba su chico, que se le daba muy bien, y que cada día le tenía preparada la comida porque ella llegaba más tarde. Se reprochaba ser una mala cocinera pese a que se crió entre los fogones del restaurante de sus padres en un pueblo de Huesca.

—No me gusta la cocina, chico. Hasta me da asco fregar los platos por los restos de comida que se acumulan en el agua de fregar.

—¿No tienes lavavajillas? —le pregunté en una ocasión.

—Que va, ni juntando el sueldo de los dos nos llega para esos lujos, y eso que vivimos en un piso que nos ha dejado la madre de mi chico.

Alguna vez la conversación derivaba hacia temas sexuales, que ella abordaba con la misma naturalidad que si hablara del lavavajillas, y me contaba lo que le hacía disfrutar su novio en la cama, “Claro, tiene doce años más que yo y se nota la experiencia”, o sus discusiones cuando él llegaba tarde alguna noche con el rastro de un perfume que no era el que ella utilizaba, y al día siguiente era ella la que llegaba a deshoras, y se rociaba con el perfume de hombre que él más odiase, y él se cabreaba, y discutían, aunque nunca lo había engañado. “Chico, donde las dan, las toman”, le decía, y él la aguantaba porque venía de una relación tormentosa y no quería romper con alguien con quien había encontrado la calma. Y así, sin rastro de rencor, se acababan sus enfados.

—Después nos reconciamos y todo vuelve a la normalidad... hasta la siguiente bronca, así le damos vidilla a la relación —apostillaba.

Al poco tiempo de aparecer en el bar me confesó que se había presentado a un casting de un fotógrafo profesional que buscaba chicas para hacer un reportaje. A ella la seleccionó y le pagó tres mil euros por una sesión de fotos que después ofrecería a revistas como *Interviú* o *Play Boy*. Con los euros extras que ganó desnudándose para el fotógrafo liquidó el préstamo que había pedido para que sus pechos aumentasen de tamaño. Poco después el fotógrafo le dijo que las vendió a *Interviú*, pero que aún no las había publicado.

—Enséñamelas —dije.

—Todavía no, cuando salgan en *Interviú* las ves, listillo —me contestó pero me mostró en el móvil, donde guardaba el reportaje íntegro, una

fotografía difuminada en la que se adivinaba una mujer de perfil completamente desnuda que era ella.

—Mándamela al WhatsApp —volví a pedirle.

—Sí, hombre, se entera mi novio y...

Desde su llegada, el pequeño bar había aumentado la clientela, pero estaba aburrída de que los viejos, “Son todos unos salidillos”, afirmaba, se enrollaran contándole historias rocambolescas.

—Yo creo que solo quieren que alguien les haga caso, y como no cuesta nada... —se conformaba.

Además se extrañaba de que los más jóvenes le pidieran el teléfono.

—No es normal que me pidan el teléfono porque saben que tengo novio.

—Si yo tuviese su edad —apunté— también te lo pediría sin importarme que tuvieras novio, amante o marido.

—Pues no, chico, no es normal. Saben que tengo novio y que le quiero. ¿Y los principios? —se preguntaba levantando la barbilla y entornando los párpados.

—¿Le quieres? —pregunté.

—Sí.

—Pero, ¿tú sabes lo que es el amor?

—Pues claro, querer estar siempre con alguien.

Pensó un instante y continuó:

—Cuando sientes que revolotean mariposas en el estómago.

—¿Y si en vez de mariposas son mosquitos? —le volví a preguntar.

—Lo que tú digas, listillo... —y espontáneamente le nacía una carcajada.

El día que me contó que se había retocado los pechos le pregunté si por el aspecto exterior se podía saber si eran naturales o no, o si al tacto se percibían las diferencias. Respondió que no. Yo le llevaba la contraria; insistía en que en algo se tenía que notar.

—No se nota nada —afirmó tajante.

Y para que lo comprobase me llevó hacia el rincón de la barra más alejado de la calle, me cogió la mano y me la puso sobre la suave superficie de uno de ellos. Toqué su pezón y me quise entretener haciendo circulitos con el dedo corazón sobre él, me miró y me dijo “Guarro”, y después de unos segundos de exploración, sacó mi mano. Se notaba un elemento extraño en la parte inferior, como un escalón entre lo natural y lo añadido.

Otro día seguí con el interrogatorio para satisfacer la curiosidad del

profano en tetas de silicona y le pregunté si la teta gemela era igual que la otra.

—Sí, claro —respondió.

—No tan claro porque ya sabes que las mujeres tenéis un pecho más grande que el otro —dije haciéndome el experto.

—Sí, hombre. ¿No lo sabré yo mejor que tú? Te digo que son iguales. ¿Quién te ha dicho a ti que no lo son?

—La experiencia —contesté—. Además, se lo escuché hace tiempo a una chica en una película de Gutiérrez Aragón, *Maravillas*.

—Pues yo no he visto esa película...

—Porque en el año 80 tú no habías nacido.

Me fui hacia el fondo de la barra y le dije:

—A ver, ven, déjame que lo compruebe.

—Sí, hombre, tú lo que quieres es tocarme la otra teta por todo el morro. Eres un salidillo como todos los viejos que vienen por aquí.

—No compares, tía... ¿Cómo voy a ser yo...?

Después del episodio de la prospección táctil, intenté la conquista del jardín completo y le propuse quedar cuando saliera de trabajar. Se negó y me relató, como una letanía, todos los lugares comunes que vivían en su memoria: tengo novio, quiero a mi novio, nunca le he puesto los cuernos ni se los pienso poner...

Insistí.

—¿Quién se va a enterar si tú no se lo dices?

Insistió.

—Soy sincera, le cuento todo y no podría mantener el secreto.

Pensé, como en una ráfaga, en la sinceridad de la juventud que con el tiempo se malea. Concluyó.

—Una cosa es que te deje tocar mi teta y otra que me quiera acostar contigo. Me caes muy bien y lo haría pero...

Pero lo haría, pensé.

A partir de esa primera vez la seguí tanteando, pero era una roca sobre la que rebotaban mis propuestas. Yo insistía como si no escuchara sus negativas. De vez en cuando me enviaba mensajes por WhatsApp, que recibía en casa o en el trabajo, para preguntarme cualquier trivialidad o para contarme algún chisme de su jefe o algo relacionado con la última discusión con su novio o sobre la tontuna que aquejaba a su prima, el único familiar que tenía en Madrid y con la que mantenía una relación con demasiados altibajos.

En el poco tiempo que duraba nuestra amistad tuve más datos sobre su

mundo familiar y afectivo de los que jamás tuve de todas las féminas que anduvieron por mis alrededores. Ella era así: un libro abierto, espontánea, sin dobleces, y no tenía nada claro que la prudencia fuese una de las virtudes terrenales. Los pocos años no tienen secretos.

Un día vino a verme mi amiga Piedad, que había trabajado de camarera en un bar cercano hasta que se cansó de que el jefe no le hiciese contrato y se marchó. Apareció en el momento oportuno. Fuimos a tomar café al bar de Aurora. Las antiguas conocidas, que no amigas, se saludaron. Yo, al entrar en el bar, la saludé con un seco y distraído hola y me mostré amable y cariñoso con Piedad.

Después de poner el café, Aurora salió a servir en las mesas y cuando regresó, al pasar por mi lado, apretó con su mano mi cintura. Me volví, me hizo un gesto llevándose dos dedos a la parte inferior de los ojos, al mismo tiempo que los abría en exceso. “Te estoy viendo”, pude leer en sus labios. Después se acercó hasta donde estábamos nosotros y se dirigió a mi acompañante.

—¿Qué haces tú por aquí? Hacía mucho tiempo que no venías. ¿Cómo te va? ¿Sigues con fulanito?

Y Piedad contestaba de mala gana, desdeñosa.

—Pues he venido a ver a este caballero. Me va estupendamente, en un curro en el que trabajo ocho horas, libro un día y me paga al final de cada mes —hizo un gesto moviendo la cabeza hacia un lado—, y a fulanito lo dejé; y he venido a que me inviten a comer, ¿verdad, guapo? —me preguntó haciendo después con sus labios el gesto del beso.

Yo todavía no le había propuesto nada, pero mi cebo accidental interactuaba como si el plan fuese premeditado.

Detrás de la barra, Aurora se lamentaba de la suerte que tenían algunas: “Hasta las invitan a comer...”, dijo. Yo la miraba y no decía nada.

—¿Cuándo me vas a invitar a mí? —me preguntó con ojos de diablesa furiosa, que provocaban el deseo de tirarse de cabeza a las llamas de aquel infierno.

—Ya sabes que cuando tú quieras —respondí serio.

—Tomo nota, guapo... —dijo con cierto retintín y siguió poniendo cañas y vinos y mirándonos de soslayo.

Nos fuimos. Ella salió con nosotros a la puerta para despedirse: le dio dos besos a ella, mejilla contra mejilla, y otros dos a mí, como si pusiera dos

sellos con los labios en mi cara. Cuando aún estábamos en su campo visual, Piedad puso su brazo izquierdo sobre mi cintura y en acto reflejo yo puse el mío derecho sobre sus hombros y miré hacia atrás. Aurora, el rostro grave, desde la puerta, miraba cómo nos alejábamos.

Yo no me había creído nunca algunas teorías que circulan por los mentideros varoniles y que se refieren al cebo que puede suponer una mujer para intentar conquistar a otra: “Si alguna no te hace caso, pásate delante de ella con otra más guapa, o que esté más buena: la tendrás en el bote”, afirman los ligones profesionales.

La mañana siguiente, durante el café, después de decirme que tenía ojeras, me sometió a un severo interrogatorio.

—¿Qué tal ayer? ¿Dónde comisteis? ¿Estaba rica la comida? ¿Y el postre? ¿Tomasteis café y copa o fuisteis directamente a la cama?

Daba por hecho que nos habíamos acostado, y el gesto serio de su cara y sus silencios denotaban que no le había sentado nada bien mi presunta aventura. Yo dejé pasar el tiempo sin hacerle mucho caso, y no contesté a alguna que otra impertinencia que salió por su boca. Esperaría a que rumiase la derrota en aquella batalla.

Durante los días siguientes volví a aparecer por el bar con alguna amiga para seguir engordando su zurrón de celos, aunque no surtieron el mismo efecto porque no las conocía. Eso sí, siempre les sacaba algún defecto. Y yo mezclaba verdades con mentiras, según el humor de cada día.

Otro día volvió a aparecer Piedad y quiso que volviésemos a tomar un café en el mismo sitio y accedí, y volvimos a exhibirnos ante ella como dos amigos encariñados. En los ojos que nos miraban desde detrás de la barra se incrustó un torrente de ira que mi amada Aurora exhibió a base de silencio.

Seguí acudiendo al bar sin mostrar interés especial por ella, solo le hablaba para preguntarle alguna cuestión banal. Un día que tomaba una cerveza en el centro de la barra, ella hablaba con un tipo cerca de mí; todo estaba en silencio y pude escuchar la conversación acerca de sus labios, cuyo rojo brillante era como imán que atraía las miradas. Entró otro cliente y se colocó en el extremo contrario, junto a la ventana. Ella se dirigió hacia donde estaba, con su andar cadencioso, moviendo las caderas como si desfilase sobre una pasarela. Llegó hasta él, miró fijamente a sus ojos, y el hombre le mantuvo la mirada. Le preguntó:

—¿Qué vas a tomar?

—Una cerveza —respondió secamente, mirándola sin pestañear.

—¿Y qué va a querer de aperitivo? —volvió a preguntar ella señalando con su dedo índice los platos con las tapas, y tratándole ahora de usted.

—Tus labios —dijo el cliente, muy serio.

—Mis labios son plato principal, caballero —respondió girando la cabeza hacia mí.

Él sonrió al mismo tiempo que se humedecía los suyos. Ella cogió una copa y se dirigió hacia el grifo de la cerveza sin dejar de mirarme. Llenó la copa, ladeándola, hasta que faltaban dos dedos que completó con espuma, la dejó al alcance del hombre y después puso el aperitivo.

—Confórmese con unas aceitunas negras —dijo, alargando en sus labios la última sílaba.

Después dio media vuelta, me guiñó un ojo y se fue al lado opuesto de la barra.

Yo no tenía prisa. Alababa, con cuentagotas, sus virtudes y ella se dejaba querer aunque alguna vez se le escapaba un “sí, sí, pero prefieres a otras”. “Ya sabes tú que no —le contestaba—, eres tú la que no quieres nada conmigo”.

Una tarde, después de preguntarle cuándo quedábamos, me disparó a quemarropa.

—Cuando tú quieras.

—¿Qué pasa, quieres dar un escarmiento a tu novio? —pregunté.

Me respondió seria.

—No.

—¿Entonces?

—Necesitas demasiadas explicaciones; ahora sí quiero.

—Como tú digas.

Terminé la cerveza y me iba pero antes salió de la barra y me dio un beso que me llevé como algo más que un trofeo menor que rondó mis horas como tormenta durante la noche.

Traté de quitármela de la cabeza; pensaba en ella y me sentía avergonzado por haber intentado conquistar a una chiquilla a la que doblaba la edad y por la que empecé a sentir algo que podría confundirse con amor fraternal. Iba a tomar café o una cerveza y ya no pensaba en la cama, ni en sus pechos, ni en su cuerpo perfecto.

Un día que libraba nos fuimos a Madrid. Comimos en una taberna del centro: ella fabada y una paletilla de cordero y yo la acompañé con sopa y solomillo poco hecho. De postre, una porción de tarta de manzana para ella y

un café solo para mí. Después nos acercamos a CaixaForum para ver una exposición sobre *Animales y faraones en el Antiguo Egipto*, que yo había visto anteriormente, y después subimos a la cafetería de la azotea para tomar café y un licor, contemplando las vistas desde las alturas de los tejados rojos de Madrid. Cuando salimos le hice una fotografía con el jardín vertical de fondo.

—Me ha encantado la visita —afirmó, esbozando una sonrisa—. No conocía este museo, aunque, en realidad solo conozco El Prado y porque nos llevaron cuando hacía la ESO. Los chicos solo me llevan a pubs o discotecas —dijo mientras me cogía de la mano.

Subimos hasta Gran Vía paseando y entramos en un cine. Vimos una película romántica que ella eligió y durante la cual, en algunas escenas, descubrí que lloraba. Sequé sus lágrimas y besé su mejilla. Me confesó, entretanto, y con gesto serio, que había dejado a su novio porque no hacía otra cosa que pensar en mí.

—Quizás me estoy enamorando y no quiero traicionar mis principios —me dijo con una voz grave que era novedosa en sus labios.

Después del cine propuse llevarla a su casa porque ya no sabía con certeza si quería acostarme con ella. Me dijo que no. Llegamos a la casa que me había prestado un amigo y pasamos el resto de la tarde escuchando música, abrazados, mirándonos sin decir nada, escuchando el aleteo de las mariposas —sí, eran mariposas— en el estómago. Se sentó en el sofá sobre mí, de espaldas, tomó mis manos y las posó abiertas sobre sus pechos desnudos y me dijo que hiciese circulitos con mis dedos sobre sus pezones. Obedecí. Volvió el corazón esculpido en su boca hacia mí y me besó, y caímos sobre la alfombra en una tempestad que amainó cuando el sueño nos envolvió entre las sábanas.

Cuando desperté estaba vestida y me dijo que se tenía que ir, que debía llegar pronto a casa. Yo pensé: “Nadie la espera. ¿O sí?” Quizás su maltrecho orgullo había sido reparado. Y sentí en el corazón, como una losa, el peso del trofeo exhibido en todo lo alto de mi ego de hombre. Volví a besarla y le dije adiós.

En aquel momento no sabía si empezaba algo o si algo terminaba, lo único que supe fue que cerré la puerta y me sentí muy solo. Más solo que nunca. Y entonces pensé que las heridas del alma son difíciles de reparar.



## *La puta de la iguala*

Un día apareció por el pueblo Gisela, a la que bautizaron la Alemana, cuarenta y tantos años, de origen desconocido. Llegó para trabajar en un bar de copas, *La Cueva*, que unos elementos llegados desde la capital montaron en el centro del pueblo. A *La Cueva*, que en otros tiempos fue discoteca, cuando mudó en bar de copas la rebautizaron *The Cave*, primero, y después sus regentes añadieron *Die Grube*, porque pensaban convertirla en una multinacional anglo-alemana y la llenaron de putas rusas.

Gisela era dulce y cariñosa, de ojos azules algo saltones y carnes exuberantes que intentaban romper las ceñidas ropas que utilizaba. Sus compañeras vivían en otro pueblo pero ella decidió instalarse en el hostel de la localidad, donde, por un módico precio, proporcionaban habitación y comida. Vivir en la misma localidad en la que trabajaba sería provechoso porque frecuentaría los bares del lugar y establecería relaciones con sus potenciales clientes, pensó, algo que sus jefes agradecieron, siempre que no ejerciera también fuera del marco laboral que tenían establecido.

En uno de aquellos bares conoció a Angelito, un hombre que volvió al pueblo una vez jubilado en la empresa de la capital de la provincia en la que trabajó como vendedor (“agente comercial, eh”, decía él), y por imposición de su mujer debido a que en el pueblo vivían sus tres hijas, casadas con hombres del lugar. Pero él se consideraba un urbanita. Siempre le conocieron por el diminutivo de su nombre, cuando era niño por la costumbre; de mayor, porque sus escasas luces no alumbraban mucho más que durante la infancia. No se acababa de aclimatar a las rancias costumbres del pueblo, a las ventanas y puertas siempre abiertas, a las paredes de cristal transparente, y, sobre todo, a la falta de libertad.

Cuando conoció a Gisela todavía vivía su esposa, una mujer débil, de buen corazón y escaso ánimo. Enferma los últimos años de su vida, él se mantuvo fiel a su lado. Lloró cuando murió, pero guardó las lágrimas en una cajita cuando comprobó que estaba definitivamente solo, con el universo otra vez a su disposición. Fue entonces cuando normalizó sus relaciones con Gisela, a la que, en un primer intento, propuso matrimonio. Ella se negó, pero se veían a escondidas, en horas intempestivas, en la casa de él, hasta que un chivatazo hizo que el asunto llegara a oídos de su hija menor, que le abroncó hasta hacerle perder los nervios.

—¡Pues si no quieres chocolate, dos tazas! ¡Te vas a enterar, me voy a ir a la capital, yo también tengo derecho a vivir mi vida! —dijo el octogenario mientras desanudaba para siempre la corbata negra de luto que lucía.

Preparó una maleta con su ropa, tomó el autobús de línea y se fue a la capital. Alquiló una habitación en un hostel de su antiguo barrio y se dedicó a intentar recobrar el tiempo perdido. Fue a visitar a una antigua vecina, viuda también, que, tiempo atrás, había sido como de la familia (se acostó con ella varias veces cuando eran vecinos), la invitó a comer, fueron al cine y al teatro, dieron largos paseos por la ciudad, hablaron, y, después de un tiempo, llegaron a la conclusión de que les podía convenir unir sus respectivas soledades para que dejaran de serlo. Hablaron con los hijos y les expusieron, cada uno por separado, su decisión de vivir juntos. Todos se opusieron con distintos argumentos: los de ella dijeron que cómo los iba a dejar tirados ahora que tenía nietos que la necesitaban; las de él, con más intensidad si cabe: “Si caes enfermo no podemos estar de viaje continuamente... Además, en el pueblo no te va a faltar de nada”, expusieron intentando que abandonase sus intenciones.

—¡No tenéis corazón! —gritó Angelito, resignándose al destino.

La viuda de la capital desapareció sin dejar rastro. Después, pasada la fiebre amorosa, supo, por una carta que le envió, que una de las hijas se la había llevado, a su pesar, al pueblo de la sierra donde vivía para alejarla de aquel anciano enamorado. Él desistió por no tener que enfrentarse a sus hijas, incapaces de asumir que un hombre es un hombre hasta el final de sus días, y volvió con las orejas agachadas al pueblo.

La guardia civil procedió a cerrar *The Cave* después de múltiples denuncias de la alta sociedad rural aliada con el párroco, por escándalo público, pues las camareras salían a la puerta a fumar semidesnudas exponiéndose a la vista de niños, jóvenes, mayores y viejos. Muchas mujeres respiraron aliviadas.

Para Gisela, la Rubia o la Alemana, que de las dos maneras la llamaban aunque era rusa, el campo estaba expedito: los viejos y los menos viejos del lugar, después del cierre, no tenían dónde desfogarse y paliar el aburrimiento. Ella decidió quedarse en el pueblo y pululaba de flor en flor, libando la sangre de los parroquianos. A Gisela le había gustado el lugar, su tranquilidad no exenta de diversión, y, sobre todo, el tapeo de sus bares, en los que por el precio de dos cervezas le daban de comer. Allí creó, de forma espontánea, una

sociedad informal a la que en el pueblo bautizaron como La Iguala, que cada vez contaba con más miembros y, entre ellos, Angelito. En realidad, fue el principal promotor, quien le había propuesto cobrar un canon fijo porque era el mejor método para asegurar unos ingresos regulares. El hombre estaba prendado de ella.

La Iguala tuvo efectos terapéuticos saludables en los asegurados porque cada parte saciaba su apetito: los ancianos mantenían su espíritu animoso y ella, con una breve faena, cumplía con su deber y obtenía los medios para comer cada día, si era posible tres veces, postres y licores incluidos.

La Alemana se hizo parte del paisaje y hasta las mujeres hicieron la vista gorda y dejaron de mirarla de reojo; las más comprensivas incluso le dirigían la palabra y conversaban con ella cuando se la encontraban en sitios cerrados y guardando las distancias porque jamás se tutearon, como era habitual; las más beatas, aunque reprobaban su profesión, le reprochaban que nunca la habían visto por la iglesia, algo que podría redimirla de su pecado.

Pasado un tiempo, Gisela se cansó de su precariedad laboral y comunicó a su clientela que se planteaba emigrar para buscar nuevos horizontes. Los hombres se rebelaron y dijeron que no, que ellos buscarían nuevos clientes y se confabularon para hacerlo. Alguno propuso que lo intentaría una vez cada quince días en vez de una cada mes y con algún extra subiría la asignación. En una reunión secreta, un igualado planteó, y todos aceptaron, subir la tarifa general. Todos estaban pesarosos por la decisión que había tomado. Angelito hizo todo lo posible por retenerla y llegó a ofrecerle que multiplicaría su cuota por tres si limpiaba su casa o lavaba su ropa, aunque él siempre había sido generoso y siempre le había dado más dinero del estipulado, incluso la enviaba a la tienda a hacer compra como si fuese para él, pero era para ella. Gisela no accedió a ningún ofrecimiento y entonces Angelito le pidió, de nuevo, matrimonio. Volvió a tildarlo de loco y se negó rotundamente porque conocía a las hijas y sabía que, sobre todo una de ellas, sería capaz de hacerla desaparecer del mapa para siempre si cometía tal acto.

De las tres hijas del caballero, solo la mayor la comprendía. Gisela decía que esa chica tenía buen corazón, y daba, a quien quisiera escucharla, la siguiente explicación:

—Bondad inversamente proporcional a posición en sociedad: si rico, más bajos sentimientos hacia personas.

La hija mayor de Angelito, en cuya casa no pasaban estrecheces aunque

no sobraba nada, le daba las ropas que se le iban quedando grandes porque seguía dietas de adelgazamiento que la mantenían en un estado depresivo permanente.

A la hija mediana le importaba poco lo que hiciera el padre, con el que nunca congenió. Es más, la gente, para evidenciar su pasotismo, decía que cuando murió su madre no lloró. A ella le gustaba ser la comidilla, y por eso, de vez en cuando invitaba a la señora meretriz a merendar en su casa y fumaban porros, lo que provocaba la bronca de su hermana menor. Ella misma procuraba que llegase a sus oídos.

Con la hija menor se cumplió el dicho “es mejor saberse casar que saberse criar”. Despreció a novios que la querían de verdad para casarse con un joven emprendedor, de orejas grandes y ojos saltones, y sin escrúpulos, que se hizo rico en poco tiempo, por lo que ella adquirió, en régimen de gananciales, la misma condición de nueva rica. Cuando llegó un cura joven en sustitución del anterior se hizo miembro de la congregación mariana que fundó, y ella fue su primera dama. Adicta a misas y novenas, pronto se convirtió en elemento dinamizador de la vida cultural del pueblo a base de folclore, cantes, bailes, ganchillo, pintura en acuarela y, para las más innovadoras, introducción a la cerámica. Una vez al año, celebraban una comida campestre en algún pinar de los alrededores, a la que acudían todas con el cura, donde se comía, se bebía, se cantaba...

La hija pequeña pensó que tenía un prestigio que preservar y no podía consentir que su señor papá anduviese con putas del tres al cuarto; otra cosa sería –confesaba a sus allegadas– si acudiese a una localidad cercana donde existía una casa de lenocinio fina, a la que había que acudir con cita previa y las señoras putas pasaban sus controles sanitarios. Parecían señoras normales y una amiga le había asegurado que, incluso, llevaban a sus hijos a colegios de curas.

La chica de la Iguala se mantenía firme en su postura de abandonar el pueblo. Nadie ni nada podía convencerla para que desistiera. Ante el hecho consumado de la huida, los hombres comentaron entre ellos la posibilidad de celebrar una cena, homenaje postrero, en un restaurante de la localidad, con la que le mostrarían su cariño más allá de las relaciones mercantiles. Cada cual, en casa, pondría como excusa para acudir que, como eran miembros de la cofradía del Santo Cristo crucificado y ese año había quedado un remanente después de todos los fastos, iban a celebrar una cena los cofrades pues no llegaba el remanente para invitar también a las esposas.

Se nombró una comisión organizadora que encabezaría Ángel.

Hablaron con el dueño del restaurante, al que pidieron discreción, sobre la posibilidad de celebrar una cena un día de diario por la noche, algo inhabitual en la localidad porque allí los días de salir eran los fines de semana. El hostelero no puso objeción alguna, pues siempre eran bienvenidos ingresos no previstos.

Reservaron para quince personas, más o menos. Pero quedaba otro escollo que salvar: la homenajeadá. Cuando se lo propusieron se negó rotundamente.

—¡Estáis locos! ¡Qué decir vuestras mujeres! ¡Cuelgan de un árbol — argumentaba ella, también escandalizada, aunque en el fondo se relamía ante la posibilidad de que tal evento se llegase a celebrar.

—Ellas creerán que estamos en una cena de la cofradía... —le dijeron y entonces le faltó tiempo para dar su visto bueno.

—Bueno, si así, *d'accord*, vosotros veréis.

Gisela accedió, y sin condiciones, puesto que ya supuso normalizadas las relaciones con el elemento femenino del lugar, exceptuando a alguna retrógrada asocial, y pensó que incluso ellas no pondrían reparos a la fiesta del homenaje.

En la tertulia mañanera o vespertina de la plaza o en los bares, en el café o en los convites del mediodía, algunos de los que no iban a asistir al homenaje hicieron alguna insinuación. Cuando se percataron de que todos estaban al tanto del asunto, hablaron de él abiertamente.

—Yo iría a la cena con la puta, pero mi mujer no me deja —decía uno, sin darle importancia al asunto.

—Yo tendría cuidado con esas cenas, suelen ser indigestas —comentaba otro.

—Mucha misa y mucho Santo Cristo, pero a la que van a poner en un altar es a la puta —comentaban algunos escrupulosos con mezclar la religión con la carne.

Pronto la noticia corrió como la pólvora y los comentarios se generalizaron, aunque los interesados hicieron oídos sordos.

Fijaron la cena de despedida un lunes a las ocho de la tarde, aprovechando que ese día era el único en el que no ponían fútbol en televisión, para que el restaurante estuviese menos concurrido. El dueño del local habilitó, solo para ellos, una zona del salón separada del resto por unos

biombos y preparó la mesa como para una boda, con flores, velas y la mantelería de las grandes ocasiones.

Finalmente se presentaron doce igualados. Gisela lució un vestido rosa escotado, algo anticuado, muy ceñido, que hizo las delicias de los presentes y que provocó, durante la comida, más de un lamparón en las camisas o jerséis de los asegurados. Cuando se quitó el abrigo largo, algo ajado, mostrando el cuerpo en todo su esplendor, un largo ooooh retumbó en el ambiente, como si no tuviesen noticias previas de las redondeces de la señora. Ella estaba encantada; nunca había tenido veinticuatro ojos al mismo tiempo pendientes de sus encantos.

Tomaron asiento. Gisela en el centro de la mesa y cada cual corrió como pudo para situarse a su lado o, como mal menor, enfrente. Los peores sitios los ocuparon los operados de cadera o de rodilla, aunque el mejor fue para el de la silla de ruedas, al que habían amputado las dos piernas por culpa del azúcar, que se apalancó nada más llegar enfrente de donde supuso estaría la silla presidencial para no perder ojo; otro, operado de cataratas recientemente, solo acertaba a decir que se tenía que haber operado mucho antes. Angelito se situó a la derecha de la señora.

El menú que había preparado el tabernero consistía en ensaladas mixtas, con atún y huevo, y choto al ajillo, especialidad de la casa, con vino del lugar y de postre flan de huevo o natillas, caseras y recién hechas. Uno de ellos, desdentado, pidió un consomé y tortilla francesa con atún, menú al que se sumó otro al que no le gustaba el choto porque decía que olía a cabra.

Cuando estuvieron ubicados todos en sus sitios, los camareros sirvieron tres frascas de vino y alguna gaseosa, aunque uno pidió un bitter kas, sin alcohol, porque tenía el azúcar alto. Ella dijo que antes de empezar a comer siempre le había sentado muy bien un gintonic de Tanqueray —es lo que se pedía en sus tiempos de *The Cave* cuando alguien tenía la amabilidad de invitarla— y que ahora le apetecía uno, si no suponía abusar.

—Pide lo que quieras, mujer, pa' una vez ¿quién se va a enterar? —dijo uno, haciendo aspavientos.

El camarero se presentó, bandeja en mano, con una copa grande y ancha con hielo, limón natural, la botella de Tanqueray y la tónica. Abrió la botella y sirvió.

—Echa más, cariño, hay mucho hielo, echa más —protestó y el camarero volvió a echarle otro tanto—. En mi país, primero ginebra, después hielo, después tónica; así sabes qué beber.

—¡Tu país! Aquí estamos en España y hacemos las cosas al revés — dijo alguien, riéndose de la ocurrencia.

Una vez completa la operación, Gisela metió la cuchara del comensal desdentado hasta el fondo de la copa y dio dos golpes secos sobre el fondo, porque de esa manera, dijo, se mezclaba el alcohol de los combinados con la bebida que lo acompañaba; devolvió la cuchara al de la sopa, que la limpió lamiéndola para que no se mezclaran los sabores, y dio un largo sorbo; después se pasó la lengua por los labios relamiéndose.

—¿Está rico, eh? —le preguntó alguien.

—¡Digo! —contestó ella con ese modo de afirmar típica del pueblo.

Y la señora cambió de tercio:

—¿Empezamos a comer? —preguntó.

Fue decirlo y cada cual se armó con el tenedor y el pan y empezaron con la ensalada. Alguien dijo al camarero que sirviese el choto y así iban mezclando, que eso de comerse primero la ensalada era cosa de los paletos de la capital. El hombre sin dientes recriminó al camarero que no le hubiese traído todavía su consomé.

Sirvieron los platos con el choto, un plato con colmo para cada uno, y el consomé, y ella, que ya se había acabado el gintonic, preguntó si podía pedir un tercio de cerveza, que el vino le producía ardor.

—Pide lo que quieras, cariño —dijeron varios a coro, utilizando esa palabra amable que solo utilizaban con ella.

—Hoy tienes barra libre, mi amor, aprovecha —le dijo Angelito suavemente al oído.

Un tercio para la señora, y después otro, y otro. Ellos acabaron las tres frascas de vino y pidieron una más, y el del bitter, otro bitter, pero al tercero cambió de opinión y dijo que por una vez que se tomase una cerveza el azúcar no lo iba a notar.

Llegaron los postres y aparecieron por la puerta cuatro señoras, comandadas por la hija rica de Angelito.

—¿Os lo he dicho? —dijo enfurecida, la amplia melena de leona recogida en un pañuelo, los brazos en jarras, dirigiéndose a las damas que la acompañaban—. Aquí están los muy sinvergüenzas con la sinvergüenza mayor.

Se dirigió con gesto agrio hacia su padre, que roía el último hueso del choto y le ordenó que se levantara, que se iban inmediatamente.

—Te vas a ir tú, si quieres, chata. Yo, me quedo —le respondió él, enérgico, pegando un puñetazo en la mesa.

—¡Papá, te digo que te levantes que nos vamos! —volvió a repetir de forma autoritaria la señora.

—Y yo te digo que me voy cuando nos vayamos todos, que estoy muy a gustito, ¡coño! —gritó y, poniéndose de pie, finalizó con un “¡hostias!” furibundo que hizo el silencio y concentró la atención general en padre e hija.

Las demás mujeres se dirigieron a sus respectivos —iban dos esposas y otra hija— para conminarles a que salieran inmediatamente de aquel lugar, recriminándoles su actitud y advirtiéndoles de que ya hablarían en casa porque no les gustaba dar un espectáculo en público. Respondieron como Angelito que, a sus años y por primera vez, se había erigido, él, políticamente conservador, en líder de un grupo levantisco.

Mientras tanto, en medio de las discusiones, la homenajeadada se había escabullido por detrás de las sillas para ir al servicio y solo volvió a aparecer cuando alguien fue a avisarle de que el enemigo había huido.

Terminaron la cena en paz y armonía. Se tomaron el postre, bebieron licores variados: pacharán, sol y sombra, hierbas, crema de café, de güisqui, mezclando unos con otros hasta hacer un gran revoltijo. Como a ella el vino le producía ardor de estómago, pasó de licores y fue directamente al grano y sin pedir permiso:

—Para mí un Ballantines cola —le dijo a un joven camarero que fue durante toda la noche como su ayuda de cámara.

Los cofrades se animaron y, después de los licores, pidieron güisquis, ginebras, brandis, ron, mezclados unos, otros sin mezclar, y hasta el del bitter kas se animó y se metió un lingotazo de ron-lemon —dijo— porque, por otra vez, el azúcar no iba a detectarlo.

Ella preguntó a sus chicos si podía pedir que pusieran música.

—Pregúntale a este malafollá si quiere ponerla —dijo alguien señalando al tabernero que andaba preguntando a la concurrencia si estaba todo en orden.

—Oye, oye, sin faltar —intervino el tabernero frunciendo el ceño.

Dijo que sí, ¿por qué no? El malafollá, cuando llegó a la barra, comentó al otro camarero que ahora venían los títeres con la música. Ella, con los primeros acordes, cubalibre en ristre, empezó a contonearse, mientras los hombres que podían le hacían corro y daban palmas al compás de la música. Nuestro hombre fue el primero que se lanzó, la tomó de la cintura y bailó con ella el pasodoble, sin dejársela arrebatar por los demás, que reclamaban su lugar.

—Guarda tu turno —les decía mientras daba vueltas como una peonza renqueante.

Y así transcurrió la velada, entre bailes, risas, recuerdos íntimos, chismes, chistes cada vez más obscenos según aumentaba la ingesta de alcohol, hasta que llegó el tabernero a decirles que era hora de cerrar, que él tenía que abrir otra vez a las seis de la mañana, dentro de cinco horas.

—Pon la última —pidió uno de ellos.

—La última ya la he puesto. Venga, cada mochuelo a su olivo —dijo con energía y sin dejar abierta la posibilidad de réplica.

A regañadientes aceptaron, se dirigieron a los servicios a mear y a echarse agua por la cara, pagaron a escote el convite y salieron a la puerta del establecimiento. Uno de los más jóvenes, solterón, tenía aparcado el coche en la puerta del local y la invitó a llevarla hasta su casa.

—Si quieres, vamos a la tuya, más cómoda —dijo ella.

Y allí se fueron a poner colofón a la noche de despedida. Los demás se quedaron a las puertas del restaurante maldiciendo la suerte del que se había llevado el coche.

—Qué joío, ese esta noche también va a comer conejo.

—Asín se le indigeste —maldijo otro.

—A mí, porque me ha pillao en esta puta silla de ruedas, que si no, pronto se me iba a adelantar ese aprovechao —dijo el de la silla de ruedas con un amargo lamento.

Todos miraban cómo se alejaba el coche, carretera arriba hasta la casa del más espabilado. Con su sombrero verde en la mano, Angelito les decía a los demás que la dama no tenía palabra porque había prometido irse con él.

—No es una dama, no es una dama —farfullaba con lengua de trapo.

—Qué dama ni qué pollas, es una puta y las putas no tienen palabra, ¿qué te habías creío tú? —le respondió otro.

Al día siguiente, el eco de la fiesta del homenaje —como quedó para los anales— retumbaba en el pueblo y era la comidilla en la tienda de ultramarinos, en los bares y en la tertulia de la Moncloa, como se conocía a la reunión de ociosos que cada día se reunían en la plaza del pueblo. Como todos los que tenían cónyuge habían llegado a casa a una hora prudencial, y dada la avanzada edad de los interesados, las esposas convinieron en echar pelillos a la mar y en dar el incidente por concluido.

No fue así en el caso de la hija menor de nuestro hombre que se presentó

en la casa del padre a las ocho de la mañana, dispuesta a que se levantara de la cama para hacerle purgar sus culpas, y tuvo que salir huyendo cuando, al encender la luz de la habitación, lo despertó y, pensando que era algún ladrón, lanzó a la hija el bastón que tenía al borde de la cama. A mediodía no había ido a comer a su casa como era habitual y, preocupada, volvió a casa del padre y allí seguía dormido profunda y plácidamente.

Gisela, la chica de la Iguala, desapareció después de aquella noche *de farra y alegría*. El que había pasado la última noche con ella la acercó por la mañana al autobús de línea para Madrid, adonde se dirigió en busca de una nueva vida.

En el pueblo había dejado raíces profundas en sus hombres.

No había transcurrido un mes desde su marcha cuando los ancianos empezaron a caer enfermos; en sus analíticas subieron los niveles de colesterol, de azúcar, la tensión; estaban más irascibles, constantemente se peleaban con los que tenían alrededor, lo que suponía más tensión para las personas de quienes dependían. Los familiares establecieron una relación causa-efecto inmediata: se les había quitado la ilusión por la chica de la Iguala y se habían abandonado al destino. Unas y otras hablaron, se contaron el estado de sus respectivos familiares y llegaron a la conclusión de que estaban todos mejor antes de la partida de la meretriz. Y se pusieron de acuerdo en ir a buscarla, en contactar con alguien que supiera donde estaba para decirle que volviera, que todos se lo iban a agradecer porque a esas alturas de la vida a nadie hacía daño y sí mucho bien.

Angelito no pudo soportar la soledad. El recuerdo de la última noche lo sumió en un estado de decaimiento que lo llevó a encerrarse entre las faldas de su mesa camilla, de donde lo arrancaban, a duras penas, para llevarle a la cama. Abandonó la medicación que tomaba para sus males una vez perdida la mejor medicina. “Para morir no hay nada como no querer vivir”, sentenció la hija menor, con la lágrima a punto y el corazón compungido.

Poco tiempo después el hombre murió.

En los corrillos del pueblo se comentaba que de un ataque de nostalgia.





## *Hombre enamorado*

Desde el momento en que Alberto cruzó con ella la primera mirada fue como si un rayo atravesara sus pupilas y fuese a parar al lugar donde espera el amor para ser fecundado. Y enamorado vivió el resto de sus días.

Era un hombre menudo, de ojos vivarachos, manos pequeñas y huesudas y cuerpo fibroso, señales inequívocas de una naturaleza que no había cometido excesos. Siempre iba vestido con ropa oscura, pantalones con raya, chaqueta, chaleco y corbata, y remataba la figura un sombrero acorde con cada época del año.

Desde que enviudó había decidido que no se convertiría en un lobo solitario y para evitar discusiones tuvo que trasladarse a vivir con su única hija, aunque decidió que la casa no se le caería encima y buscó mil actividades para tener el tiempo ocupado y alimentar su espíritu inquieto. Y para satisfacerlo, el entorno en el que vivía era propicio. Además, era un hombre comprometido y estaba inmerso en todos los frentes que se abrían para luchar por un mundo mejor.

Sus aficiones iban de la literatura al arte, de la botánica a la medicina, pasando por la historia o la filosofía. Por eso, cuatro días a la semana, durante tres horas, acudía a la Universidad, donde se había matriculado en uno de los cursos multidisciplinarios que se impartían, que incluso ofrecía una asignatura dedicada a la Medicina Preventiva. El mundo, todo, y desde siempre, fue un abanico de misterios que él quiso descubrir.

Vivía en un barrio rodeado de jardines y sendas y cada mañana sacaba a pasear su figura menuda por su favorita, rodeada de hierba y árboles frondosos de hoja perenne a ambos lados, que recorría de punta a punta con su andar pausado. Y mientras paseaba se acordaba del inútil que en su calle había ordenado, cuando la planearon, plantar árboles de hoja caduca que hacían del otoño una estación peligrosa, con las aceras sembradas de hojas en las que corrías el riesgo de escurrir y romperte la cadera, su gran preocupación.

En cualquier sitio encontraba a alguien con quien charlar, incluso pertenecía a varias tertulias que se reunían en los lugares que frecuentaba. Las tardes de los jueves tomaba café y charlaba de sus cosas con un grupo de mujeres en el que él era el único hombre. Pasaban un rato divertido y no había propuesta que hicieran que no pasara por el tamiz del criterio de Alberto. Él

no se aprovechaba de su situación y jamás desaprobó de forma tajante la propuesta de alguna compañera. Si ponía algún reparo, consensuaban otra alternativa. Todas lo consideraban la voz de la experiencia que, si en algunos casos solo supone más años, en este llevaba consigo, además, sabiduría.

Alberto era feliz con tanta actividad, pero traía a maltraer a su familia que estaba más tranquila cuando lo veían en casa o salía a dar un corto paseo para comprar el pan. Pero esas actividades eran propias de los ancianos que tenían asumida su condición como algo que les imposibilitaba llevar a cabo una vida normal, pensaba.

Desde que tuvo uso de razón pertenecía a un partido situado en la izquierda y que, últimamente, le proporcionaba demasiados quebraderos de cabeza por su deriva, derechista para unos, centrista según los más optimistas. Él pensaba que se había perdido el norte y no sabían adónde querían ir realmente. En el pasado siempre encontró una justificación razonable a que buscasen posiciones centradas con el fin de poder atraer al mayor número de personas al proyecto, si lo que se quería, realmente, era gobernar y cambiar la sociedad; de nada servía –pensaba– adoptar posiciones demagógicas, difíciles de llevar a cabo si estabas en el gobierno, salvo para perpetuarse en la oposición, como le ha pasado a la izquierda más pura desde siempre. Por eso, ante la disyuntiva de todo o nada, él prefería avanzar; eso sí, sin renegar jamás de los principios básicos.

No obstante mantenía su militancia en suspenso –estaba harto de que trataran de hacerle comulgar con ruedas de molino– desde una época en la que había demasiado vividor en sus filas, de los que en cada asamblea le daban golpecitos en la espalda y lo ponían ante los demás como ejemplo de luchador incansable, para, después, olvidarse del ejemplo y hacer de su capa un sayo y dedicarse a vivir la buena vida que el cargo público proporcionaba. “Vive como piensas o terminarás pensando como vives”, dijo un día, como colofón de una discusión, a algún aprendiz de Maquiavelo que se limitó a responderle con un ¿¿quéee...?! que resonó en todo el término municipal. Era demasiado pedir que máxima tan complicada la entendiese una mente tan simple.

Un día recibió un mensaje en su smartphone: “*Buenas tardes. Compañero, te cito a la reunión del Grupo de Barrio que tendrá lugar el próximo día 17, martes, a las 17.30 en el Centro Cívico*”. ¿El Grupo de barrio?, se preguntó. Recordó la vieja frase de Oscar Wilde que lamentaba que uno de los males de los socialistas fuese que pasaran demasiadas tardes de asamblea. Él apostillaba: “...por lo que les queda muy poco tiempo para

vivir”. Y pensó que sería una de tantas reuniones organizadas para que fuesen siempre los mismos y perder un par de horas discutiendo sobre la conveniencia, o no, de establecer relaciones comerciales con el estado asociado de Cachemira o hacer un puente aéreo para comunicar la península de Kamchatka con el extremo occidental de Alaska o cosas por el estilo. Aun así decidió acudir porque, además, ese día, martes, se reuniría en el Centro Cívico con sus compañeros de la universidad, para concretar alguna actividad, al margen de la académica, los días siguientes. A las 16 horas se reunió con su grupo de universitarios y acordaron visitar el sábado una exposición en el CaixaFórum sobre objetos procedentes del Hermitage de San Petersburgo, ciudad a la que él seguía denominando Leningrado, reminiscencia romántica de tiempos más revolucionarios.

El día de la cita, una vez finalizada la reunión de su grupo, preguntó al conserje en qué lugar se celebraba la del Grupo de barrio. Antes, sacó un café de la máquina, a pesar de que lo tenía prohibido, y se dirigió con pasitos cortos, pero firmes, a la sala. Eran las 17.26. Abrió la puerta y vio a una chica morena, menuda, que se dirigió hacia él y le preguntó si venía a la reunión. Respondió afirmativamente y ella se presentó como Almudena, la nueva coordinadora del partido.

—Alberto Avendaño, para servirla, señora —le tendió la mano y continuó—: Me complace comprobar que, después de mucho tiempo en este partido, las 17:30 son las 17:30. Es un placer conocerte, compañera —dijo con voz clara y firme—. Me he permitido tutearte, ¿puedo? —preguntó.

—Por supuesto, Alberto. ¿Y yo? —dijo a su vez ella.

—Faltaría más...

Tuvieron que esperar todavía media hora hasta que se completó el aforo: de los ciento y pico convocados, acudieron catorce, aunque después todos se pasaban la vida reclamando más democracia y más participación.

Aquella tarde Alberto no apartó los ojos de Almudena, ni siquiera abrió la boca para hacer propuestas porque todo lo que ella proponía le parecía bien, y tampoco discutió con alguien a quien habitualmente, en las reuniones, acostumbraba a contradecir por su cansino discurso catastrofista y engolado que solo escondía un extenuante afán de protagonismo. Alberto la miraba y asentía. Y pudo comprobar que en la reunión no hubo alusiones a Kamchatka ni a Cachemira, sino que se pusieron sobre la mesa problemas reales del barrio a los que había que buscar solución.

Alberto —mirada tranquila y dulce— parecía haber sufrido un

encantamiento.

Cuando terminó la reunión esperó hasta que se fueron todos para preguntar a Almudena dónde vivía. Y como vivían cerca, le propuso acompañarla. Ella respondió que iba andando, pensando que él utilizaría algún medio de transporte, pero replicó que él iba andando a todas partes, menos a Madrid:

—Para Madrid voy en autobús porque tengo fobia al metro y al tren desde los tiempos de la guerra.

Se fueron andando y les dio tiempo a hablar y conocerse mejor. Cuando se despidieron, Alberto preguntó si podía hacerlo con un beso. “Ha sido un placer, amiga...”, le dijo mirándola con ternura. Ella se dirigió hacia su casa y él la siguió con la mirada; solo comenzó a andar cuando ella dobló la esquina de su calle.

Almudena le había dicho que cada mañana tomaba el autobús en la parada del barrio a las ocho; desde ese día, él tomaba el autobús a las ocho. Los jueves tenía reunión de Grupo en la sede del Partido; él cambió el día de la reunión con sus chicas, y cada jueves asistía a la reunión en la sede. Ella dijo que asistía a manifestaciones reivindicativas de todo tipo; él no dejó de asistir a cualquier acto reivindicativo que se convocara. Desde que la conoció fue su sombra.

Un día, en el autobús, de vuelta de una de esas manifestaciones, le confesó que le había comprado un libro y que se lo quería dedicar con un poema escrito expresamente para ella. Y le preguntó:

—¿No se molestará tu marido si te dedico un libro con un poema? ¿Sabes? Te has convertido en mi musa —le confesó mientras brillaban sus ojos.

—No hombre, ¿cómo se va a molestar mi marido?

—Pues tengo muchas ganas de conocer al afortunado que te conquistó.

—En la próxima reunión del Grupo le digo que venga y os presento.

En la siguiente reunión del Grupo se lo presentó. El marido, al tanto del encantamiento que sufría el hombre, se colocó aposta frente a él y pudo comprobar que no le quitaba los ojos de encima. Ese día ella quiso llevarlo a casa en coche porque hacía muy mala tarde y llovía:

—No, por favor, ¿qué va a pensar tu marido? —dijo negando con la cabeza.

—Mi marido dice que no va a permitir que te vayas andando, así que te vienes con nosotros.

Durante el corto trayecto no paró de enunciar elogios: pareja perfecta, mujer encantadora, comprometidos con su tiempo, para terminar con un nostálgico me recordáis mi matrimonio.

Al poco tiempo Almudena lo encontró en el autobús magullado, con una venda en una ceja. Se había caído un día de lluvia por culpa de un resbalón en las hojas de las aceras y le dieron siete puntos de sutura. Ella le reconvino: no debía andar tanto porque el barrio estaba bien comunicado en autobús y para eso tenía el abono mensual. Él obedeció al instante, al contrario que a su hija, que también lo había amonestado por su excesiva afición a las largas caminatas. Desde ese día tomaba el autobús aunque solo fuese para hacer el trayecto de una parada.

En una de esas ocasiones en que coincidían en el autobús, hacia finales de junio, cuando los estudiantes están inmersos en la época de los exámenes, Alberto le mostró, orgulloso, su boletín de notas y una fotocopia plastificada que hizo expresamente para ella y quería que conservase como recuerdo. El boletín, debajo de su nombre, relacionaba las asignaturas y la nota correspondiente a cada una de ellas:

***Materias obligatorias:***

*Historia universal, APROBADO*

*Historia social y cultural del libro y la lectura, SOBRESALIENTE*

*Arte universal, APROBADO*

*Introducción al derecho, APROBADO*

*Historia de la filosofía, SOBRESALIENTE*

*Literatura universal, SOBRESALIENTE*

***Materias optativas:***

*Medicina preventiva, NOTABLE.*

Ella le dio la enhorabuena por tan excelentes notas y él contestó, sin dejar de mirarla y olvidándose de las notas, que estaba a punto de terminar el poema para la dedicatoria del libro y que se lo entregaría en unos días.

Otro día, faltando pocos para que cumpliera los 96 años, comentó que cada año se reunía el día 26 de julio con sus antiguos camaradas para celebrar la batalla de Brunete, en la que él luchó en 1937 cuando solo era un mozalbete imberbe, y que le gustaría invitarlos a la celebración de ese año.

—Lo pasaremos bien y conoceréis a gente estupenda —afirmó orgulloso.

Ella contestó que con mucho gusto lo acompañarían y que no buscara transporte porque irían todos en su coche para pasar un día de confraternización con aquella gente que tanto admiraba.

Pasó aquel día y, al leer en la prensa el aniversario de la Batalla de Brunete, ella cayó en la cuenta de que llevaba mucho tiempo sin cruzarse con Alberto. Comprobó en el teléfono y tampoco había contestado, como era habitual en él desde aquella primera vez, a los mensajes para las reuniones. Almudena llamó a su teléfono y una voz metálica, anodina, desde el otro lado dijo: “El número al que usted llama, no existe”.

En las sendas del barrio no se han escuchado las campanas de ninguna iglesia tocando a muerto.

Ella, de vez en cuando, se pregunta qué habrá sido de su hombre enamorado y de aquel poema que quedará para siempre inacabado.



## *Cuando las flores despiertan en otoño*

Adriano se dirigió a mi mesa, me dio los buenos días, le invité a sentarse y sonrió. Respondí de la misma manera y establecimos un diálogo amable. Él venía a buscar trabajo y estaba interesado en realizar cursos para seguir formándose. Cuando se fue me tendió la mano. Dijo:

—Has sido muy amable. Agradezco tu tiempo.

—Es mi trabajo —contesté.

Me dijo que se había matriculado en la Universidad para estudiar el Grado en Enfermería que tuvo que abandonar tiempo atrás; después trabajó en una clínica como auxiliar de enfermería y acudía a la Oficina para reactivar su inscripción como demandante de empleo. En aquella ocasión me comentó, esperanzado, que confiaba en que lo llamasen de la bolsa de empleo del hospital.

—Si encontrase un trabajo estable me daría un vuelco la vida —dijo—. Es triste que el trabajo se considere un privilegio en este mundo egoísta.

Yo estaba de acuerdo con él.

Vivíamos en el mismo barrio y desde aquel primer día nos saludábamos cuando coincidíamos por la calle, casi siempre con prisa.

Hacía poco tiempo que había cumplido veintiséis años. Por la calle lo veía solo, excepto alguna tarde que paseaba del brazo de una señora mayor, de pelo negro tintado y facciones suaves, su madre, con la que convivía. A veces, desde la distancia, le seguía con la mirada. Me percaté de que su forma de andar, pausada, con un ligero movimiento de caderas, al mismo tiempo que giraba la cabeza levemente hacia un lado y hacia otro, podría pasar por la forma de andar de una mujer, aunque, con el tiempo, se me hizo natural. Él sabía que no pasaba inadvertido: “Soy como soy —decía— y no estoy orgulloso de ser así, porque se siente orgullo ante lo que se consigue con esfuerzo y no por lo que te otorga la naturaleza”. No se inmutaba ante lo que pensara o dijera la gente. Su vida era su vida, así la aceptaba y así le gustaba, como le habría gustado si hubiese sido de cualquier otra manera.

En una de mis visitas periódicas al hospital, al coger número lo vi tras los cristales de la recepción, me hizo una seña con la mano y nos saludamos.

—He tenido suerte, me han llamado para un contrato largo —me dijo, satisfecho.

Mientras esperaba me contó que seguía en la Universidad porque ahora

podía compatibilizar sus estudios con ese trabajo, algo que no podría hacer si trabajase en la privada, en la que, “ya sabes –apostilló–, tienes que echar mil horas, con horarios y condiciones leoninas, porque a esa gente solo les interesa ganar dinero a costa de lo que sea, de la salud de los enfermos o de los trabajadores: pretenden que seamos sus esclavos”.

Nos volvimos a encontrar por el barrio en una ocasión en la que ninguno de los dos teníamos prisa, nos tomamos un café y charlamos sentados en la terraza de un bar. Tenía esperanza de aprobar una oposición convocada en el hospital para auxiliares de enfermería y hablamos durante un buen rato de nuestras respectivas vidas. Cuando se fue, yo me quedé esperando a un amigo y me tocó discutir con alguien que nos había estado observando y me dijo que no entendía cómo me dejaba ver en público con él.

—¿Es que no has visto que quiere ser una tía?

Respondí que sí, que lo había visto, y que también estaba comprobando que él debía poner su cerebro al día.

En nuestros encuentros hablábamos sobre cualquier cuestión pero jamás sobre su condición sexual. Supe que le gustaba la novela policíaca, el cine de ciencia ficción, y que disfrutaba con *Cine de barrio*, programa de televisión que le servía, argumentaba, para conocer, además del cine de una época con el que se divertía, de donde procede la sociedad española actual. Decía que tenía un halo romántico que le embriagaba, además de las tertulias en las que se lo pasaba pipa con las viejas damas españolas a las que calificaba de “exhibicionistas imperdonables”. Me contaba que cada tarde de sábado, su madre y él se plantaban ante la televisión con un café o un chocolate y un bollo y merendaban mientras se daban un atracón con la película.

—Al principio lo hacía por acompañar a mi madre, pero después se me ha hecho indispensable. Y no creas que me avergüenzo de ello, como mucha gente que es adicta pero no se atreve a confesarlo, no, a mí me gusta, y disfruto, y lo digo abiertamente. Hay demasiado hipócrita con dobles vidas.

Me hablaba de su madre –“mi mamita”, la llamaba–, de lo que sufrió cuando le confesó su *desviación*:

—Lo pasó muy mal. Le dije que la naturaleza me había hecho vivir en una continua mentira. Mi mamita, como tantos otros, viene de unos tiempos en los que no se asumía que la naturaleza fuese caprichosa y, a veces, en el cuerpo de un hombre pusiera una cabeza de mujer.

Aun así, en las charlas con su madre, a veces se tomaba todo a chanza, le hacía de rabiar y achacaba el *problema* a que sus progenitores habrían

ensayado alguna posturita rara o a que hubiesen hecho algo que no estaba escrito en las normas mientras lo engendraban. Ella reía.

—Anda, cuéntame, cuéntame —insistía Adriano—, porque igual en algo exótico que hicisteis está la explicación; igual sucedió en la cama de un hostel de carretera, sobre un colchón demasiado blando y en una noche de calor extremo. ¿O no? No me quedaba otra que salir *blandito*.

Cuenta que tardó poco en convencerla para que asumiera la realidad. Pareció darse por vencida cuando una tarde, muy serio, terminó de forma tajante una conversación afirmando que era feliz y debía pensar solo en eso y en nada más. Durante una larga temporada la orientación sexual de Adriano fue tema principal de sus conversaciones, hasta que, de forma espontánea, se fueron espaciando en el tiempo y desaparecieron. Eso sí, dice que su mamita le pidió —“no, me rogó”, puntualiza— que mientras viviese no iniciara el proceso de cambio de sexo y él le concedió ese deseo. Y accedió como regalo postrero que paliara de alguna manera el sufrimiento que le había provocado.

Algún tiempo después les vi por la calle; ella iba en silla de ruedas que él empujaba y les saludé. Ella dormitaba. Adriano me dijo que había empeorado y necesitaba a alguien a su lado todo el tiempo. Durante el día, una chica la cuidaba, pero las tardes eran suyas y a su mamita las dedicaba como parte inexcusable de sus deberes. Incluso había tenido que volver a abandonar los estudios para dedicarle todo su tiempo.

—Se lo debo —me dijo esbozando una sonrisa triste.

Adriano comenzó la transformación definitiva después de la muerte de su madre. En esa época había decidido dar un impulso a sus estudios —le quedaban asignaturas sueltas de varios cursos para terminar Enfermería— y salía muy poco porque quería dedicar todo su tiempo a poner orden en sus asuntos, y lo primero era finalizar la carrera para intentar dar el salto y hacerse con una plaza de enfermero en la sanidad pública.

Se había dejado crecer su abundante melena de un negro azabache; había iniciado el proceso para hacer desaparecer la barba y a hormonarse para que aumentasen de tamaño los pechos. Cuando lo veía desde lejos, cada vez más veía a la mujer que siempre quiso ser. Su voz había sido siempre suave y no iba a hacer nada para cambiarla. Quizás, últimamente, había pausado su forma de hablar, de forma natural, sin estridencias.

En nuestras conversaciones sostenía que siempre había estado implicado con los colectivos que reivindicaban sus derechos, los apoyaba y, en un primer

momento, había colaborado activamente con ellos aunque, debido a sus múltiples ocupaciones, últimamente se había alejado del activismo militante.

—Yo comparto sus reivindicaciones —dije—, pero creo que algunos individuos pecan de exhibicionismo.

—Quizás, pero hay que reivindicar —respondió Adriano— siempre, el derecho a vivir como cada cual desee, con normalidad.

—Yo estuve de acuerdo con el Día del Orgullo —intervine— en un primer momento, pero, una vez conseguidos los objetivos principales, no veo la necesidad de visualizar cada año ese supuesto orgullo, de reivindicarse a cada paso y hacer para ello una fiesta específica porque, quizás, haciéndola se ensalza a la vista de todos la peculiaridad de cada cual, cuando lo que hay que hacer es normalizarla.

No estaba de acuerdo con ese argumento porque decía que salir a la calle un millón de personas era un grito de rebeldía dirigido a los que todavía los ven como degenerados, viciosos o enfermos, que son muchos, y todavía necesitan que, de vez en cuando, se les llenen los ojos de banderas multicolores para que sepan que no son cuatro y que se encuentran en todos los estratos de la sociedad.

—Yo —afirmaba Adriano— estoy orgulloso de ser una persona, sin más, pero cada año me pide el cuerpo tomar la calle y gritarles que soy tan persona como ellos, incluso más respetuosa que ellos. Estás equivocado si piensas que la situación se ha normalizado; todavía es necesario recordárselo a la parte del mundo que nos ve como seres extraños. Por eso, salir a la calle y derrochar toda la alegría o el orgullo de ser como la naturaleza ha creído conveniente que fueras, no está de más, al menos por ahora.

Así transcurrieron los días de nuestra amistad. Yo seguí viendo por las calles del barrio su progresiva transformación hasta la mujer que quería ser y no tuve que hacer ningún esfuerzo para verla como era en cada momento. Cuando pasaba algún tiempo sin que tuviésemos noticias el uno del otro, nos llamábamos para preguntarnos por la salud o para recomendarnos los libros que habíamos leído o las últimas películas que habíamos visto y que sabíamos que nos gustarían, o la música que compartíamos.

—Imagino que ya ves *Cine de barrio* —me dijo en una ocasión.

Sonreí.

—Lo ves... Te lo dije, es total. Yo lo sigo viendo cada sábado; es mi pequeño homenaje a mi madre.

—Ya... yo también lo veo...

Después de un tiempo nos reencontramos en el hospital, en la ventanilla donde el personal sanitario recoge las muestras para los análisis o preparan los tubos para la extracción de sangre a los enfermos.

—Buenos días, Adriano —dije mientras él colocaba, de espaldas, la documentación del anterior cliente.

Se volvió hacia donde yo estaba y, acercándose al mostrador, me dijo, con la más grande de sus sonrisas:

—Hola, amigo. Tengo que decirte que ya soy, para siempre, Adriana.

Paseó sus manos por ambos costados, como diciendo: mírame. La miré de arriba abajo y vi que ya era una mujer también físicamente. Extendí mi mano por encima del mostrador, al mismo tiempo que dije: “Enhorabuena, amiga”. Me sonrió, con la misma sonrisa de aquella primera vez y me dio las gracias.

—Ya sé que te alegras —dijo—. Ha sido un largo y tortuoso camino... —y por un momento se ensombreció su rostro.

Preparó mi sobre con los tubos y sus respectivas etiquetas, salió de la recepción, me lo entregó en mano y nos dimos un abrazo. La vida le había dado un vuelco para ponerla en el sitio que le correspondía.

Mi amiga Adriana ha sido desde siempre una gran persona, y por eso, desde que la conocí, la quiero.



## *El opositor*

—Pero, vamos a ver, chaval, ¿tú eres virgen?

—¿Tú qué crees? Pues claro, con esta cara ¿cómo no iba a serlo?

Si alguien lo observa desde fuera, sentado en su mesa, la vista fija en los apuntes durante horas, verá en él al empollón empeñado en labrarse un sólido futuro como funcionario, para lo cual prepara oposiciones con tanto ahínco que da la sensación de que se ha olvidado de vivir, aunque ese término para él y para el resto de los mortales signifiquen cosas distintas. Desde la distancia tienes la sensación de que Josean, ahí fuera, a la intemperie en este mundo donde tanto frío hace, no podría sobrevivir.

En la pantalla de su móvil lleva la foto de una chica con la que mantiene una relación amistosa a través de las redes sociales. Las chicas de la oficina le dicen que lo que tiene que hacer es no dejar pasar más tiempo, armarse de valor y decidirse a proponerle relaciones. Él no contesta ni sí ni no, se sale por la tangente:

—No vayáis a creer, es un portento de mujer, directora de recursos humanos de una gran multinacional. No es cualquier cosa. Pero no me acabo de decidir porque... —alguien le interrumpe.

—Coño, pues si es tan importante, ya está: os hacéis novios, que te coloque y así te dejas de oposiciones y de gaitas —le dice alguien experto en relaciones con mujeres.

Josean les enseña la foto, orgulloso. Las chicas, que ya la conocían, y todas a la vez, preguntaron buscando la respuesta afirmativa de quienes no la conocían.

—¿A que es muy guapa?

—Sí, sí, muy guapa... —respondieron a coro las que no estaban en el ajo.

Era normalita —la mayoría de los mortales somos normalitos—, incluso tirando a fea, pero lo que contaba eran sus valores personales y profesionales más que los que la naturaleza otorga sin consultar.

La tarde había empezado mal. En la empresa en la que trabajamos era el día de confraterniza...nada, un remedo de comida navideña en la que participaba menos de un tercio de la plantilla. Hacía ya tiempo que se había roto la tradición de la celebración navideña en un restaurante, a la que asistía

casi todo el mundo, porque un grupo que se erigió en portavoz determinó que salía muy caro y había que hacer este ágape en el interior de las instalaciones. Cada vez acudía menos gente. Si a esto añadimos que se sumaban personas desligadas de la oficina, a las que no todas veían con buenos ojos, pues daba como resultado final el actual estado de la cuestión: una pantomima en la que se terminará por poner remedio más pronto que tarde, haciendo cada uno, cuando lleguen fechas tan señaladas, de su capa un sayo, o tantas comidas en el exterior como subgrupos existan en el interior.

La mesa estaba preparada con todos los detalles, flores de plástico incluidas: todo muy rico, o no, según el gusto de cada cual. Vino, cerveza, naranja...

—¡Naranja! —exclamó Josean, que se iba a erigir poco a poco en protagonista de la tarde—. Y como seré el único que no toma alcohol, como, por otra parte, me sucede siempre, dejo la bo-te-lli-ta de naranja a mi lado para no tener que andar pidiéndola a cada instante... —se dijo a sí mismo con voz alta y pausada, ceremoniosa, remarcando cada sílaba, como si se dirigiese a un tribunal examinador.

En un primer ataque de sinceridad, prosiguió su exposición.

—Yo soy un caso curioso... —se humedeció el labio inferior—. Mis padres, que fueron los que provocaron mi rechazo al alcohol, beben, se toman su aperitivo, sus cervecitas, incluso su vi-ni-to, y yo sigo con la naranjita. He de reconocer públicamente que mis padres han sido muy poco ejemplares conmigo, sobre todo, en ese aspecto.

—¿Vives con tus padres? —preguntó alguien.

—Sí, ahora sí. Tengo piso propio, en el que viví un tiempo porque estaba más cerca de donde trabajaba, pero cuando dejé aquel trabajo, volví con ellos... Ya se sabe, el calor del hogar...

—¡Coño!, en los tiempos que corren, si tienes un piso, eres un buen partido —dejó caer una chica.

—¿Y por qué no haces una excepción con la bebida hoy? —le preguntó otra compañera cambiando de tema.

—Se enteran mis padres y... —se lamentó.

—Pero Josean, que tienes cuarenta años... Así no vas a ningún sitio —le dijo la chica que más confianza parecía tener con él—. Mira, hoy te vas a tomar un vinito tinto conmigo, ¿te parece?

La miró sin saber muy bien qué hacer y aceptó. Llenó dos copas de tinto y brindaron. Ella se mojó los labios, pero él, de un trago, acabó con la copa:

“No está mal... no está mal... Creo que me he estado perdiendo un rico elixir”, y pidió que le pusiera un poco más.

—Ve despacio que te pierdes... —dijo su pareja.

Según avanzaba la tarde y el alcohol empezaba a hacer mella en los cuerpos corrompidos por los vicios mundanos en forma de vino blanco o tinto o cerveza, la lengua se iba destensando y, casi todos, le iban lanzando andanadas sobre mujeres y otros vicios.

—A ver, alma cándida, ¿qué haces los fines de semana, aparte de estudiar oposiciones?

—Pues... aparte de estudiar... —se tocó la barbilla mientras pensaba—, ya está: hago deporte... —hizo una pausa como si no estuviese muy convencido de lo que estaba diciendo y lo imaginé corriendo a cámara lenta o jugando al fútbol cual portero de fútbolín o en los aparatos de gimnasia y me entraba la risa—. A veces quedo con los amigos, veo televisión...

—¿Y no quedáis con chicas? —preguntó su mejor amiga.

—Bien... —hizo una pausa mientras se humedecía ahora los dos labios— la verdad es que pocas veces; mejor dicho, nunca... Mis amigos tampoco son muy de hacer extrañas mezcolanzas de chicas con diversión.

—Y así, ¿cómo quieres echarte novia?, aunque, con la cantidad de chicas que entrevistas en la oficina, tendrías que echar la red aquí. Tú tira el anzuelo a ver si pica alguna —le dijo una que parecía experta en echar redes.

—No es tan fácil; si fuesen tan simpáticas como vosotras...

—Pero nosotras tenemos nuestra mescolanza, querido... —contestó la misma.

—No, si yo no digo... ¡Por Dios! No tomes a mal lo de mescolanza, quizás no es la expresión apropiada para la ocasión —mientras hablaba su cara alcanzó el color de un tomate bien maduro—, pero jamás me atrevería a intentar algo con una mujer casada, y menos con hijos; no podría vivir con una chica que tuviese hijos de otro hombre, no por mí, sino por ellos; no me hago idea... Además, yo tengo unos principios que no me saltaría por nada del mundo.

—Pero ahí no valen principios; cuando te guste una tía, no le preguntes si está casada o no... Pero lo tienes fácil: tírale los tejos a la compañera que tienes delante, que está soltera —le aconsejó un compañero que, aunque fuese la última mujer sobre la tierra, jamás le tiraría los tejos a la compañera que el opositor tenía delante.

Miró fijamente a quien le había hecho la proposición durante unos segundos, mientras una llamarada le incendió la cara, que pasó por todas las tonalidades del rojo hasta llegar otra vez a la del tomate maduro, se ajustó las gafas y encogió los labios y la nariz, en una mueca habitual cuando trataba de pensar. Se mantuvo en silencio e, irguiendo el tronco con desdén, volvió la vista para otro lado.

Durante un tiempo la conversación derivó hacia cuestiones de trabajo y narró su alarde de templanza cuando en otra oficina mantuvo a raya a un macarra de barrio que siempre armaba bronca cuando los visitaba, algo que sucedía a menudo.

—Gritaba, daba golpes en la mesa, desparramó mis montoncitos de apuntes por el suelo, con el descalabro que suponía pues tardé una semana en volver a ordenarlos por temas... Yo me mantuve callado, impávido, mirando fijamente a un lugar indeterminado entre el techo y el borde de su cabeza rapada. Finalmente, en silencio, conseguí que se calmase y que fuese bajando el tono de sus improperios hasta que, definitivamente, calló. Dejé impresionados a mis compañeros. Mientras transcurría la acción nadie daba crédito a sus ojos por haber mantenido la calma: lo desarmé a base de silencio. Todos los presentes descubrieron que el silencio era un arma cuasi invencible y cuando se marchó el sujeto me felicitaron por la fría manera de comportarme ante él.

Hizo un inciso abrupto en su relato, se puso de pie y dirigiéndose, indirectamente, a quien le había propuesto que se ligara a su compañera de delante, le dijo:

—Respecto a lo que antes alguien ha insinuado sobre nuestra compañera, ausente en esta reunión, tengo que decir que me ha parecido percibir cierta sorna o ironía en sus palabras... —y lo dijo mirando en sentido contrario al lugar en que se encontraba quien lo había insinuado.

—No, hombre, no —respondió quien había hecho la recomendación y se la argumentó—. Si tienes prejuicios con las casadas, ella es una chica soltera, también estudia oposiciones, os podéis complementar de manera natural.

—Bien, dejémoslo ahí, pero me ha parecido percibir cierto tono irónico en la proposición... —se volvió a sentar sin mirar a su interlocutor y ahí quedó el asunto.

La comida, para que no faltase de nada, estuvo amenizada con música caribeña. Alguien le pidió a un compañero que debía ser el gracioso del grupo

que cantase aquella canción del taxi que tanto les gustaba. Él cantó algo que el oído del relator no pudo descifrar y que provocó las risas de aquellos a los que siempre les provocaba risas. Josean abrió los ojos varias veces, como diciendo esta es la mía, se levantó y, despreocupadamente, se desmelenó.

—No os he contado que yo sé bailar salsa, bachata y otros ritmos caribeños.

—¡Hostia, demuéstralo! —exclamó alguien previendo el espectáculo.

—Venga, tú que también sabes —le dijeron a una que se contoneaba sentada en su sillón al ritmo de la salsa—, haz de pareja.

—No, no, que a mí se me da muy mal —respondió la aludida.

Él la miraba y con la palma de su mano le decía levántate. Se le hacía la boca agua mientras se movía en el sillón al ritmo, ahora, de bachata.

—Venga animaros —intervino otra.

Todos prepararon los móviles por si aparecía el momento cumbre de la tarde, pero no hubo lugar porque ellas, todas, se rajaron y el mozo no encontró pareja con la que demostrar sus artes.

—He de deciros que estuve dos años en bailes de salón, y la verdad, no se me daba mal, pero que nada mal... —dijo orgulloso de su arte.

—¿Aprobaste los cursos o te tienes que presentar el año que viene otra vez? —le preguntó el mismo que le había dicho que haría buena pareja con la compañera de delante y el interrogado volvió a ignorarle. Cerró los ojos volviendo la cabeza en sentido contrario de donde había surgido la pregunta.

En un momento de revuelo en el que unos se levantaron para ir al servicio, otros a fumar, otros a preparar un cóctel, otros a recoger platos y vasos, él se levantó, se dirigió hacia un rincón de la sala y, haciendo como si llevase a alguien en el baile, fue marcando los pasos: 1, 2, 3, 4... 1, 2, 3, 4... 1, 2 3, 4. Miró al infinito, se dijo: “No está mal, nada mal. Es fácil...”, y se sentó para hincarle el diente al roscón después de saborear un cóctel de champán al que no hizo ascos.

—No me puedo creer que habiendo estado en bailes de salón no ligaras —le espetaron las chicas con una sonrisilla maliciosa.

—No es tan raro. Cada cual iba con su pareja y a mí me las prestaban para ensayar, aunque a veces tuve que ensayar con un hombre —la carcajada recorrió la sala provocando que su cara enrojeciera una vez más.

—Joder, pues vete a un antro dominicano donde no te conozca nadie, que allí te puedes explayar —dijo un buen conocedor de los antros dominicanos.

Miró al que había tenido la ocurrencia, se ajustó las gafas, encogió una vez más la nariz y los labios, miró al infinito y calló. Cerró la conversación su mejor amiga para decirle:

—Lo que tienes que hacer es llamar a tu chica, quedar en Sol, tomaros algo y que sea lo que Dios quiera.

—Ya lo he pensado pero es que hay que tener en cuenta que ella tiene muy poca movilidad, porque va en silla de ruedas, pero sí, lo he pensado alguna vez, aunque ahora llevo sin hablar con ella al menos... Hoy, cuando terminemos esta celebración, la voy a llamar. Sí señor. Hoy estoy decidido a plantearle... Aunque no sé si debo.

—Claro, hombre, si no te decides llegará otro más espabilado y te la quitará. ¿Por qué no sabes si debes?

—Pues... porque... porque no estoy seguro. Me confesó en una ocasión que mantuvo relaciones con un tipo y... Sí, creo que la llamaré —se dijo seguro de sí mismo.

—Pero me contaste —dijo su compañera preferida— que eso fue hace mucho tiempo. Ahora te tiene a ti pero como no te decidas pronto te quedas sin ella.

Fue en ese instante cuando otra señora, como si disparase a quemarropa, le preguntó sobre su virginidad. Él, abriendo los ojos de par en par, exclamó, como si de sus labios lanzase un apesadumbrado lamento, que era virgen. Y continuó:

—Ya ves, cuarenta y un años, y lo llevo dibujado en la cara, ¿cómo no voy a ser virgen...?

El santo varón no conocía mujer. El vino y el combinado de champán le provocaron ese inusual ataque de sinceridad en un hombre que hizo el silencio en la sala.

Después se comieron el roscón, se tomaron un sorbete de limón helado con algún licor. Antes de recoger la mesa, todos, los que fumaban y los que no fumaban, salieron a la calle, unos a fumar y el resto a comentar las incidencias de la comida. Cuando regresaron nuestro hombre se había quedado dormido plácidamente en su sillón. Era hora de dar por concluida la sobremesa de confraternización y lo despertaron.

—He debido de quedarme traspuesto... Es por la falta de costumbre en la ingesta de alcohol —se justificó haciendo un esfuerzo para abrir los ojos.





## *El recadero*

Cuando sale por la mañana, si lo ves desde lejos parece ir pulcramente ataviado; al acercarnos vemos los zapatos rajados por las costuras hartos de soportar inviernos, la camisa sucia y unos pantalones llenos de lamparones que nadie ha advertido antes de salir de casa porque su casa es un asilo al que ahora, amablemente, llaman residencia. Preside su tambaleante figura una cabeza blanca de pelo escaso, donde sobrevive una cara magullada por el afeitado con mano temblorosa. A veces ha pensado en dejarse crecer la barba pero al instante desiste porque dice que no quiere parecer un menesteroso.

Cada día, temprano, sale de la residencia y visita a los comerciantes del barrio, que le invitan a café, a fruta, a unas rodajas de salchichón o de chorizo. En la droguería la dependienta le dice que le va a dar cuchillas nuevas para que no se corte cuando se afeita; él lo agradece pero contesta que prefiere la navaja, que apura más.

—Pues toma una navaja nueva, la que usas debe de estar mellada.

Los tenderos del barrio son gentes caritativas. Él, como contrapartida, les hace los recados durante la mañana antes de volver para la comida.

Cuando tiene que tomar el autobús les pide dinero y le dan para que sobre y pueda tomarse un café o una cerveza. Por la tarde, igual, se escapa en cuanto puede. Se sienta en una mesa del bar y pide un vaso de agua y un café y pasa la tarde leyendo el periódico. Cuando lo devuelve está repleto de dibujos o de comentarios en el margen de las noticias de sucesos, sus preferidas. Siempre repite el mismo dibujo: un paisaje con una casa, un árbol y un río que baja de unas montañas cercanas; los comentarios, ininteligibles y en tinta roja, siempre finalizan con un claro “hijos de puta y asesinos” con letras mayúsculas ladeadas.

Así transcurren sus días, sin descanso, siempre de un sitio para otro con su paso lento, consecuencia de una leve cojera que se acentúa los días de lluvia.

Cuando ingresó en la residencia, raro era el fin de semana que no venían los hijos y las nueras, incluso los nietos, a pasar la tarde con él, pero, últimamente, solo vienen los hijos y han espaciado tanto las visitas que pasan meses sin aparecer, aunque él no pierde la esperanza. Y cuando vienen lo quieren llevar a comer al restaurante del centro pero él se niega —“es asqueroso, está lleno de viejos medio muertos que me deprimen”, dice— y se

los lleva al bar que frecuenta, donde los hijos comprueban que todo el mundo lo aprecia. Él, cada vez, repite orgulloso a quien se encuentre.

—Son mis hijos, han venido a visitarme.

Hoy ha dejado el chándal habitual y se ha puesto el atuendo de los días de fiesta, unos pantalones que fueron de traje, remendados, la chaqueta y la camisa deshilachada en el borde de las mangas y zapatillas deportivas porque se han rajado definitivamente los zapatos.

Hoy ha madrugado más que ningún día y, andando, ha llegado al centro, a la notaría en la que tiene cita. El oficial le pregunta, antes de entrar en el despacho del notario para la firma, si está seguro de lo que va a hacer.

—Completamente seguro. Mis hijos no se merecen nada —responde muy serio.

Aquella misma tarde, no regresó a la residencia.

Al día siguiente, en los lugares públicos del barrio los hijos pegaron unos folios con su fotografía anunciando que había desaparecido.

Unos días después quitaron aquel cartel. Su cuerpo, en avanzado estado de descomposición, había aparecido en la zanja de una obra abandonada en una localidad cercana, con un corte profundo en el cuello.

Los comerciantes del barrio se preguntaban qué tendría que hacer el buen hombre en aquel lugar.

Los vecinos le echaron de menos al leer los carteles que anunciaban su desaparición.

Al poco tiempo, una esquila anunciaba que los comerciantes del barrio, gentes caritativas, habían encargado una misa por su alma.





## *Vasili*

Cada tarde, cuando empieza a oscurecer, Vasili sale del metro con una mochila al hombro que contiene la fiambarrera en la que regresa casi intacto su menú del día. Él come muy poco, como un pajarito. Para las gentes del sur de Europa ya hace frío en este enero que amanece inundado por los rayos de un sol que engaña, pero no para él que lleva, por toda vestimenta, un pantalón de chándal y una camiseta negra de manga corta que deja al descubierto unos brazos musculosos. Sus andares cansinos lo llevan hasta el bar, donde pide, mirando fijamente los ojos como promesas de la camarera, un vaso de vino blanco. Nunca quiere aperitivo, bebe despacio tragos largos; tres tragos y acaba el primer vaso.

Busca de nuevo con los ojos a la camarera y con un gesto de la mano pide que llene el vaso. El idioma de los bares es tan universal como el de los ojos.

La camarera le recomienda, como cada día, que coma algo.

—Es malo beber sin comer —le dice a sabiendas de que rechazará el ofrecimiento.

Él la vuelve a mirar a los ojos, no ha entendido su recomendación, solo sabe que le ha hablado y eso es suficiente para que esboce una sonrisa.

Acaba el segundo vino, dice adiós y se va, calle abajo, a buscar cobijo en la casa donde convive con otros compatriotas, lobos solitarios como él, extranjeros ya en cualquier parte.

Tiene el pelo corto, de punta, muy rubio, aunque empieza a blanquear detrás de las orejas, y escaso, que deja a la intemperie una frente cada vez más amplia y arrugada, donde unas cejas, como pintadas y que forman una línea oscura, enmarcan unos ojillos azules apagados.

Llegará a la casa, se duchará, se preparará un bocadillo o picará algo de los restos de la comida del mediodía y buscará un rincón apartado para comer tranquilo, al abrigo de conversaciones que ya está harto de escuchar. Después escribirá una carta para decir a los suyos, que esperan su regreso en un recóndito lugar de Ucrania, que todo va bien, y les miente, porque sin ellos, sin sus gentes, todo va mal. Se tragará la verdad y les dirá que solo espera el momento en que acabe la guerra y pueda regresar, aunque sabe que si lo hace es posible que le formen un consejo de guerra por desertor. Les contará que tiene un contacto para traerlos a España, aunque ahora es más difícil que

puedan venir porque Ucrania ha dejado de ser foco de atención.

También dirá que está ahorrando, que ya ha hecho el giro y que este mes envió menos dinero porque el jefe le descontó una parte del sueldo aduciendo que no había colocado los metros de suelo pactados, que son los que él determina a su antojo. Y les hablará de estos “putos jefes”, como dicen los españoles, que son esclavistas del siglo veintiuno.

Se tomará otro vaso de vino antes de guardar la carta en el bolsillo y se meterá en la cama a rumiar su eterna derrota.

Es posible que sueñe con un mundo libre y en paz.

Mañana depositará la carta en el buzón y volverá al metro cabizbajo, serio, como sonámbulo, y nosotros, muchos de nosotros, demasiados de entre los nuestros, pertrechados en nuestro bienestar, veremos otro extranjero más que viene aquí de turismo, porque no tiene nada mejor que hacer en su país... Y algunos incluso pensarán que vienen a quitar el trabajo a los nativos, incapaces de ver en Vasili a un ser humano que huye del hambre, de la guerra, de la destrucción, de la muerte, como tantos otros.



## *Inocencio*

Inocencio tiene cuarenta y cinco años, está soltero y vive en la antigua casa familiar. Cuando lo miras parece como si la naturaleza se hubiese confabulado en su contra para pintar un cuadro abstracto con su figura. A todos los sitios lo acompaña Lanás, su perro, siempre presto para el juego, aunque tiene muy malas pulgas; ambos dan la sensación de no haber visto el agua desde hace tiempo y, desde lejos, confirman la leyenda que dice que los perros se parecen a sus amos o viceversa.

Trabaja y tiene un buen sueldo en una fábrica de la localidad, pero, desde que murió su madre cuando tenía catorce años, quizás desde que sus hermanas abandonaron la casa hartas de que se las tratase como si fuesen criadas y de soportar continuos malos modos, no ha vuelto a las tres comidas diarias preceptivas y menos aún si tiene que hacerlas él. Después, en accidente de coche, murieron su padre y otro hermano, y desde entonces vive como un reo sobre la silla eléctrica.

Se encontró con Caridad el día que ella empezaba a trabajar en un bar del barrio, y desde ese instante la convirtió en su particular muro de las lamentaciones:

—Perdona si me hago pesado pero no tengo a nadie que me escuche — se justificó poniendo cara de súplica y ella respondió que no era ningún esfuerzo escucharle.

El primer episodio de su reciente historia comenzó una mañana de hace dos años en el centro comercial del barrio, cuando se paró ante un puesto de bufandas y gorros y preguntó a la dependienta por el precio de una bufanda de colores.

—Diez euros, cariño —contestó ella forzando una sonrisa en su cara redonda.

Él abrió mucho los ojos y también sonrió.

—Gracias por lo de cariño... —dijo y se ruborizó.

Ella bajó de la percha otra bufanda en tonos grises y dijo que esa le hacía más joven y guapo. Él volvió a sonreír. Ardía en deseos de decirle algo más, pero las palabras se aturullaban en su garganta. Le dio un billete de diez euros y la chica le devolvió dos.

—Si me has dicho diez euros —dijo y mostró los dos euros en su mano temblorosa.

—Sí, pero a ti te hago descuento —respondió espaciando cada sílaba.

Él no había visto el cartel que anunciaba en grandes caracteres: *20% de descuento en todos los artículos*.

—Gracias, muchas gracias. Adiós, hasta otra...

Inició la marcha sin dejar de mirar a aquella mujer que le despedía diciéndole también adiós con un abrir y cerrar de la mano izquierda. Al tercer paso se paró y le preguntó cómo se llamaba.

—Carolina —le contestó cruzando sus brazos sobre el pecho.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó él, nervioso.

—Si me das cinco minutos para que venga mi compañera a sustituirme...

—Claro, claro que te los doy.

Ella hizo una llamada y pronto se presentó en el puesto una señora para suplirla.

Cuando Inocencio la vio de cuerpo entero se le escapó un suspiro. Fueron hacia la cafetería, se sentaron en una mesa aislada, detrás de una columna, y hablaron de trivialidades durante un buen rato. Después del café quedaron para comer en el mismo bar del centro comercial después de que ella cerrara el puesto. Él se presentó puntual, afeitado, el bigote recortado, duchado y con ropa limpia. Durante la comida ella remarcó aspectos de su vida de emigrante, de su mísero sueldo que dependía en gran medida de lo que vendiese. Pronto vio Inocencio en la mujer que tenía enfrente a alguien tan desdichado como él y le propuso que podía ayudarla si ella limpiaba su casa.

—Un hombre solo y algo inútil se lleva mal con las labores del hogar —dijo él.

—Los hombres no sois inútiles, sois vagos. Yo te lo agradezco, cariño, y no te preocupes —respondió ella cogiéndole la mano que tenía posada sobre la mesa—, yo sé cuidar de las personas, sobre todo si tienen buen corazón... Eres un ángel.

Carolina ronda los cuarenta años. Tiene media melena de pelo negro y teñidas de rojo las puntas, las cejas pintadas, un cuerpo entrado en carnes aunque bien moldeado y habla hasta por los codos. Vive en la capital con una compatriota y su hijo veinteañero.

—Entonces, ¿estás soltera? —le preguntó Inocencio con una media sonrisa nerviosa.

—Y sin compromiso —respondió ufana.

Acordaron que ella limpiaría la casa tres días a la semana y haría la

comida a cambio de ochocientos euros y en el horario que mejor le cuadrara. Carolina propuso que, como su casa estaba cerca, la llevara para conocer sobre el terreno a qué tendría que enfrentarse cuando comenzase el trabajo. Inocencio accedió y esa misma tarde la nueva pareja comenzó sus relaciones laborales. El primer día, nada más llegar a su casa, y mientras él preparaba una copa, le enseñó las tetas y se dieron un revolcón antes de llegar al dormitorio en la planta alta. Después de hacerle una faena de aliño en la cama, Carolina quitó algunos trastos de en medio y se marchó.

Ella acudía cada día de los estipulados, puntual, después de salir de su trabajo, incluso preparaba comida para los dos y se quedaba toda la tarde. Todo iba sobre ruedas. Él, tres días a la semana, se encontraba la mesa puesta, la casa limpia y, después de comer, hacía el amor, algo insospechado hasta que la encontró, pues sus relaciones sexuales hasta entonces se limitaban a sus esporádicas visitas a los puticlubs de la zona. Su suerte, después de mucho tiempo, había cambiado. Tres días a la semana era feliz. Incluso, a veces, la llamaba por teléfono e iba al centro simplemente para verla.

Transcurridos unos meses, Carolina espació las visitas y le racionó el sexo. Él lo aceptó. Se conformaba con tener ante sus ojos de vez en cuando aquel cuerpo lleno de curvas. No había pasado un año de relación cuando dijo que no podía prepararle la comida y, más adelante, limitó la visita a los días de cada mes en los que sabía que ya había cobrado, limpiaba muy por encima, hacían el amor y se iba. Su desapego iba en aumento e incluso se molestaba cuando iba a buscarla al centro comercial.

Llegó el día en que llamaba para avisarle de que iría a casa, cobraba y se marchaba sin más explicaciones. Ya no volvería hasta el mes siguiente para repetir la operación. Él no fue capaz desde el principio de poner remedio a esa situación por miedo a perderla; mantenía la esperanza de que recapacitaría y volverían los días de la felicidad.

Un mes tuvieron una trifulca porque no tenía preparado el dinero y se negó a ir al cajero, pero amenazó con pegarle fuego a la casa con él dentro. Inocencio salió corriendo al banco. Al mes siguiente, cuando llamó para decirle que iría a cobrar, le advirtió de que no se anduviese con tonterías. Él tuvo otro fugaz ataque de valentía y le dijo que había sido la última vez que le pagaba y que no volviese. No hizo caso; se presentó en la casa, abrió con su llave y lo sorprendió tumbado en el sofá del comedor.

—Te he dicho que no te voy a pagar —dijo mientras se incorporaba de un salto.

Ella lo cogió con las dos manos de la camisa y, acercando su cara a la de Inocencio, le gritó que quería el dinero ya, y lo tiró sobre el sofá como un pelele. Ella abrió los cajones del mueble del salón tirando su contenido por los suelos; subió a los dormitorios y él la siguió a distancia. No encontró nada. Entonces le pidió la tarjeta de crédito para bajar al cajero. Él se negó. Ella le dio un cabezazo que convirtió su nariz en una fuente de la que manaba sangre. Carolina buscó una toalla en el baño, la empapó de alcohol e intentó cortar la hemorragia. Inocencio se rindió. Dijo que le pagaría, pero que solo disponía de seiscientos euros. Ella aceptó. Mientras él bajaba al sótano en busca del dinero, ella se dirigió a la cocina y se comió un trozo de lasaña que había sobrado de la cena. Cuando se fue, le advirtió: “No quiero excusas porque la próxima vez será peor”.

Inocencio se deterioraba al mismo tiempo que lo hacía su relación. En los inicios, su delgadez se atenuó por el orden en las comidas y los beneficios saludables del amor, incluso inició el proceso para arreglarse la dentadura, pero conforme ella dejaba de cumplir las obligaciones de su pacto, su aspecto se fue ajando.

Desde que su relación con Carolina se convirtió en inexistente, cada día, a la hora de las comidas, Inocencio baja al bar para tomarse una ración de ensaladilla, un sándwich mixto o algo blando, con vino o cerveza y un café de postre. Si le queda dinero, por la tarde repite la visita, se toma un cubalibre o dos, se sitúa de pie frente a Caridad, en la barra, los brazos apoyados en el mostrador y sonríe, y al intentar hablar al mismo tiempo, los labios forman un ocho abierto por el centro y ladeado, que obliga a quien lo mira a esquivar la mirada. Ella insiste en que se arregle la boca y él contesta que no puede continuar con el tratamiento hasta que ahorre algo de dinero.

—Pues no sé cómo vas a ahorrar si se lo lleva todo esa tipa —le replica Caridad, sabiendo que a los pocos días de cobrar, su cuenta bancaria suele estar bajo mínimos.

—No, mujer, algo me deja, solo se lleva seiscientos euros.

—Pero si me dijiste que le dabas ochocientos.

—Eso fue al principio, pero...

—Déjate de historias, ¿y lo que te saca cuando se le antoja? Eres un cobarde y lo que te pasa es la penitencia por serlo —le dice y hace una mueca de indiferencia aunque cada vez es más dura con él intentando herir su orgullo para que reaccione.

—¿Tú también? —responde Inocencio, triste, y cambia de conversación.

En casa se alumbra con velas porque han cortado la luz por falta de pago. Un día se dejó encendida una vela y hubo un conato de incendio que no llegó a más porque una vecina avisó a los bomberos. El fuego dejó paredes y muebles renegridos y así siguen después de un año. Los vecinos son testigos mudos de sus desgracias y temen que cualquier día se produzca algo irreparable. Otro día lo vieron en el patio de su casa, llorando, dando vueltas alrededor, gritando: “Soy un gilipollas... me está chupando la sangre y se lo consiento... por qué tendría que enamorarme, soy un gilipollas... pero qué voy a hacer... y si mañana se arrepiente y vuelve... cobarde, me está dejando en la ruina y no soy capaz de parar esta mierda... con lo bien que se portaba al principio... sí, al principio, ahora... ahora, una puta ladrona de mierda...”. Cuando se le acabaron las palabras escribió en la pared, con pintura blanca sobre los ladrillos oscuros y en grandes caracteres: CAROLINA, TE QUIERO.

Una tarde apareció en el bar en un estado más deplorable que de costumbre, los pelos sucios, enmarañados, barba de varios días, la camisa llena de lamparones... Caridad preguntó por la causa de tal abandono.

—La policía me ha quitado mi perro —respondió haciendo pucheros.

—¿Y eso? —preguntó ella soltando una carcajada que a él no le hizo ninguna gracia.

—Porque un día mordió a una hija de puta...

Resulta que tiempo atrás su perro mordió a una mujer en la calle y lo denunció. En juicio rápido lo condenaron a dos mil euros de multa, además de privarle de su única compañía. Cuando ya casi se había olvidado del caso, hicieron efectiva la sanción, embargándole el cincuenta por ciento de su sueldo hasta que liquidase la multa y se llevaron el perro, aunque, al cabo de unos días, después de que el veterinario analizase al animal y comprobase que su estado sanitario era satisfactorio, se lo devolvieron.

Caridad, aunque es intransigente y siempre lo pone delante del espejo, a veces intenta desviarle de sus preocupaciones. Un día le dijo que estaría más guapo si se cortara el pelo y se recortara el bigote; esa misma tarde se cortó y se tiñó el cabello de un rubio nada estridente que le suavizaba el gesto y se recortó el bigote. Al llegar le preguntó, con la saliva asomando entre el diente rebelde y los labios, si así le gustaba más.

—Así estás mejor pero a mí no me gustas de ninguna manera, yo tengo novio.

Él no se rindió e insistió suplicante.

—¿Pero no te gusto ni siquiera un poquito...?

En una ocasión, una vez que Carolina abandonó sus obligaciones, le propuso ir a su casa a limpiar, ofreciéndole diez euros por hora de trabajo. Ella aceptó, incluso por menos dinero, y además haría la comida, dijo, pero con la condición de que abandonase a Carolina. Él se mostró dubitativo porque, a pesar de todo, creía que todavía la quería.

—Pues chico, si con lo sanguijuela que es todavía la quieres, eres la prueba más evidente de la ceguera del amor —dijo ella y rió su ocurrencia.

—Ya te diré cuando empiezas —respondió él, con gesto serio, dando un puñetazo en el mostrador que hizo que saltaran los torreznos del aperitivo fuera del plato.

Por la calle, de vuelta a casa, siguió dando vueltas a la propuesta de Caridad. La risa de la camarera removió algo en su interior que le hizo replantearse la situación.

Un día aparecieron en el bar Inocencio y su perro con andares tambaleantes y la pierna derecha de él más renqueante que de costumbre.

—Cari, me voy a tomar un tercio que vengo sin comer —dijo desde el mostrador de la ventana de la calle. Cuando decía “sin comer” ella aumentaba la ración del aperitivo.

—No me vuelvas a llamar Cari, que así solo me llama mi novio —le contestó—. ¿Qué quieres de aperitivo: torreznos, callos, chorizo...? —preguntó espaciando cada palabra.

—No seas mala... Ensaladilla o albóndigas, sabes que no puedo masticar.

Se sentó en una mesa de la terraza, encendió un cigarrillo y se dispuso a saborear la ensaladilla. Miró a un joven alto, de pelo rizado y colorado que estaba sentado cerca de él. Lo saludó con una leve inclinación de cabeza. El joven respondió de igual manera y metió la mano en una de las dos bolsas que tenía a su lado, sacando unas camisetas que puso encima de la mesa de Inocencio.

—Mira a ver si te gusta alguna —señaló con su dedo el género.

—¿Me las regalas? —dijo Inocencio con una mueca de incredulidad, a lo que respondió el comerciante.

—¿Tú trabajas gratis?

Apareció Caridad con la bebida y el aperitivo: “No le hagas caso, este tipo es un embaucador”, le dijo.

—¿Te he engañado a ti alguna vez? —preguntó él encarándose con la

camarera.

—A mí no porque no me dejó, pero bien que lo has intentado.

—Anda cállate y métete en tus asuntos —respondió haciendo amago de levantarse.

—No le hagas caso —reiteró la advertencia Caridad mientras volvía detrás de la barra.

Inocencio compró una camiseta. Después de cobrar la mercancía le pasó un papel con su teléfono y le dijo que cuando necesitara algo él lo conseguía todo más barato. Intercambiaron los teléfonos y el comerciante al por menor se marchó: “Me llamo Aarón”, dijo y estrechó su mano. Caridad, cuando lo vio marcharse, salió y advirtió a Inocencio de que todo lo que vendía era robado.

—No seas mal pensada, mujer, me ha cobrado quince euros por una camiseta que vale por lo menos cincuenta.

—Sí, los quince que te cobra hoy son el cebo para engañarte mañana. Haz lo que quieras, pero luego no te quejes, que te metes solo en la boca del lobo.

A partir de ese día los dos hombres se hicieron inseparables. Aarón procuró alejarlo de Caridad, algo que consiguió sin mucho esfuerzo. Ella, desde el bar, los veía pasar de largo. En los sucesivos encuentros, Inocencio puso a Aarón al tanto de las circunstancias de su relación con Carolina.

—Yo te ayudaré a librarte de ella —le dijo el del pelo rizado con gesto firme—. Para empezar, deja de darle dinero. Ni un euro más, pero, ya sabes, todo trabajo tiene un precio.

—Dos mil euros te doy si lo consigues —contestó Inocencio frotándose las manos.

—Cinco mil —replicó Aarón.

—¿Y de dónde voy a sacar yo tanto dinero? Te daría dos mil y a plazos.

—Cinco mil y al contado.

—No puedo, no puedo. No tengo ese dinero... —Inocencio dejó caer los brazos sobre el lateral de la silla de la terraza del bar en el que se tomaban un cubata de ron y limón.

—Búscalos —dijo Aarón—. Tengo que estar fuera un tiempo; si estás dispuesto a afrontar el gasto, cuando vuelva me pongo manos a la obra.

Durante la ausencia de su nuevo amigo, Inocencio volvió al bar y Caridad le recriminó que se olvidase de quien tanto puso el hombro para que derramase sus lágrimas. Le preguntó por su amigo y respondió que estaba de viaje. “Claro, por eso vienes ahora”, le reprochó resignada. “¿Has dejado ya a

Carolina?”, prosiguió. “No, pero...”, dijo él entornando los ojos. “Sí, como siempre”, interrumpió ella. Inocencio pidió un tercio, dio un trago largo y se secó los labios con la mano. Ella se sentó del otro lado de la barra frente a él, que la miró fijamente y sonrió.

—Tú estás tan guapa como siempre.

—Claro, porque me cuido, no como tú, que cualquier día de estos...

—Eh, eh, que yo me sé cuidar...

—Sí, ya lo veo, vas mejor vestido con la ropa del gitano —dijo con gesto serio.

—¿Qué?, ¿no te gusta? —no hubo respuesta y él continuó—: Oye, por cierto, que la proposición que te hice sigue en pie.

—Vale, pero ya sabes mis condiciones: cuando desaparezca la otra.

—Estoy en ello, ya te avisaré.

Aquella noche Inocencio durmió poco y mal. Cuando sonó el despertador hizo un brusco movimiento hacia el lateral que casi aplasta a Lanás, que dormía a su lado, y saltó de la cama como si le hubiesen rociado con agua caliente. Se echó agua fría en la cara y, según se aproximaba soñoliento a la cocina, se agolparon en su memoria los olores a café, a sopa, a pescado, de cuando su casa era un hogar, con su madre y sus hermanas en los fogones. Se preguntó por qué tenía que agobiarle ese recuerdo siempre que tenía hambre. Vio en el frigorífico dos tomates podridos y mortadela con moho, que tiró a la basura. Dudó entre echar un trago de leche o de cerveza y, al intentar colocar en un lugar más seguro el frasco con el veneno blancuzco, se deslizó entre sus manos y casi se le cae al suelo. Abrió una cerveza y la apuró de un trago. Bajó al bar con Lanás, al que dejó en la puerta, ladrando, mientras él se plantó en la barra ante Caridad y pidió un café con leche bien cargado.

—¿Has vuelto a verla? —le preguntó la camarera mientras preparaba el café.

—Sí, vino el mes pasado —respondió bajando la vista.

—Y ya le dijiste que no volviese, ¿verdad?

—No me dio tiempo. Se llevó el dinero y me echó la bronca...

—Te está tomando el pelo —dijo ella en un tono serio que él quiso atajar.

—Llevas razón... pero pronto se le va a acabar el chollo —cuando pronunció la última palabra, una carcajada extemporánea dejó al descubierto

su diente solitario.

Le preguntó a Caridad si tendrían a mediodía ensaladilla: “Seguro... Mi jefe no es capaz de variar de menú”, contestó resignada.

Carolina vendría a mediodía a cobrar. Al acercarse la hora de la cita volvió al bar con Lanas. Pidió una cerveza y se sentó en una banqueta. Antes de volver a casa sacó de una bolsa una fiambarrera y pidió a Caridad que pusiera una ración doble de ensaladilla, pero vio que había albóndigas en salsa y cambió de opinión.

—Me vas a poner albóndigas...

—Vas a comer acompañado —afirmó Caridad entornando los ojos.

—Sí, viene un compañero de la fábrica a comer conmigo.

—Ya, un compañero de la fábrica que se llama Carolina. No escarmientas —dijo ella al tiempo que negaba con la cabeza.

—Bueno, ¿y a ti qué te importa?

—Nada, chico, nada, allá tú con tu vida —respondió Caridad displicente.

Cuando salió a la calle hizo un gesto a Lanas chasqueando la lengua y se fueron calle arriba, cojeando los dos de la pierna derecha, como lo hacían desde que un coche los atropellara cuando cruzaban un semáforo en rojo. En casa dividió las albóndigas en dos fiambreras más pequeñas, una la colocó al fondo del estante del frigorífico y la otra más a la vista, después de vaciar el veneno y de removerlo hasta que se diluyó totalmente.

Llegó Carolina. Preguntó sin preámbulos si tenía el dinero.

—No —respondió Inocencio y continuó—: Pero no tengas prisa, tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar —le soltó ella, como un escupitajo, mientras se dirigía hacia la cocina en busca de comida.

Abrió el frigorífico, vio la fiambarrera con las albóndigas, vació el contenido en un plato y lo puso en el microondas. Él esperaba en el salón conteniendo la respiración, pero el ruido del microondas avanzando atronó en su cerebro y el corazón latió con más pulsaciones de las habituales. Fue a trompicones hacia la cocina y se detuvo en el quicio de la puerta. Carolina le mostró una sonrisa forzada.

—Ve a por el dinero mientras me caliento esto, ¿okey? —le ordenó.

Inocencio se dirigió hacia el microondas, estiró el brazo para detener la marcha, girando la rueda de los minutos hacia la izquierda, abrió la puerta y sacó el plato.

—No, no, estas albóndigas no, están podridas... podridas —dijo nervioso y las tiró al cubo de la basura sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Pero cómo van a estar podridas si tenían un aspecto estupendo?

—Llevan quince días ahí, se me olvidó tirarlas... Hay embutido si quieres comer algo —balbuceó él, mientras con una cuchara hacía desaparecer los restos de salsa.

Ella hizo un gesto de extrañeza, encogiendo los labios y abriendo al mismo tiempo en exceso los ojos. Un “estás loco, tío” salió de sus labios rojos mientras buscaba el pan y el cuchillo para hacerse un bocadillo de mortadela. Él se sentó frente a ella.

—Algún día voy a cometer una locura —dijo con gesto grave.

—¿Me vas a matar, gallito? —preguntó ella, dejando el bocadillo sobre la mesa, al mismo tiempo que se ponía de pie—. Trae el dinero y no me amenazas.

—No te amenazo, pero no te voy a dar el dinero, así que tú verás. Y vete de mi casa... —intentó gritar aunque de su garganta solo salió un hilillo de voz aflautada.

Ella no hizo caso y lo amenazó con llamar a alguien que la esperaba fuera.

—Si le hago venir, te vas a arrepentir el resto de tu vida, gilipollas —añadió.

En ese momento Inocencio recordó que Aarón había vuelto de viaje. Le dijo a ella que tenía que ir al cajero a sacar dinero. “No tardo nada”, susurró. Salió a la calle. Llamó por teléfono a Aarón y le contó lo que había pasado. Él contestó que esperase en el bar de Caridad, pero, sobre la marcha, cambió de lugar: “Mejor, ven a mi casa por si tiene intención de buscarte allí”. Subió de prisa las escaleras de la casa y, resoplando, tocó el timbre. Le hizo pasar a un diminuto salón lleno de bolsas repletas de género y, al verlo tan nervioso, le preparó una tila.

—Te vas a quedar aquí mientras voy a tu casa. Dame las llaves —le ordenó.

Pasó al dormitorio, cogió una bolsa del altillo del armario empotrado y tranquilizó a Inocencio. “Enseguida vuelvo”.

Hora y media después Aarón estaba de vuelta. Inocencio, al escuchar la llave en la cerradura, acudió a su encuentro.

—Todo arreglado —dijo Aarón, mesándose sus cabellos rojizos y

ondulados.

Inocencio abrió desmesuradamente los ojos, expectante.

—Pero, ¿cómo que arreglado? —preguntó inquieto.

—A esa gentuza basta con enseñarle una buena pipa para que se cague por las patas abajo. No te preocupes que no te vuelve a molestar —respondió con chulería.

—¡Joder..., cómo te agradezco...! —dijo intentando abrazarlo.

—No tienes que agradecer nada —interrumpió Aarón—. Siéntate. ¿Quieres una cerveza?

—Casi mejor un cubata —dijo esbozando una sonrisa que dejaba al descubierto su diente solitario, como mástil que enarbolaba la bandera de la victoria.

—Vale, un cubata.

Mientras preparaba la bebida, le preguntó:

—Por cierto, ¿cuánto decías que le pagabas al mes a esta tipa?

—Ochocientos euros... Bueno, no, últimamente seiscientos.

—Ochocientos euros, ochocientos euros... —repitió varias veces mientras cortaba dos rodajas de limón y las ponía en los vasos—. Pues a mí me vas a pagar de aquí en adelante setecientos.

—¡No me jodas, amigo...! —exclamó Inocencio mudando de color mientras se acordaba de su amiga Caridad.

—En los negocios no hay amigos... Aún sales ganando cien, así que, calladito...



## *Lealtad es un nombre de mujer*

Siempre fui un tipo pegado a las tradiciones y reacio a los vaivenes de la modernidad hasta que me rendí y contraté Internet con el resultado de que se convirtió en el principal juguete de la casa para toda la familia. Y, una vez en el espacio cibernético, ¿por qué no abrímos una cuenta en *Facebook*?

—Internet y las redes no son perversas por sí mismas, solo puede ser nocivo el uso que se hace de ellas —decían los entendidos.

Una vez con cuenta en *Facebook* y después en *Twitter*, había salido del armario y estaba inmerso, de lleno, en la modernidad. Busqué amigos y familiares y les pedí amistad, que era como renovar los votos, aunque en el caso de algunos era como empezar porque amigos-amigos nunca fueron. Y empezamos a ver las faltas de ortografía de unos y de otros, las locuras de este, las lindezas de aquel, el afán de protagonismo del de más allá, la petulancia de esta, el esnobismo de otro, la sencillez de aquella, la inteligencia de algunos y la soberbia, la bondad, el orgullo, la sensatez, la mala baba, la clarividencia... Un viejo nuevo mundo tras aquella ventana.

El siguiente paso fue contratar Internet móvil para poder estar conectado a cualquier hora, en cualquier lugar o situación. Y sucedió que si un día salías de casa sin el teléfono móvil parecía que ibas desnudo y no estabas tranquilo hasta que volvías.

*Internetizado* ya podías respirar y mirar al mundo de frente.

Un paso más fue el apartado *Personas que quizás conozcas*, con el que comenzaba una cadena de olas interminables que iban y venían y arrastraban hasta tu playa nombres, con o sin fotos, que te remontaban a tus diversos ayeres y te presentaban a otros que, una vez que habías husmeado en el trocito de su intimidad que querían mostrar al mundo, considerabas que podías compartir pareceres, músicas o libros, vivencias, al fin, y solicitabas amistad. Y, por lo general, contestaban aceptando, y tú agradecías que te aceptase como amigo o amiga virtual. Todo un mundo de buenas relaciones. Y qué decir del apartado *Qué estás pensando*. Con el tiempo fui consciente de la cantidad de cosas que en cualquier momento del día o de la noche podía estar pensando. ¿Cómo podía pensar tanto?

Así conocí en la red a Lealtad, el nombre que utilizaba en su perfil. Éramos afines, tanto que llegó un momento que pensé que copiaba canciones, citas de libros, poemas de poetas que yo había colgado en mi perfil antes,

mucho antes, de conocerla. Me extrañó sobremanera leer en el suyo una estrofa de un rebuscado poema de un poeta rebuscado, Lytton Strachey, sobre los chicos guapos, que yo reproduje meses atrás al encontrarlo en un libro de otro autor.

*¡Raro destino el de los chicos guapos!  
Quienes osan probar las alegrías  
que encantaban a las mentes clásicas  
reciben palos en blancos traseros.  
Pero si no saben repetir bien  
los versos que cuentan esos amores  
tengo que confesar que es muy extraño:  
su trasero recibe el mismo palo.*

Aunque eran raras tantas coincidencias, me congratulaba saber que alguien compartía mis gustos y crecían mis ganas por conocer a esa persona.

Siempre obsequiaba con un *Me gusta*, o con un comentario amable, cada nueva entrada mía. Se dio el caso de que en una ocasión, por error, con el cursor puesto al azar en *Qué estás pensando*, tecleé “bvchx”, y a los dos minutos un ruido en mi móvil avisaba de una nueva entrada: alguien había puesto *Me gusta* en “bvchx”. Le gustaba yo, a no ser que tuviera activado algo desconocido para mí que consistiera en contestar con un *Me gusta* cada entrada de este *Amigo*.

Un día estaba en mi puesto de trabajo, con el móvil en el bolsillo del pantalón, cuando siento en la pierna una descarga que significaba mensaje en el *Messenger*. Miro por curiosidad y era de mi amiga Lealtad que me hablaba para que solo ella y yo viésemos el mensaje. Y leo:

—Antonio, sabes que te sigo, me gusta lo que escribes, cómo lo escribes y lo que piensas. Como los dos vivimos en Madrid, creo que es hora de conocernos en persona.

Contesté:

—Llevas razón: soy lo que escribo. También me gustaría conocerte.

Ella no contestó inmediatamente, lo que hizo posible que yo averiguase sobre mi tiempo libre en los próximos días, por si volvía a insistir. E insistió al poco tiempo y con rotundidad:

—Dime cuando nos tomamos una copa.

—Jueves, 6 pm, cafetería de *La Central*, Callao —contesté sin titubear.

Ella me respondió:

—Allí estaré. Llevaré sombrero azul, foulard y libro de A. Praena, Grúa.

El jueves, hasta las diez de la noche, no tenía que dar explicaciones a nadie de mi ausencia pues mi mujer trabajaba hasta muy tarde y, en el gran Madrid, no había peligro de que nadie nos viera juntos; si sucedía tal casualidad, habría ido a mi librería favorita a buscar algún libro.

Ella no tenía foto en su perfil y en su apartado de *Fotos* siempre aparecían grupos, por lo que podría ser de cualquier manera. Yo me la imaginaba sobre la cuarentena, morena, guapa, ojos negros, habladora, inteligente...

Llegó el jueves y dejé en casa todo preparado. “Voy a Madrid y llegaré tarde; si tenéis hambre os hacéis una pizza”, dije a mis vástagos. “*Ooooki*”, respondieron con el lenguaje moderno plagado de abreviaturas u onomatopeyas.

El tren me llevó hasta Sol y desde allí, por Preciados, llegué hasta Callao. Entré en *La Central* y en un vistazo rápido vi a mis candidatas sentadas en una mesa solas o con alguien, mirando libros o charlando en banquetas altas con su tácita de café o de té con limón (si alguna había ido a Londres, té con leche sin azúcar), mirando a las musarañas con mirada neutra. En esos sitios las señoritas no beben cerveza o vino, y menos una copa de coñac, porque para divagar sobre lo divino y lo humano hay que estar fresco o fresca. Ninguna lucía sombrero azul ni portaba el libro de poemas de Praena, con la portada del brazo musculoso.

Me fui al estante de la izquierda y eché un vistazo. Me detuve un momento en un grueso volumen de poesía de Zbigniew Herbert y, cuando lo tomé en mis manos para hojearlo, una voz cavernosa dijo mi nombre, remarcando las sílabas:

—An-to-nio-mo-ri-llas.

Volví la cabeza:

—Servidor —respondí.

Vi el sombrero azul cubriendo una cabeza redonda, el foulard y una barba grisácea y la mano que sostenía *He querido ser grúa muchas veces*, el poemario de Praena.

—Es un verdadero placer saludarte, amigo —dijo tendiendo la mano.

—Lo mismo digo, amigo Lealtad —contesté con voz más grave de lo

habitual.

—Espero que esta sea la primera tarde de una fructífera amistad —dijo con gesto sonriente.

—Yo también lo espero —respondí—. ¿Nos sentamos? ¿Qué tomas?

—Pues un blanco de Rueda —dijo y respiró profundamente.

Yo iba decidido a pedir un café cortado, pero le acompañé con una copita de coñac para poder brindar por el inicio de la amistad, porque brindar con café no se estila aun en estos tiempos modernos.



## *Cesáreo camina sobre las Arcas del agua*

A Cesáreo no hay quién lo sujete en casa, y menos aún en verano: “Con la hija y las nietas, no hay quién soporte a tantas mujeres hablando a la vez”, dice sentencioso. Sale a la calle con andar pausado, apoyándose en el bastón, “¿Sabe usted?: no lo necesito, lo llevo porque me obligan”, y con el primer sombrero que encuentra en casa y que nunca le falta.

—Tanto sol es malo para la cabeza; ya me dio bastante segando, y sin sombrero, que nos teníamos que poner un pañuelo anudado por las cuatro esquinas y al final de la jornada terminaba negro como el cerote.

—¡Cuánto sabe usted, Cesáreo! —le dije en una ocasión y él contestó con una sonrisa socarrona que inundó la avenida:

—Pues a mis noventa y nueve años todavía está por llegar el día en que pise una escuela.

En el corto trecho que va desde su casa hasta la panadería, “Para eso ha quedado uno, para traidor: que si tráeme esto, que si tráeme lo otro...”, se detiene con cualquier persona que se cruza. A la farmacéutica le desea que venda poco porque será señal de que la gente está sana; a la chica del bar le dice que el verde de su camiseta combina muy bien con sus ojazos negros; a otro camarero —un chico entrado en kilos— le dice que o pierde peso o no va a poder competir con la morena de ojos negros; a mí, que estoy sentado en la terraza del bar, desde donde observo la escena, me saluda y me dice que va a que el chino de la tienda le dé el pan.

—Si se lo da, dígamelo, que voy yo también —le digo y sonrío frunciendo el ceño.

—Esos no dan ni los buenos días; como serán que solo dicen un mísero hola, más corto, para ahorrarse un buenos días o un buenas tardes que es saludo más completo, donde va a parar —responde.

De vuelta, se detiene otra vez ante la chica de los ojos negros.

—Si tuviera unos cuantos años menos... mecachis en la mar... hasta me echaría un baile contigo —y agita su cayado en el aire lamentándose por un momento.

Por último, encuentra a su vecino, al que amputaron las dos piernas por culpa del azúcar y que cada día saca a pasear su mal humor por la avenida, desayunando en la terraza del bar. La silla de ruedas sobresale unos centímetros del perímetro de la terraza e invade la acera, y Cesáreo le dice,

socarrón, que los coches no hay que aparcarlos en la acera. El vecino sigue dando cuenta de su desayuno sin levantar la vista de la taza y Cesáreo le reprocha que esté siempre de mal humor, y concluye:

—Venga, date prisa, que tienes que dar la vuelta a la parva, hombre.

El hombre de la silla de ruedas levanta la vista hacia Cesáreo, hace el gesto avinagrado de quien está peleado con el mundo y, con desdén, le espeta:

—Déjame en paz de una puta vez.

—Vale, vale. Si no eres capaz de aguantar una broma te vas a morir antes —contesta Cesáreo y sigue su camino blandiendo en el aire su bastón.

Vuelve a casa.

A la hora del aperitivo volverá a salir para tomarse un vino o una cerveza; si se tercia bailará un pasodoble con la camarera y volverá a derramar su fina ironía, o su lamento, con los vecinos del barrio o con los transeúntes desconocidos, igual da, pues dice que siempre hay que tener palabras para unos y para otros, pues las palabras no cuestan dinero y mucha gente las agradece.

—Como nunca abusé de nada, me puedo seguir tomando una cervecita o un vinito cada día porque, ¿sabe usted?, es conveniente que la vida sea larga en vez de ancha, así tienes oportunidad de ver salir el sol muchos días más... aunque... yo estoy de más desde hace once años, los mismos que lleva mi compañera enterrada.

Hace una pausa, saca un pañuelo del bolsillo y se seca una lagrimilla.

—¿Sabe usted? Ahora llegas a casa, te sientas en el sofá y solo se acuerdan de ti para decirte: abuelo, que estás echando las migas en el sillón, o déjame el mando que cambio de canal. A mí, ya todo me da igual, me tenía que haber ido con ella, hace ya once años... Nada pinto aquí.

Y Cesáreo, con la sonrisa perenne en los labios a pesar de todo, se toma un vino con un buen aperitivo y se lamenta de los trozos de pan y restos de comida desperdiciados sobre la barra del bar o en las mesas.

—Si hubiéramos pillado esto en la guerra... —se lamenta.

Da un sorbo al vino y prosigue, apoyando sus dos manos sobre el cayado:

—¿Sabe usted? Yo hice los tres años de la guerra y después me desterraron otros tres años a Sidi Ifni. ¿Y sabe por qué *explotó* la guerra? Porque teníamos hambre, pero resulta que cuando terminó teníamos más hambre todavía.

Sale a la calle y sigue su camino, derramando entre la gente que transita

por las Arcas del agua su cristalino manantial de sabiduría.



## *Juegos de amor*

*La monogamia es una notable invención que va en contra de toda probabilidad, y es mucho más interesante y enigmática que el adulterio, del que ya se han ocupado demasiadas novelas.*  
Enzensberger, “Reflexiones del Señor Z”

Adela formaba parte de mi paisaje humano diario desde que coincidíamos en la salida del colegio cuando mis hijos eran pequeños. Siempre llegaba con la alegría dibujada en su rostro. En el invierno, muy abrigada, dejando ver solo sus ojos, su naricilla, sus labios carnosos y unos pómulos sonrosados por el frío. Con el buen tiempo se abría como las flores para lucir su figura menuda que coronaba, siempre, una sonrisa. Pero fue en mi trabajo donde nos conocimos. Una amiga común le dijo que preguntase por mí para que la ayudase a solucionar un asunto. Ese día, al charlar distendidamente después de solucionar el problema, se mostró sorprendida de que nunca antes hubiésemos cruzado una palabra.

Volvió por mi oficina de vez en cuando. “Pasaba por aquí y me he acordado de ti”. Nació cierta complicidad entre nosotros y en cada encuentro nuestras palabras fluían temblorosas. Era una mujer guapa de facciones suaves, contundentes y mirada profunda y, además, agradable. El conjunto hacía que en ella la belleza adquiriese todo su esplendor.

Un día la invité a un café y aceptó. “Te lo iba a proponer yo”, dijo. El tiempo del café pasó en un suspiro. Cuando alababa su persona, su cara adquiría un tono sonrosado que me cautivaba. Al despedirnos nos dimos un beso y dijo, bajando la voz, que le habían hablado mucho y bien de mí, pero se habían quedado cortos. “Eres encantador”, fue su despedida. A punto estuve de romper el protocolo y abrazarla, pero me contuve. Cuando se alejaba volvió la cabeza y, sonriendo, se besó las yemas de los dedos.

Adela no había cumplido aún los cuarenta. Trabajó de dependienta en unos grandes almacenes de la capital hasta que nacieron sus dos hijos y ya no pudo compaginar el horario partido del comercio con el cuidado de los niños. Me contaba que al primero lo buscaron, pero que del segundo se quedó embarazada en la cuarentena sin esperarlo, y fue un fastidio porque no entraba

entre sus planes tenerlos tan juntos, aunque ahora se alegran de que todo hubiese sucedido sin planearlo. Cuando los niños empezaron a ir a la guardería intentó acabar el bachiller, pero había perdido la práctica del estudio y abandonó apenas iniciado el curso. Después hizo cursos de formación para intentar trabajar cuando los chicos crecieran. Para un asunto relacionado con el diploma de uno, recurrió a mí.

Sus visitas se hicieron frecuentes y cada vez era más evidente que los motivos que alegaba para visitarme eran excusas. Daba igual. Estábamos encantados de vernos y cada vez nos importaba menos que nos vieran juntos por el barrio en el que vivíamos. Cuando pasaba un tiempo sin venir, la llamaba para preguntarle si le ocurría algo, si había hecho algo inconveniente. “No, cariño, mi marido está de tarde”, contestaba. Y ese cariño en su voz era la sustancia que alimentaba lo que empezaba a ser algo más que un sueño.

Una mañana se presentó ante mi mesa. Levanté la vista y vi a la diosa de los ateos ante mis ojos, hablándome con la mirada: “Levántate y abrázame”. Llevaba un vestido estampado, con grandes flores sobre un fondo blanco, que dejaba ver unas rodillas bien torneadas, muy ajustado de cintura para arriba y que realzaba lo que la naturaleza, delicadamente, había moldeado. Y siempre una sonrisa. Salté de mi asiento, fui hacia ella y con mis manos sobre sus hombros desnudos, la besé en las mejillas, al mismo tiempo que susurraba en su oído: “Estás preciosa. Espérame en la cafetería”.

Inventé una excusa ante mi jefe para tomarme la mañana libre. Al llegar, no pude evitar acariciar con mis manos su cara y besarla. Me senté a su lado y pedí un café.

—Tengo la mañana libre —le dije.

Apuramos el café y nos dirigimos al coche. Allí nos dimos el beso que necesitaba desde hacía tiempo. Mis dedos se deslizaron bajo su vestido de volantes y acariciaron los muslos tersos, que, según avanzaba, se separaban para dejar expedito el camino hacia el paraíso. Ella se incorporó:

—Espera, que nos van a ver —dijo encogiéndose en el asiento.

Arranqué el coche y nos dirigimos a un hotel de las afueras. Llevábamos la fiebre en las venas, pero decidimos caminar despacio para llegar más lejos y fuimos a la capital. Dimos un largo paseo por el lago, abrazados, hablando sobre lo que estábamos dispuestos a sacrificar y la desdicha por no habernos conocido antes. Y salió a colación nuestra amiga común. Ella me contestó que no le diría nada porque, entre otras cosas, rabiaría de envidia. Me puso al día en sus historias. Dijo que tiempo atrás le había contado que estuvo muy

enamorada de mí, pero que nunca se atrevió a confesármelo y solo cuando vio que era un hombre íntegro, decidió decirle sí a su actual pareja, “aunque a ti te tiene en un pedestal”, remachó. Al gallito que escuchaba se le encrespaba la cresta ante tanto halago.

Llegamos al hotel y, antes de subir, nos tomamos un vermú con un poco de ginebra. Ella protestó por la ginebra, pero se lo tomó. Estábamos solos, nos dimos un beso y no dilatamos más la espera. Subimos a la habitación y abrimos las ventanas. Nos besamos mientras desabrochaba su vestido. Después estalló la primavera.

Antes de las tres estábamos de vuelta. Durante el trayecto, pulsé el botón de play del reproductor de cedés del coche, y continuó la música donde la dejamos en el viaje de ida, con los primeros acordes de la canción de Serrat, *Poco antes de que den las diez*.

Regresamos a casa.

Los días seguirían su marcha ritual.

Los mensajes telefónicos se convirtieron en el cordón umbilical que nos alimentaban a diario. La frecuencia de sus visitas aumentó, pero ya quedábamos directamente en el restaurante, donde nos cobijábamos en el rincón más apartado. Nos convertimos en dos enamorados dispuestos a ser obedientes a los designios del amor.

Llegó el verano y, para vernos más a menudo, planeamos acudir a determinados sitios con nuestros cónyuges y hacernos los encontradizos. Yo los presentaría como amigos de Concha, mi amiga, y pasaríamos el tiempo sentados en el filo de la navaja.

Conocí al marido de Adela un día en el que ella acudió con él a mi oficina. Era un tipo bastante más joven que yo, moreno de pelo rizado, ojos negros y tez oscura. Al tenerlo frente a mí, una sensación agrídulce me invadió: había puesto rostro y voz a mi adversario; había mirado a los ojos a aquel hombre que traicionaría en cuanto se diera la vuelta. Desde aquel día, cuando estaba con ella, la sombra de aquellos ojos revoloteaba sobre mi cabeza.

El verano duró una eternidad. Nos fuimos de vacaciones un mes entero cada uno, fuera de la ciudad, y no pudimos hacerlos coincidir, por lo que se convirtieron en dos meses de ansiedad, de llamadas a escondidas simplemente para escuchar la voz del otro.

Llegó septiembre y volvimos a casa, nos vimos una tarde fugazmente y

planeamos vernos en la ciudad, en el mismo hotel de la primera vez. Después de una mañana en la que dimos rienda suelta al deseo acumulado, concluimos que no podíamos vivir en esa situación. Planteé empezar a tomar decisiones para que los hechos se parecieran a las palabras. Había pasado la hora de la teoría y llegaba el módulo de prácticas.

—La vida es arriesgar y si no arriesgas, siempre vamos a vivir en la duda —dije convencido de lo que quería.

Nos dimos un tiempo para pensar, aunque nos seguimos viendo y jugando nuestro juego, pero su sonrisa, poco a poco, fue languideciendo; el manantial cristalino de sus ojos se había convertido en una nube que presagiaba tormenta. Ya no se arreglaba para venir a verme. Mi diosa bajó del pedestal a la tierra y se hizo humana, y así aumentó el caudal de ternura que producía ante mis ojos. En una ocasión le pregunté por su tristeza. Y la respuesta fue la que llevaba tiempo esperando.

—No puedo dejar a mi marido, le quiero, no se merece lo que le estoy haciendo —dijo entre lágrimas.

Después de hablar un buen rato, me dijo que no volvería a visitarme y salieron a relucir todos los lugares comunes que existen para justificar la inconveniencia de las relaciones no convencionales.

—Si así eres feliz... —dije, y sentí algo parecido a la liberación.

No pude olvidarla, pero no hice por verla. Solo respondí, unos días después de la ruptura, a un mensaje suyo que decía: “Quiero que estés bien. No te olvidaré. Un beso.”, al que respondí con un escueto estoy bien, sin más. Pero no estaba bien y no solo por haber perdido en el juego, sino porque presentía que ella también sufría.

Al poco tiempo de dejar aparcada nuestra relación, su amiga Concha, mi amiga, me envió un mensaje diciéndome que tenía que hablar conmigo. Pensé que querría intermediar por su amiga o, quizás, me iba a reprochar nuestra aventura si Adela hubiese cometido la insensatez de contarle todo.

Quedamos en una cafetería y, tras un saludo frío y protocolario, me espetó furiosa, a bocajarro.

—Pensaba que eras una persona íntegra, pero me has decepcionado. Y quiero que sepas que toda esa asquerosa historia entre Adela y tú ha sido un juego urdido entre nosotras para que comprobases tu integridad, por la que puse la mano en el fuego. Ahora sabemos que eres uno más.

Pensé: ¿sabemos?

Escuché la perorata mirándola a los ojos y sin mover un músculo de la cara, consciente de que sus palabras eran fruto de los celos.

Yo seguía mirándola, sin decir nada. ¿Qué podía decir? Dejé que su desahogo finalizase hasta soltar toda la rabia que traía consigo. Pensé en decirle que sentía haber descendido del supuesto pedestal en el que me tenía y haber sido víctima del jueguecito de dos mujeres... Pero no dije nada. Cuando me decidí a hablar solo le agradecí haber ocupado tan alto lugar en sus altares y haberla decepcionado, pero que el juego del amor, afirmé, tiene esas cosas y que, como juego que es, unas veces se gana y otras se pierde. Para concluir, y sabiendo que la pulla le dolería en lo más profundo de su orgullo, dije que sentía que con su amiga Adela había ganado porque siempre estaría en mi pensamiento y de ese lugar no me la quitaría nadie.

Ahora Concha escuchaba atentamente y aproveché para sincerarme. Confesé que cuando la conocí a ella, y durante mucho tiempo, luché para declararle mi amor, pero que los malditos prejuicios me ganaron la batalla y no quise arriesgar, quizás por miedo a perder, quizás para no hacer daño innecesariamente. Ella me miraba y dijo con rabia:

—¿Ah, sí...? Entonces fuiste un cobarde y ahora eres un miserable —y añadió—: No te preocupes, no le voy a decir nada a tu mujer.

Se levantó y dijo adiós, pero la sujeté por el brazo y le pedí que esperase, que no se fuese tan alterada. Se volvió a sentar y volvió a decirme que la había decepcionado. Yo pensé que ella también estaba viviendo en la mentira, que solo cuando comprobó que yo no me decidía, se decidió por el hombre que ahora tiene a su lado, por lo que no era leal consigo misma, y esa era la peor de las traiciones. Pero no dije nada, desvié la atención hacia otros asuntos y, aparentemente, se calmó. No le salían las palabras. Levantó los ojos del suelo, me miró con un gesto de indiferencia y se fue. Yo tuve la sensación de que, además de haber perdido a una amante, quizás, también, a una mujer enamorada, ahora acababa de perder a una amiga.

Una mañana, la Adela que conocí en el patio del colegio y en los días de nuestra aventura, aunque con un halo de tristeza en la mirada, se presentó en mi oficina. Se asomó a la sala donde estaba y preguntó, con un gesto de la mano, si podía pasar. Podía pasar, mis puertas seguían estando abiertas. Me levanté y nos saludamos.

—Necesito hablar contigo —me dijo con semblante serio.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—No muy bien —respondió bajando la mirada.

Le dije que no se preocupase y que solo lamentaba si la había abocado de alguna manera a hacer algo que no quería hacer. Ella negaba con la cabeza, pero no decía nada. La invité a un café. Accedió y durante el camino se mantuvo en silencio; yo insistí en que dejara de preocuparse y le confesé que estaba al tanto de todo lo que había ocurrido, que ya sabía que todo había sido parte de un juego de dos amigas sobre los hombres honestos.

Al escuchar las últimas palabras, me adelantó y se puso frente a mí. Me tomó de los brazos y me dijo, al descubrir que su amiga había hablado conmigo, que todo era pura invención, que lo que me hubiese contado era una burda mentira. Seguimos andando y me confesó que cometió el error de contarle que venía de vez en cuando a verme: “Se puso muy celosa y lo más suave que me llamó fue puta”, me dijo. Nos sentamos en un banco de la senda apartado del bullicio y me contó sus conversaciones con Concha.

—Es posible que todo comenzase como un juego porque, cuando hablábamos y salía a colación la honestidad de los hombres, ella siempre te ponía como ejemplo y en una ocasión dije que habría que verte ante una situación en la que tuvieses que demostrar tu integridad, y ahora se agarra a esas palabras para tratarme como a una buscona.

Rompió a llorar, pero sus lágrimas ya no me causaban el desgarró de la primera vez. Pasé mi brazo por sus hombros, la atraje hacia mí. Acarició mi cara con sus manos y me besó, y cuando sentí el amargo sabor de sus lágrimas en mis labios, quise creer en la sinceridad de sus palabras, pero también pensé que podrían ser el preludio de la segunda parte del juego de dos mujeres que no creían en la honestidad de los hombres cuando se presenta ante sus ojos una mujer hermosa que los llama.







## *El extranjero*

### **Avelino**

Me fui de la aldea en los primeros años sesenta huyendo de la mina, de la miseria. Era la única opción que ofrecía la vida a los chicos en aquella época y en aquel lugar olvidado del mundo. Decidí preparar la maleta al mismo tiempo que la preparaba mi hermana, unos años mayor que yo, para emigrar definitivamente a Madrid. ¿Por qué no me fui yo a Madrid? Todavía no lo sé, pero no me arrepiento.

El mismo día tomamos un autobús, cada uno con un destino diferente. Yo marchaba a Suiza y sin más papeles que el pasaporte con el que entraría en el país como turista y cuando encontré trabajo me dieron el permiso de residencia. Tener los papeles en regla ha sido y es condición imprescindible para que se considere a alguien una persona en cualquier parte del mundo. Triste mundo. Triste e indigno mundo. Así es como emigramos miles de españoles, muy al contrario de lo que se piensa hoy en la España que se ha convertido en país receptor de emigrantes: “Pero los españoles nos íbamos desde aquí con papeles...”, argumentan contra los extranjeros los que no quieren admitir su xenofobia. Falso. Yo soy la prueba.

Después de un viaje tortuoso, me instalé en una pensión en Lausanne y comencé a trabajar, por intermediación del amigo que me animó a emigrar, en la casa de un adinerado de la ciudad que, además, era catedrático de universidad y no sé cuántas cosas más, toda una institución, según supe después. Me colocaron de pinche en la cocina de esa casa y pronto descubrí que el servicio doméstico, la cocina en casa ajena, se me daba bien, a mí que no había pisado una cocina en mi vida. Pero mi intención no era dedicarme a esas labores para siempre.

Cuando tuve la edad obtuve el *permis de conduire*, y *chauffeur* iba a ser mi profesión el resto de mi vida laboral. Chófer de un hombre importante, generoso y buena persona, que me iba a permitir viajar, conocer media Europa y a todo tipo de personas: empresarios, financieros, catedráticos, políticos. Los *bon vivant* de cualquier sociedad, concentrados en la Suiza en la que yo fui a caer, el paraíso. Yo estuve a su lado, me acostumbré a su modo de vida, aunque intenté que nunca se me olvidaran los orígenes. No sé si lo conseguí porque, tanto me metí en ese mundo que quizás me olvidé de ellos.

Mi vida en Lausana era el trabajo; mis amigos estaban en la casa para la que trabajaba; mi señor era mi dios particular y alguna vez me dije que como era imposible tratar a personas más importantes que él, me pasaría el tiempo con él, sin aprovechar mi tiempo de descanso porque descansar era estar al lado de *Monsieur*, escuchándole, simplemente. Además, *Monsieur* se mostraba encantado con mi predisposición a ser siempre su acompañante.

Yo tenía un buen sueldo, buenas propinas y poco gasto, con lo que el ahorro se convirtió en algo natural, algo que no me costaba esfuerzo porque no tenía necesidad de privarme de nada para destinar una buena parte del sueldo a engordar mi cada vez más succulenta cartilla de ahorros. Y los primeros ahorros los destiné, además de enviar algo a casa para que los padres no pasaran penurias, a comprar un apartamento en una zona residencial de la ciudad, donde establecería mi hogar, si por hogar se puede entender el lugar del que uno tiene las llaves y tiene una cama propia, una cocina y un salón con sillones y una televisión, pero donde no te espera nadie. Por eso hacía poca vida en mi nueva casa porque la mayor parte del tiempo la pasaba en la casa-empresa de *Monsieur*, que se convirtió, poco a poco, en mi verdadero hogar.

Allí sí, allí siempre me esperaba alguien.

Nunca pensé en casarme a pesar de las recomendaciones de mis padres y de mi hermana: “Mira que un hombre solo... Cuando seas mayor, ¿qué va a ser de ti? Búscate una mujer”, me decían cada vez que nos veíamos. Pero no, no tenía tiempo para pensar en mujeres, y mucho menos para enredarme en una relación que, pensaba, socavaría los cimientos de la vida que acababa de emprender. Cuando la carne protestaba le daba satisfacción acudiendo a la casa de una *madame*, íntima amiga de *Monsieur*.

Mientras vivieron mis padres hacía esporádicos viajes a Asturias, cada vez más cortos porque pronto perdí el apego hacia las personas de mi ayer. Aquella tierra ingrata que me vio nacer no me dio nada, por tanto, nada le debía. Además, con el tiempo, me fui sintiendo un suizo más; no tenía nada que ver con la gente de la aldea cuya simple presencia empezaba a molestarme. Tampoco me reconocía en los compañeros emigrantes de Suiza porque no era como ellos, la mayoría encerrados en sus centros regionales, aquejados de la enfermedad de la nostalgia, llorándose mutuamente las penas e incapaces de integrarse en la sociedad que los había acogido con generosidad. Ellos entraron en Suiza pero Suiza jamás entró en ellos. Me rebelaba cada vez que veía a gente de mi edad que no era capaz de hablar el idioma y no por tener menos capacidad que yo, no, porque todos veníamos de la misma ignorancia.

En su descargo diré que no aprendieron el idioma porque desde el principio tuvieron la esperanza de que regresarían. Pobres ilusos. ¿Adónde iban a regresar? El mísero país que habían dejado atrás había quedado atrás para siempre, por lo menos mientras viviese el canalla de Franco.

Yo procedía de Asturias, una tierra luchadora maltratada por el franquismo. Al poco tiempo de llegar a Suiza entré en contacto con compatriotas que tenían organizada –eran los primeros años de la década de los 60– una célula del PCE en la ciudad y participé activamente en sus actividades siempre que mi trabajo me lo permitía. Aunque nunca dejé de pertenecer al Partido, poco a poco me fui desentendiendo porque, según iba profundizando en el modelo de sociedad que preconizaba, veía que era muy diferente del que yo disfrutaba y en el que me sentía feliz. Y no rompí el carné porque también ellos se iban adaptando a los tiempos y admitiendo la democracia burguesa como un fin en sí mismo y alejándose de revoluciones que cambiarían un régimen dictatorial por otro, aunque lo llamasen de otra forma. En esta cuestión se centraban mis eternas discusiones con los camaradas. Mis escasos conocimientos sobre teoría política alcanzaban a reconocer que la dictadura del proletariado era también una dictadura, y a las múltiples pruebas que se daban por el mundo me remitía. *Monsieur* me abrió los ojos. Él decía que antes que ser de derechas o de izquierdas hay que aceptar la democracia: esa lección la aprendí sin demasiado esfuerzo.

Me convertí en un suizo más; incluso pude haber conseguido la nacionalidad pero, como suponía perder la española, no quise. En mi interior, ante tal posibilidad, me surgía un remordimiento que no sabía muy bien su origen; pensaba que si renegaba de mi nacionalidad estaría traicionando a alguien, no sabría explicar bien a quién ni por qué, pero así lo sentía. Y seguí siendo español, quizás, por lealtad a las eternas luchas de mis antepasados.

Cuando murieron mis padres llevaba más de veinte años en Suiza y me olvidé de aquellos prados, oscuros como la mina. Como la hermana vivía en Madrid, allí iría en el futuro de vacaciones. Yo quería mucho a mi hermana porque fue como una madre para mí. Los días que pasaba en su casa no escatimaba en atenciones, incluso ella tomaba permiso en el trabajo cuando le decía que iba a ir para estar más tiempo conmigo. No tuvo hijos y bien que lo sentía porque adoraba los niños y no paraba de hablar de los hijos de su patrón, que tuvo primero mellizos o gemelos, nunca me aclaro con la diferencia, y después dos niñas. Ella estaba satisfecha en aquella casa. No le pagaban mucho porque los sueldos en España eran una miseria, pero le

compensaba por el trato que recibía y los detalles que tenían con ella.

Después de que muriera el dictador, decidí invertir algún dinero en España y pensé que debía hacerlo donde tuviese alguien a quien asirme. Seguí el consejo de mi hermana y durante uno de mis viajes fuimos a uno de los pueblos del sur que en aquella época estaba en expansión y había apartamentos y locales donde elegir a buen precio.

## **Eloína**

Mi hermano fue siempre un buen hombre. Yo lo quería mucho; era mi único hermano y se puede decir que lo crié porque madre tenía que ir a trabajar y yo me encargaba de la casa y de él. Estoy segura de que cuando decidí marchar de la aldea definitivamente, él pensó que ya no pintaba nada allí. El día que nos íbamos me harté de llorar porque yo era una mujer, pero él era un chiquillo que, además, no había salido nunca del pueblo. Hacía un tiempo que yo había estado sirviendo en Madrid, aunque me cansé porque fui a caer en casa de dos viejos gruñones que me traían de cabeza: nada de lo que hacía les gustaba, por una cosa o por su contraria. En fin, los mandé a paseo y volví a la aldea.

Uno de los hijos de los viejos, que estaba casado, iba todos los días a comer mientras estuve en la casa. Él me pidió que volviese, ahora a la suya, porque su mujer había tenido gemelos y no daba abasto con tanta tarea. Alberto –así se llamaba aquel hombre– me caía muy bien. Siempre me trató con mucho cariño y nunca se sobrepasó conmigo sin mi consentimiento; más que una relación entre señorito y criada, la nuestra fue una relación de amistad. Era muy guapo y, la verdad, a nadie le amarga un dulce. Yo le correspondía haciéndole sus guisos preferidos porque los viejos iban a protestar igual.

Cuando marché mantuvimos el contacto por carta. Él me recordaba con cariño y así me lo hacía saber de vez en cuando. Yo creo que estuvo algo enamorado de mí, aunque nunca me lo dijo expresamente porque sabía que sus padres no admitirían una relación de su hijo con la criada. A mis veintipocos años no es que fuese una preciosidad pero...

Ahora que ya no hago daño a nadie, puedo decir que en varias ocasiones me acosté con él, de soltera y de casada. Los veranos mandaba a su mujer y a los niños a La Granja, donde tenían un chalecito; yo me iba con ella toda la

semana y me pagaba aparte las horas que hacía de más, pero los lunes me dedicaba a la casa de Madrid, le preparaba la comida para toda la semana y la limpiaba. Ese día yo sustituía a la mujer.

Al poco de cumplir los treinta años me casé e intenté dejar de trabajar pero me convencieron para que me quedase, subiéndome el sueldo y modificando las condiciones de trabajo. A diario, a las seis de la tarde finalizaría mi jornada y podría atender a mi marido; además, descansaría los fines de semana. Tenía pensado dejarlo definitivamente cuando tuviese el primer hijo, pero este nunca llegó.

Por las venas de mi marido corría horchata en vez de sangre. Trabajó toda su vida de portero, un oficio en el que el sueldo era escaso, pero él no daba para más. Yo le animaba para que buscara trabajo en una fábrica o se metiera de ayudante en la construcción, pero no, se hizo a lo cómodo y así pasó su vida, en el garito de la portería sin más afición que leer novelas del Oeste. Incluso nos propuso Avelino que nos fuésemos con él a Suiza para colocarnos en la casa en la que trabajaba, donde ganaríamos un buen sueldo, pero solo de pensarlo le daban taquicardias. ¡Qué poco espíritu tenía el pobre!

No tuvimos hijos porque él no valía. Al año de casados acudimos a un especialista de pago que nos confirmó lo que yo sospechaba, porque yo sí era fértil. Estuve embarazada de soltera pero el padre no podía hacerse cargo. Le conté el caso a mi hermano y me organizó un viaje a Suiza para que un médico amigo de su patrón me provocase el aborto. Entonces quise abandonar la casa porque me iba resultar difícil ver cada día a quien me había obligado a abortar. Me dijo que si seguía adelante, le iba a arruinar la vida. No sabíamos que me la arruinaría a mí porque una mujer sin hijos... Pasé el trago. Dije a la señora que debía ir a Suiza a ver a mi hermano, enfermo. Pero pasado un tiempo volví a las andadas y volví a caer en sus redes como una tonta. Ahora pienso que tendría que haber tenido a mi hijo, ¿quién iba a pensar que iba a dar con el hombre que di? Alberto se hizo cargo de todos los gastos, aunque para paliar mi dolor no había dinero. Con el tiempo perdoné. Mi hermano me dijo que abandonase la casa o se desentendería de mí y me propuso quedarme en Suiza, pero no le hice caso, y eso me costó que estuviese algún tiempo sin hablarme, sin contestar a mis cartas. Solo respondió cuando le escribí para decirle que me casaba y quería que él fuese el padrino. Entonces se olvidó de todo y se portó muy bien conmigo; aparte de un gran regalo, me dio dinero para el viaje de novios, viaje que no hicimos porque nos venía mejor el dinero para terminar de amueblar el piso que alquilamos en la capital.

Avelino venía alguna vez que otra a vernos. Mientras vivieron los padres, pasaba las vacaciones en la aldea, pero nunca dejaba de bajar, aunque fuesen un par de días, por Madrid para dejarnos algún regalo antes de marchar a Suiza. Fue siempre generoso. Solo Dios sabe lo que ganaba porque nunca le gustaba hablar de dinero; decía, como los ricos, que es de mala educación hablar de dinero. Claro, como a ellos les sobra...

Después de muerto el caudillo decidió invertir y le aconsejamos que lo hiciera en un pueblo donde se estaban construyendo muchos pisos. Así lo hizo, aconsejado por un buen hombre, el señor Carlos, del que se hizo inseparable y que fue responsable indirecto de que se separase cada vez más de nosotros. Cuando tuvo su casa rara vez venía a vernos.

## Carlos

A las diez de la mañana solía abrir la oficina en aquel barrio de un pueblo del sur, aunque siempre llegaba un poco antes para tomar café en el bar de Vargas. Una de esas mañanas, según introducía la llave en la cerradura, vi venir hacia la oficina a tres personas de mediana edad, dos caballeros y una señora, aunque el hombre más bajito, muy bien vestido por cierto, era más joven.

—Buenos días, *monsieur*. ¿Ya se va usted? —dijo.

—No, hombre, si no he llegado todavía —respondí.

—Queremos que nos informe de los apartamentos que tiene disponibles.

—Muy bien, pero como es pronto y no habrán desayunado, nos tomamos un cafelito y luego les informo, si no tienen prisa. ¿Les parece?

—*D'accord*. Oh, muy amable. Gracias, señor —dijo el hombre mirando sorprendido a sus acompañantes.

Aquel acento me sonó a suizo porque yo había estado años atrás en aquellas tierras. Pasé a la oficina a dejar una bolsa y salí enseguida. Me presenté y ellos me dijeron sus nombres: Avelino, Secundino y Eloína. Mientras nos encaminamos hacia el bar, el hombre que llevaba la voz cantante —Avelino— me contó que era emigrante en Suiza y que la señora era su única hermana, que marchó a Madrid el mismo día que él marchaba a Suiza. Y me comentó que tenía algunos ahorros y había decidido invertir en inmuebles, valores más seguros que otro tipo de inversiones, y que le habían hablado bien de aquel pueblo. Avelino llevaba la voz cantante porque era el dueño del

dinero. Yo dije que era un pueblo en expansión y, sin duda, comprar allí era una buena inversión. Pensé para mis adentros que aquella pieza no se me iba a escapar.

Desayunamos, volvimos a la oficina, les informé de los precios y nos dirigimos a ver sobre el terreno los dos tipos de pisos de que disponíamos. Se decidieron por el más grande en el centro del edificio.

—Pero si lo que quieren es invertir —añadí—, me queda libre un local comercial en otra calle, cuyo precio es equis pero que, si compra el piso, conseguiré que mis jefes lo dejen en equis menos uno, un precio excepcional.

—*Monsieur...* Si es así, nos podría interesar —dijo el hombre más joven.

Cuando llegué a la oficina llamé por teléfono al jefe, le expuse las condiciones que había pactado con el cliente, las aceptó y cerramos la operación. Mis jefes sabían que yo cedía hasta donde sabía que era posible ceder, por lo que pocas veces tuve problemas para que me aceptasen las condiciones que pactaba previamente.

Al día siguiente el suizo y sus escuderos fueron a las oficinas centrales con una transferencia bancaria por el importe total de los dos inmuebles, firmaron los contratos y, días después, las escrituras.

Avelino compró un piso y lo amuebló con todos los detalles. Un día me dijo que intentaría montar en él otro sucedáneo de hogar, algo que solo entendí con el tiempo. Además, iba a compartir con su hermana la propiedad del local comercial, aunque el dinero lo pusiera él. Cuando conocí más aspectos de su vida llegué a la conclusión de que lo hacía porque era la única forma que sabía de demostrarle su cariño.

El día que firmaron las escrituras regresaron a mediodía para invitarme a comer, incluso quisieron darme una propina por la gestión. La rechacé. Me pagaba mi empresa y no entraba en mi código ético aceptar propinas de los clientes por hacer mi trabajo.

A partir de ese año sus vacaciones las pasaba en el sur de Madrid y yo me convertí en su compañero inseparable, no daba un paso sin mí. Yo apreciaba a Avelino porque siempre he sentido debilidad por los hombres que muestran tan a las claras los síntomas de la soledad. Tuve desde el principio la sensación de que era un extranjero en el más amplio sentido de la palabra, tanto en Suiza como en España.

Algunos días me invitaba a comer y, al menos una vez durante su estancia, quería que nos acompañara mi señora junto con otros matrimonios

con los que ya había hecho amistad, y entre los que él se sentía importante. Estaba necesitado de cariño y, quizás por primera vez, había encontrado a un grupo de personas, al margen del trabajo, con los que compartir su tiempo. Comprobó que estar a mi lado equivalía a conocer a mucha gente y hacer muchos amigos porque era muy conocido en aquel barrio.

Avelino era otra persona cuando venía a este pueblo. Su hermana le reprochaba que no fuera a verla como antes y me culpaba a mí, sin reparar en que antes paraba en su casa por necesidad pero ahora ya tenía la suya propia.

Todos los días, antes de abrir la oficina, desayunábamos, hablábamos un rato y casi siempre el tema recurrente era Suiza. Mis buenos recuerdos de las estancias en aquel país. Él vivía en el mismo cantón en el que viví yo, Vaud, aunque en otra ciudad y siempre terminaba de la misma manera.

—Un verano de estos, usted y la señora se van a venir conmigo, pasan un tiempo allí recordando su época de emigrantes y luego nos volvemos todos en coche a España.

Nunca se llegó a concretar aquel viaje porque, cuando tenía vacaciones, me gustaba más volver a mi pueblo.

Para mí, Avelino, el suizo, durante su estancia, era uno más de la familia. En cada viaje establecimos la costumbre de que, al menos un día, iría a mi casa a comer cocido, lentejas o judías, comidas que no eran habituales en su menú y, menos aún, en Suiza. Él venía encantado. Cuando nos sentábamos todos a la mesa, ocho o nueve personas, se maravillaba, se le dibujaba una sonrisa en los labios que no lo abandonaba durante toda la comida; se le iban los ojos de un lado a otro contemplando a nuestra familia numerosa. En la sobremesa, siempre comentaba lo mismo.

—Me habría encantado tener una familia como la de ustedes, pero no sé si habría sido capaz de criarlos tan bien.

Cuando nos íbamos, les daba una propina generosa a los pequeños, que se ponían más contentos que unas castañuelas.

Más adelante se hizo muy amigo de mi hijo y empezó a distanciarse de mí; pasé de ser su sombra a percibir que me rehuía. Pasaban días y días sin tener noticias de él. Yo le tuve mucho aprecio, sinceramente, aunque, a decir verdad, era un tipo raro.

## **El hijo de Carlos**

Conocí a Avelino cuando me fui a trabajar a la misma calle donde tenía su casa. Hicimos amistad rápidamente. Me atraía su historia de emigrante de la que, a través de mi padre, conocía retazos, sus vivencias, sus difíciles relaciones. El hecho de que viviera en un país tan admirado por mí como Suiza, que conociera tantos personajes, tantos lugares, hacía que tuviese una idea de él que pronto comprobé no se correspondía con la realidad.

No sabía escribir francés aunque lo hablaba perfectamente, leía con dificultad francés y español, y su escritura en español era la de alguien que había pisado muy poco la escuela. Su trabajo hizo de él una persona que rehuía a la gente, y fue con ese Avelino con el que me encontré: un solitario que siempre estaba rodeado de gente pero a quien no le gustaba la gente. Yo pensaba que con nuestra familia había hecho una excepción.

Cuando lo conocí, su jefe de toda la vida había fallecido recientemente y a él le había dejado una pensión que cobraría hasta que pudiera jubilarse, aparte de un Mercedes que le regaló por los servicios prestados. Además, según le adelantó el albacea, le había dejado algún dinero en su testamento.

Desde que murió el patrón se dedicaba a la vida contemplativa, cumpliendo con sus estancias en Suiza para no perder ninguno de los derechos adquiridos. Por esa razón también venía pocas veces a España: un mes y medio en el verano, y alguna visita esporádica durante el resto del año.

Pocas veces invitaba a alguien a visitar su casa. Yo lo hice en un par de ocasiones pero jamás pasé más allá del museo tenebroso que tenía por salón, con unas cortinas de un color verde oscuro que no dejaban pasar la claridad y que obligaba a tener siempre encendida la luz. Una vez le insinué si no sobraban muebles inútiles y cachivaches y se limitó a mirarme con cara de extrañeza y a decir: “No”. En alguna ocasión le animé para que buscara una mujer que pusiera orden en aquella acumulación de objetos y como contestación recibía media sonrisa y silencio. Yo sospechaba que no le gustaban las mujeres por la veneración que mostraba por su patrón. Durante una conversación lo insinué y se limitó a decir:

—El patrón era un gran tipo; una lástima que haya desaparecido tan pronto.

Cuando iba a su casa me daba pelos y señales sobre los elementos que componían el anticuario en que la había convertido: dónde compró cada figura, su precio, el valor real, y yo le advertía que no lo pregonase por el barrio y fuese también celoso de su intimidad en ese aspecto porque en los bares y en los mercados siempre hay alguien escuchando al que se le pueden

poner los dientes largos.

Una vez quiso regalarme un conjunto escultórico de niños orinando en una fuente, cogidos de la mano, y cuyo ofrecimiento, amablemente e intentando no parecer grosero, decliné alegando falta de espacio en mi casa.

Cuando mi padre se jubiló, su relación con Avelino se transformó en una esporádica llamada de compromiso para saludarse y quizás otra para comer, y nada más, y eso a mi padre, hombre que apreciaba la amistad sincera, le sentó muy mal aunque nunca se quejara. Su relación no volvió a ser la de antes. Yo había ocupado su lugar sin que mediara justificación alguna, simplemente ya no le interesaba y no tuvo escrúpulos en cambiar de compañía. En aquella época yo no fui consciente de ese distanciamiento.

Desde que mi mujer y yo le conocimos nos había invitado a visitar Suiza, y tanto insistió que decidimos hacerlo aprovechando los fastos que se celebraban el año 92 en España. Un avión nos dejaría en Ginebra y él nos esperaría para ir a Lausana.

Durante aquel viaje me olvidé del anfitrión y me centré en Suiza. Recuerdo el trayecto desde Ginebra hasta Lausana: tenía la sensación de que ese paisaje vivía en mi memoria porque cuando tenía cuatro años, había estado allí con mi familia. No podía recordar nada, pero sospecho que todo lo que ve una persona a lo largo de su vida permanece grabado en la memoria hasta que un día regresa a la luz.

Avelino vivía en una urbanización en las afueras, rodeada de “verdura”, como denominaba él a las zonas verdes. Yo esperaba encontrarme con un apartamento amueblado al estilo de su casa de España, pero no, allí era todo sencillez: los muebles imprescindibles, las paredes salpicadas de algún detalle, alguna litografía, algún cuadro pequeño, cortinas claras que permitían pasar la luz, nada que ver con su otra casa. Pensé que allí no tenía que impresionar a nadie.

El día de la llegada, nada más dejar las maletas en el apartamento, nos fuimos a comer al centro de la ciudad y, después, hicimos el primer viaje a la cercana Vevey, el lugar en el que viví durante mi tiempo de emigrante. Llegamos a la plaza del mercado, frente al lago Lemán, de uno de cuyos laterales salía una pequeña calle en la que hay un edificio de casas con balcones y en los bajos una carnicería: *Carnicería Pfeiffer*. Allí había trabajado mi padre y en la última planta del edificio vivíamos. Todo me resultó familiar. Mi amigo me miraba y sonreía pues sabía que un torrente de emociones habían sacudido mi cuerpo durante la visita: las calles de Vevey, la

plaza del mercado, el parque frente al lago donde nos sacaba mi madre a pasear. No sabía bien si recordaba o me habían narrado tantas veces aquella historia que ya formaba parte de mi propio recuerdo.

Durante esas vacaciones el día comenzaba pronto. A las siete de la mañana sonaba el despertador en el austero salón de aquella austera casa, donde Avelino se había preparado su dormitorio para dejarnos el suyo a nosotros, sus invitados. Se ponía en marcha. Después de acicalarse, preparaba zumo de naranja, café y tostadas, y tras el desayuno marchábamos al centro, donde ya hervía la ciudad, con los comercios abiertos y la gente en la calle. Pero a las ocho de la tarde de aquel agosto, la misma ciudad era un páramo. Un domingo nos disponíamos a regresar a casa; comenté a mi amigo que no era posible que a las ocho de la tarde no hubiese algo abierto; me dijo que sí, los centros regionales españoles. “Pues vamos”, dije. Fuimos al Centro Asturiano. Aquello era España: varias salas llenas, conversaciones en voz alta, gritos en las tertulias de las mesas, televisiones con el volumen a tope, baile...

Los españoles habían recreado en Suiza su entorno patrio: sus bares, sus centros regionales, donde se reunían los días de fiesta, y rara vez iban a otros lugares. Así conservaban el apego a la tierra pero, al mismo tiempo, era el medio más directo para no integrarse en aquella sociedad. Durante mi estancia conocí a personas que, después de cuarenta años en el país, no conocían el idioma.

Con Avelino de guía conocimos Suiza. Un día propusimos ir a Berna pero nos dijo que no le gustaba aquella ciudad y fuimos solos en tren. A raíz de ese viaje percibimos que nos estábamos haciendo pesados y decidimos darlo por concluido. Él no insistió ni pidió explicaciones por el cambio en la fecha de partida.

Después del regreso volvimos a vernos, pero las cosas nunca volvieron a ser como antes. Algún tiempo después nos trasladamos a vivir a otro lugar y la amistad se enfrió. Cuando estaba en España nos veíamos cada vez menos y de compromiso, hasta que dejamos de acudir a esa cita anual. Todo se precipitó cuando él encontró un nuevo amigo, por el que abandonó a todos sus conocidos.

Cuando visitaba a Vargas me ponía al día de sus andanzas.

**Vargas. Restaurador**

Desde que Avelino aterrizó en el pueblo, mi restaurante fue su casa; aquí desayunaba y comía casi todos los días, salvo el fin de semana que le gustaba explorar otros territorios en las terrazas del pueblo donde preparaban *costilletas* de cordero a la brasa, su delirio. Las cenas las hacía en casa. Y desde que llegó se convirtió en la sombra del señor Carlos; con él se pasaba las mañanas, desayunaba, se tomaba unos vinos en la hora del almuerzo, en las que nos hartábamos de huevos fritos con patatas a lo pobre o boquerones o sardinas al limón, mi especialidad. Y después comían. Aquí se dejaba buenos cuartos. Durante su estancia era mi cliente estrella.

Pero no solo por eso lo apreciaba: era buena gente, un tipo solitario que necesitaba compañía. Vivíamos en la misma calle y ante cualquier problema siempre recurría a mi mujer o a mí. Yo tenía la esperanza, debo reconocerlo, de que le dejase a mi hijo la pequeña fortuna que amasó durante su vida de emigrante.

Después se hizo muy amigo del hijo de Carlos y noté que a los demás nos daba de lado. Prefería su compañía a la nuestra porque era un matrimonio más joven y estaban más en sintonía con las personas con las que estaba acostumbrado a tratar. Hasta los invitó a su casa de Suiza... Después perdieron la amistad y yo me alegré porque volví a ser el centro de su atención. Pero por poco tiempo.

Contribuyó al desapego de ambos, y después, otra vez, de mí, el haber conocido a un tipejo del barrio, al que todos teníamos bien catalogado por ser un abejorro que pululaba de flor en flor buscando dónde dar el picotazo. Era un bala perdida, sin oficio ni beneficio, que pregonaba a quien quisiera escuchar que se dedicaba a las relaciones públicas, epígrafe en el que se suelen encuadrar en este país muchos de los que viven de esquilmar a incautos.

Teodoro, que así se llamaba el tipejo, sabía, porque lo sabía todo el mundo en el barrio, que Avelino tenía propiedades en España y en Suiza, dinero en los bancos, una cartera de acciones importante, en definitiva, era un bocado apetecible para alguien con pocos escrúpulos e intentó ganarse su amistad: le regalaba el oído, lo invitaba a café o a una cerveza, sabiendo que el suizo no dejaba pagar a nadie; más adelante lo invitó a comer y a visitar a una tía en la sierra y a probar en Cantimpalo el chorizo de Cantimpalo...

Cuando consideró que la fruta estaba madura, lo llevó a ver unos terrenos que se iban a revalorizar en poco tiempo cuando el ayuntamiento los

recalificara, según el soplo de gente importante. Se puso de acuerdo con el vendedor –alguien de su gremio– y le pidieron una suma tres o cuatro veces superior a su valor. Hasta concertaron una cita con el alcalde del pueblo, que solo debía decir que existía el proyecto de vender todos los terrenos, una vez recalificados, a una gran empresa que se disponía a construir en ellos un centro de vacaciones a tiro de piedra de la capital: el paraíso.

Compró una parcela por el precio que pidieron y escrituraron por cuatro veces menos su valor. En un talón consignó la cantidad oficial y el resto en dinero negro –B en la jerga–, algo que jamás se le habría ocurrido en Suiza, pero a lo que pronto se acostumbró en España.

Pasó el tiempo y la recalificación de los terrenos seguía en suspenso. Cuando iban a ver al alcalde, siempre acudía a la misma excusa.

—Todavía no se ha podido hacer nada por culpa de estos ecologistas que quieren que vivamos en la prehistoria y no hacen más que poner pegas.

Y él se conformaba hasta el año siguiente que volverían a preguntar. Nosotros, sus amigos de verdad, le advertimos muchas veces de que no se fiara del sujeto. “No es posible, el señor Teo es buena persona...” nos decía y achacaba nuestras advertencias a la tradicional envidia y mala baba del español.

Dejó de venir por mi restaurante porque el tipo se lo llevaba a otros sitios e intentó enemistarnos levantando falsos testimonios sobre sus amigos de siempre.

El siguiente paso del nuevo amigo fue hacerse con las llaves del local del que se quería desprender, y cuya venta encargó, primero a Carlos y después a su hijo. Una mañana quitaron el cartel con el número de teléfono de contacto y cambiaron la cerradura. No se atrevió a llamarlos para que devolvieran la llave. Después, pusieron un nuevo cartel con el teléfono del nuevo intermediario.

Teodoro –Teodorín lo llamábamos en el barrio– lo presentó a directores de bancos que le ofrecían medio punto más por sus ahorros, planes de pensiones, acciones de sociedades que iban a pegar un subidón espectacular, con el fin de obtener una buena comisión. Avelino se dejaba llevar y Teodoro empezó a nadar en la abundancia efímera en la que suelen nadar los manirroto.

Aunque Avelino era un tipo desconfiado, también lo convenció para que reformase el local comercial y le permitiera abrir en él una oficina desde la que dirigir sus teóricos múltiples negocios. Argumentó que un local abierto, en

funcionamiento, tenía mejor venta que en bruto y cerrado. Quedó encantado con la idea y le encargó que buscara presupuestos para la obra y que dirigiera él mismo las operaciones. De los tres presupuestos que presentó, escogió el más barato, pues ofrecía calidades similares aunque el plazo de ejecución era más largo. Los tres presupuestos eran de la empresa de construcción del cuñado de Teodorín. Para iniciar la obra tenía que desembolsar el cincuenta por ciento del presupuesto y el resto al concluir. Cuando finalizó se habían excedido en lo presupuestado, algo que le sentó muy mal y pagó de muy mala gana.

La verdadera intención del embaucador —lo sé porque era un bocazas que iba contando sus planes a otros bocazas— era alquilarlo a una empresa, hacerla pasar como si fuese suya y quedarse con el importe del alquiler. Advertimos a Avelino sobre las intenciones de su nuevo amigo y, una vez finiquitada la obra, por fin, le dijo que se olvidase de instalar las supuestas oficinas en su local.

Fueron muchas las voces que le llegaron de todas partes, previniéndole. Un día, Avelino, que ya andaba con la mosca detrás de la oreja desde que unos ladrones desvalijaran su casa, le mandó recado para que viniese a mi restaurante, donde se sentía protegido. En la misma barra le soltó que lo había engañado y enumeró sus múltiples engaños y exigió que le devolviera las llaves del local. Teodoro se resistió, negándolo todo y jurándole por sus hijos que nunca le había engañado.

—La gente es muy mentirosa y me tienen envidia —sentenció.

—¿Envidia a ti, de qué te van a tener envidia, de que te hayan echado de casa porque no pagas nunca el alquiler o de que te echen del trabajo por robar? —dijo Avelino temblándole todo el cuerpo, consciente ahora de que estaba ante un tipo peligroso.

Al escuchar estas palabras en boca de su presa, se puso a gritar como loco, poniendo sus manazas sobre los hombros del pobre hombre y zarandeándolo. Avelino se puso lívido y salió de la barra para socorrerle en caso necesario.

—Eso es mentira, dime quién ha sido el hijo de puta que te ha contado esa sarta de mentiras. Me echaron del trabajo porque estos hijos de puta socialistas echaron a todos los que no eran de su cuerda...

—A mí todo me da igual, no me importa su vida —replicó cambiando del tuteo al usted— pero deme las llaves o llamo ahora mismo a la guardia civil. No tengo nada más que hablar con usted.

Avelino abrió la mano para que depositara las llaves. Se las entregó y ahí acabó la amistad con ese sujeto del que era preferible estar cuanto más lejos mejor.

Después de ese episodio, perdidas las antiguas amistades por su tozudez, por no saber apreciar que estaba tratando con personas íntegras de las que la perfidia de aquel sujeto lo había separado, volvió a mí y ya receló de cualquier extraño que se le acercase. Se volvió una persona aún más encerrada en sí misma de lo que había sido hasta entonces, pasaba los días en su casa y solo bajaba al restaurante a comer a mediodía y algún día que preparábamos un almuerzo especial y lo llamaba expresamente. Después, cada vez vino menos desde Suiza y solo en verano, nunca más de quince días, cuando hubo años en los que pasaba aquí casi dos meses. Llegué a pensar que llegaría un día en el que se desharía de todo y no volvería.

Muchas veces se arrepintió de no haber hecho caso de los que siempre estuvimos a su lado y, aunque recordaba mucho a Carlos y a su hijo, jamás dio el paso de llamarles y buscar de nuevo su amistad. El orgullo era otra de sus señas de identidad.

## **Epílogo**

Pasó el tiempo. Murió Carlos y Avelino no fue al entierro. Aunque en esa época estaba en España y supo de su fallecimiento, no llamó para hablar con la familia. La distancia y el proceso de absorción mental que había sufrido por parte de aquel tipo habían enterrado la amistad con cualquier persona que tuviera que ver con su pasado. Tras morir su cuñado, pasado un tiempo, su hermana regresó a Asturias en contra de la voluntad del hermano. En sus esporádicos viajes a España, solo le quedaba Vargas, que era la persona que tenía más a mano. Después de un tiempo en el que a punto estuvo de vender todo y quedarse para siempre en Suiza, cambió de idea y decidió pasar largas temporadas en España. La salud de hierro de otros tiempos se tornó quebradiza, pero jamás consintió contratar a alguien que lo cuidase.

Cuando no podía bajar al restaurante, Vargas le llevaba la comida a casa.

Algún tiempo después, el hijo de Carlos visitó a su amigo Vargas y le preguntó por Avelino, el suizo, el emigrante, el hombre que desde que emigró ya no pertenecía a ningún sitio. Contestó que había muerto recientemente.

—Llevaba mucho tiempo inválido, desde que tuvo un extraño accidente en casa y se rompió la cadera. Nunca llegó a recuperarse del todo. Y el verano pasado murió. Tuvo una muerte tan trágica como su vida solitaria —dijo Vargas pensativo, quizás pensando en su propia vida.

Vargas sacó un pañuelo del bolsillo, se limpió los ojos vidriosos y continuó:

—Después de dos días sin bajar por el bar y sin que nadie lo viese por el barrio, avisamos a la policía que entró en su casa y lo encontraron muerto en el salón; había tenido un desvanecimiento, cayó al suelo y se golpeó la cabeza con una enorme figura de mármol que tenía en el salón.

El hijo de Carlos sintió su muerte porque le tuvo todo el aprecio que se puede tener hacia los pobres hombres solitarios. Lo imaginó en sus últimas horas, tendido sobre el suelo del salón clásico en que había convertido aquella casa que deseó fuese su hogar.

—Yo tengo la mosca detrás de la oreja, aunque la policía —concluyó Vargas— no encontró signo alguno de violencia en su cuerpo. Él, como si previera que algo le podía suceder, en un estante del mueble bar, a la vista de todos, dejó una carpeta azul con todos sus papeles, libretas de banco, escrituras de inmuebles, suscripciones de acciones y, con letras grandes escritas por una mano temblorosa, la siguiente leyenda:

PARA MI *ERMANA*.



## *Son de Cuba*

El asfalto de la avenida escupe fuego en el verano y aquel se presentó de sopetón, sin avisar. Era sábado. Yo había dejado el coche lejos y tuve que andar un buen trecho hasta el bar recién inaugurado. Llegué acalorado. En su interior me detuve un instante contemplando la llamativa decoración, el poema dedicado por sus amigos al propietario, la foto gigante de la diosa Marilyn presidiendo la sala, derramando sobre sus labios y su vestido blanco un hilillo de la penúltima cerveza, mientras el galán que la acompañaba la miraba con deleite.

En la barra del bar también terminaban las últimas cervezas un par de conocidos que dedican su vida a trabajar para llegar a ser los más ricos del cementerio. Di los buenos días, los saludé y crucé unas palabras con ellos sin reparar en que, detrás de la barra, la camarera esperaba que contestase a su pregunta.

—El caballero, ¿qué va a tomar? —repitió.

Volví la vista hacia donde sonaban aquellas palabras y vi sus ojos, tan azules (¿o eran verdes?) como imagino las aguas del Caribe, que iluminaban un rostro de ángel enmarcado por un cabello negro azabache. Se me nubló la vista, se me olvidó el calor, las ansias de saciar la sed, los conocidos y su conversación, y solo acerté a decir:

—¡Dios, qué ojos...!

En ese instante pensé, no, creo que lo manifesté en voz alta, que si Dios existía tendría ese rostro luminoso de mujer.

¿Por qué Dios no podría ser una mujer?

Ella me dijo gracias sonriendo y sin darle la menor importancia y me volvió a preguntar si, por fin, le diría qué iba a tomar.

—Una cerveza... —dije resoplando.

Cuando se dirigió hacia el grifo con la copa fría nos miraba sonriendo; estaba acostumbrada a que no le quitasen los ojos de encima, necesitados como estamos todos de que alguien nos sonría, aunque en este caso la sonrisa era la de una sirena inalcanzable y desde el otro lado de las olas del mar.

—No te vayas a enamorar... —dijo uno de mis conocidos, confundiendo admiración con amor.

—¿No ves que podría ser mi hija? —respondí.

Ahora era yo el que confundía. ¿Por qué no se puede enamorar un tipo

cincuentón de una mujer de veintitantos años?

—Sí, pero le ha gustado lo que has dicho... —apuntó mi amigo.

No hice caso a sus palabras y le pregunté a ella por su nombre y su país.

—Idania. Soy cubana —me respondió cruzando sus brazos frente a mí al otro lado de la barra.

En la sonrisa sin límites de su rostro tenía dibujada la alegría y no dejaba de maravillarme su desparpajo hasta que, en un intento vano de que la bajase de los altares, me confesó que el color verdadero de sus ojos era el negro y que el azul que lucían ese día era pura coquetería.

Mis conocidos metieron baza en la conversación afirmando con rotundidad que aquí se vive mejor que en Cuba y le pidieron que confirmase su aseveración:

—Si vivir mejor es que millones de personas estén en el paro, que los que trabajan cada vez tengan menos sueldo y menos derechos, que desahucien a tantas familias de sus casas, incluso que algunos estén pasando hambre, pues no, no se vive mejor aquí... —dijo tajante, la voz clara y firme.

—¿Me vas a decir que una dictadura es mejor que esto? —inquirió uno de ellos.

—Es una dictadura porque no hay partidos como aquí, pero allí todos tienen garantizados la educación, la sanidad, el trabajo, la vivienda y la comida. Somos pobres pero repartimos equitativamente la pobreza.

—¿Por qué viniste aquí entonces? —preguntaron a coro.

—Porque nos vendieron que esto era el paraíso, pero es lo más parecido al infierno; es el paraíso del egoísmo con mayúsculas —remachó.

—Joder con la niña... —apostilló uno de ellos después de dar un largo trago a su cerveza.

Mi conocido era de los que pensaba que una mujer guapa era incapaz de expresarse con tanta contundencia o, simplemente, ser inteligente.

Con el tiempo nos hicimos amigos y me contaba secuencias de su infancia feliz en Cuba, interrumpida cuando se trasladó a España, de la familia que seguía en la isla, de su vida aquí, de su aspiración de dejar de ser camarera porque hablaba varios idiomas y quería trabajar en la recepción de un hotel, para lo que se había formado a sabiendas de que podría ser una buena profesional por su don de gentes. El trabajo en la recepción de un hotel ella lo consideraba algo de categoría.

Después de aquel primer día escribí en el diario: “Cada mañana, el café

y el aroma que desprende me produce el efecto de un chute de alegría y de energía para toda la jornada, y sin más pretensión que el disfrute desinteresado de la belleza...”

Y surgió un poema, palabras que me sugerían Idania y Cuba, mis amigos, su alegría por la vida, su optimismo, sus ganas de vivir y su compromiso sin estridencias en la lucha diaria por la existencia.

Ellos,  
los que no quieren ver,  
dicen que es la isla del infierno,  
pero yo he visto que la habitan  
ángeles de ojos negros  
profundos como el mar,  
sonrisa clara y voz cantarina.  
El infinito, la paz y la alegría,  
el pan compartido,  
y el agua...

Al poco tiempo, Idania se fue de aquel bar porque quería buscar alguno mejor en el que viese recompensada, como merecía, su dedicación y profesionalidad y dejé de verla a diario. Ahora, de vez en cuando la veo navegando por las redes y sigo percibiendo en la distancia su innato optimismo.





## *Tertulia de dinosaurios*

Cada mañana aterrizaba en el bar para tomar su descafeinado de sobre con leche y una tostada de aceite, desayuno que pedía con una voz aflautada desde la mesa situada al lado de la puerta, “por si hay que salir corriendo”, repetía como una cantinela, aunque él poco podía correr pues andaba arrastrando los pies y apoyándose en dos bastones cuyas empuñaduras eran sendas cabezas de águilas bicéfalas talladas en madera. Su mesa se convertía en centro de una tertulia de dinosaurios que comentaban lo que habían debatido previamente los tertulianos de la *COPE*: lo mal que lo hacía la izquierda, hiciese lo que hiciese o dejase de hacer. Cuando cesaban de retroalimentar los principios fundamentales de su movimiento, preguntaban a la camarera por el periódico.

—Niña, ¿dónde está el periódico? —preguntaba Dámaso, autoproclamado líder de la tertulia por ser el de más edad.

—Lo tendrá un cliente —contestaba ella siempre con desgana.

—Pero, ¿hay alguien que pueda leer esa basura?

—Sí, usted entre otros —respondía ella con ironía no exenta de hartazgo.

Cada mañana, la misma monserga: regañaba a la dueña del bar por comprar *El País* en vez de *La Razón*, *ABC* o *El Mundo* aunque ya no le hacía caso porque lo conocía de antiguo y sabía que el riego no llegaba como debía a la cabeza; también, porque un cliente era un cliente y no quería que la caja se resintiese. Al final, siempre, buscaba el periódico y se lo llevaba a la mesa.

—Ande, tenga su periódico favorito, viejo gruñón...

—¿Tú no sabes que *El País* no cuenta nada más que patrañas? —le preguntaba a la chica, tomándola del brazo y atrayéndola hacia sí, y los demás aprobaban las palabras del jefe, como buenos exmilitares franquistas que tenían asumido aquello de la obediencia debida o el respeto al escalafón.

El líder leía los titulares, enfatizando cada palabra que merecía su atención y sin detenerse a leer el cuerpo de la noticia; quien podía alzar la voz la comentaba en voz alta para que se enterasen los parroquianos: “Nosotros no tenemos miedo a expresar libremente nuestras opiniones porque nadie nos va a callar”, avisaba otro con voz cavernosa pretendiendo ser el centro de atención de la sala. Los ajenos a la reunión seguían a sus asuntos salvo cuando la excentricidad o el exabrupto eran de dimensiones descomunales; entonces

giraban ligeramente la cabeza y miraban con desánimo o tristeza.

Una vez finalizado el repaso a las noticias del periódico daban por terminada la tertulia de la mañana.

Dámaso marchaba a su casa a seguir escuchando la *COPE* (según decía él: “Hay que estar informado”), hasta que llegase la hora de comer, que volvería al bar a sentarse en la misma mesa, a tomar sus dos platos con postre y café, y a repasar una vez más el periódico durante la sobremesa. Ahora, cada noticia, la rumiaría en silencio, haciendo comentarios sobre el papel, con la letra firme del convencido, dejando después en el mostrador el periódico con sus opiniones anotadas para los siguientes lectores. En cierta ocasión la camarera le reconvino porque, sobre una noticia acerca de la memoria histórica, había escrito en negras y gruesas letras de rotulador: “En lo que único que se equivocó Franco fue en no exterminar a todos los rojos”. A él la amonestación y la advertencia de que no le dejaría nunca más el periódico si seguía escribiendo semejantes barbaridades, le dio igual.

Cuando se marchaba, su despedida era siempre la misma monserga.

—¿Por qué compráis *El País*?

—Para que usted pueda criticarlo —le volverá a decir desde la barra la camarera, en el mismo tono de quien habla a un armario.

Llevaba tiempo sin aparecer por el bar y los parroquianos éramos conscientes del hecho porque el periódico estaba immaculado. Pregunté por él, por curiosidad, y me dijeron que lo habían encontrado muerto hacía unos días en su casa, en la que vivía abandonado por el mundo. No me extrañó. ¿Quién podría convivir con un dinosaurio? Pero no había muerto; las malas lenguas —o el deseo— del barrio lo habían matado.

Al cabo de un tiempo lo volví a ver en el bar, con un hombre joven y en una silla de ruedas, sin apenas poder respirar, recibiendo del joven la comida, con un hilo de voz apenas audible...

Y al poco tiempo desapareció para siempre: en el bar pusieron una esquela anunciando su muerte y la hora y el lugar de una misa que iban a celebrar en su memoria.

—No sé para qué le dicen una misa, si ese tipo de gente tiene reservada plaza en el cielo y no pasa por el purgatorio, por lo que no hace falta que se rece por ellos —dijo un parroquiano y dio un largo trago al tercio de cerveza después de levantarlo en el aire y de desear a todos salud.





## *Humo en el agua*

El mes de julio yo sustituía al vendedor de pisos en la oficina de Parla, y fue en el jukebox del Bar Getafe de aquel pueblo donde descubrí a Deep Purple; antes de pedir la bebida, o el café, echaba una moneda para que los parroquianos me abroncaran por poner a aquellos melenudos extranjeros que hacían tanto ruido. Además de algún que otro libro, del bloc de notas y de las cuartillas con mis poemas, llevaba un transistor para escuchar un programa que había descubierto recientemente y que era un manual de la buena música: *Vuelo 605*, de Ángel Álvarez, que se emitía en Radio Madrid. Yo lo seguía cada día y con sus recomendaciones llenaba de estrellas mi universo musical. Cuando peor soportaba ese recóndito lugar del mundo era durante los fines de semana porque tenía que salir de trabajar a las ocho de la tarde y mientras volvía a Getafe eran las nueve y ya no quedaba tiempo para nada.

El fin de semana anterior, mi amigo Jesús y yo habíamos conocido a unas chicas del barrio, Gloria y Susana; él eligió a la más guapa, Gloria, la morena, y yo a Susana, porque a él no le gustaban las rubias. A mí no me importó porque la rubia estaba buena. El domingo siguiente les propusimos que se viniesen con nosotros a Parla pensando que podríamos hacer un guateque los cuatro sin que nadie nos molestara porque los domingos por la tarde nadie iba a comprar un piso, exceptuando a las parejas que acudían a por las llaves del que tenían reservado para tomar medidas y poder encargarse de las cortinas. Nuestras nuevas amigas accedieron.

Antes de subir a la oficina, pasamos por el bar y les puse *Smoke on the water* a todo trapo. Me echó la bronca el camarero porque era la hora de la siesta y se podían molestar los vecinos, y ellas también porque no les gustaba esa música. Me hicieron parar la máquina, echar otra moneda y poner a Camilo Sesto. “Mal empezamos, me dije. A mí, que soy de Beatles, Deep Purple, Who, Stones, me vienen ahora estas mocosas con Camilo Sesto”. Como solo íbamos a tomar un refresco para aliviar los efectos del calor después del tortuoso viaje hasta el extrarradio del extrarradio, accedí, aunque no puse buena cara.

—¿Es que no te gustan los cantantes españoles? —me preguntaron.

—Sí, pero otros: Noel Soto, Miguel Ríos, Módulos, Pop Tops.

—¿Y esos quiénes son?

—Escuchad —respondí con aire de superioridad.

Cuando terminó Camilo les puse *Noche de samba en Puerto España*, de Noel Soto, y les gustó (“bueno, sí, no está mal”, dijeron), pero seguían prefiriendo a su Camilo porque era más guapo. En cuestión de músicas no nos íbamos a poner de acuerdo.

Subimos a la oficina-piso piloto y la rubia me preguntó:

—¿Aquí trabajas?

—Sí —respondí.

—¡Joder, qué suerte! —exclamó—. Lo mismo va a ser trabajar aquí que en la fábrica de congelados donde trabajo yo, que me salen sabañones hasta en las tetas —ahora fui yo quien dijo joder, bueno, lo pensé: ¡Joder qué tía más basta! Solo le respondí:

—Pues haber estudiado.

—¿Y tú que has estudiado si puede saberse?

—Pues el Graduado Escolar... —dije ufano.

—Nos ha fastidiado... —me interrumpió y concluyó—: Si no me hubiese sacado mi padre de la escuela con doce años para que me fuera a trabajar, habría estudiado porque no se me daba mal.

Me dio pena pero, entre la disparidad de nuestros gustos musicales y su boquita, se me iban quitando las ganas de establecer relaciones de cualquier tipo con ella.

Susanita tenía los labios carnosos y los ojos de un color indefinido, entre la miel clara y el marrón de las castañas, una naricilla respingona que se erigía como el epicentro de un conjunto agradable. Y no usaba los pantalones de campana, entonces de moda, no; como era una rompedora no solo decía más tacos que cualquiera sino que llevaba los pantalones ceñidos, con lo que su cuerpo menudo y redondo era, si cabe, aún más perturbador para un jovenzuelo hambriento. Le pregunté por su voz de faringitis crónica y me contestó que no era consecuencia del coñac o del tabaco, sino de una antigua afección, mal curada, en las cuerdas vocales. Cuando tarareaba las canciones de Camilo, algo que hacía entrelazando sus brazos con los de su amiga Gloria, como si estuviesen en un concierto, se parecía a Donna Hightower, versión rubia, basta y en español.

Gloria tenía unas facciones suaves pero contundentes, media melenita de pelo rizado y ojos azules, y hablaba lo imprescindible, a diferencia de Susana que, cuando se embalaba, hacía una parada para buscar la complicidad de la amiga.

—¿A que sí, Gloria?

—Sí, Susi —contestaba con desgana la amiga, como si fuese un latiguillo habitual. Y la otra seguía su perorata.

Susi me parecía una horterada de nombre y casi desde el principio decidí que no le propondría relaciones, decisión que se iba reafirmando cuando conocí sus gustos musicales y su vocabulario. Pasaríamos esa tarde escuchando música, luego nos iríamos al cine y adiós. Si Jesús quería buscar guerra yo no sería su aliado, lo tenía decidido.

Transcurrió la tarde lentamente; de vez en cuando bailábamos con la música de la radio que alternaba lo rápido con lo lento y no había elección, eso sí, preferíamos las canciones lentas, en las que nosotros tratábamos de arrimarnos lo más posible y ellas intentaban formar con sus antebrazos una casta muralla que se derribaba cada vez que nuestras manos abandonaban sus posiciones en la cintura para explorar territorios más apetitosos al sur. El forcejeo acababa cuando ellas se aburrían o cuando el locutor del domingo por la tarde —nada que ver con Ángel Álvarez que solo trabajaba entre semana— lanzaba sus proclamas publicitarias que a nadie, en aquellas circunstancias, interesaban.

En las pausas sin música, nos sentábamos en el sofá de las visitas y sacábamos un cigarrillo rubio de un paquete que compartíamos los fines de semana mi amigo y yo para ofrecer en las discotecas a las chicas. Nosotros, a escondidas, encendíamos el cigarrillo negro —Sombra— que era más barato. En aquella época yo todavía no fumaba habitualmente por lo que tragarme el humo me suponía mareo, palidez de cara, incluso arcadas, pero insistí hasta que la costumbre se hizo adicción.

Según avanzaba la tarde, mi amigo, aprovechando que ellas fueron al servicio, me dijo que iban a dar un paseo y que nos dejaban solos, y que después nos fuésemos nosotros. Jesús y Gloria nos preguntaron de qué sabor queríamos el helado. Ella de chocolate, yo de vainilla.

Antes de que hubiera dado tiempo a que salieran por el portal de la calle llamaron al timbre de la oficina. Fui a abrir y era una pareja que quería información sobre los pisos. Pasaron y les indiqué características y precios; les pareció bien, se lo enseñé y me sometieron al preceptivo interrogatorio, al que respondí sin ningún interés.

—¿El piso es igual que este?

—Exactamente igual, pero sin muebles.

—¿No podríamos ver el que queremos comprar?

—No, está en obras y no se puede subir —sí se podía, pero yo tenía

mucha prisa antes de que volvieran los del helado.

—¿Y no hay posibilidad de una rebaja en el precio?

—Si paga al contado, sí; si es a plazos, no —dije escuetamente.

Y finalizaron.

—¿Y qué tal se vive en Parla, chaval?

—Pues no lo sé porque yo vivo en Getafe.

—Pues no te he visto nunca por allí...

—Yo tampoco a usted —dije sin ganas de seguir la conversación.

—Bueno, ya nos veremos, pero no se te ocurra ir por el club de la calle Canario, ya sabes dónde te digo.

—¿Y tú por qué conoces ese sitio? —intervino en la conversación la novia frunciendo el ceño y enarcando las cejas.

—Porque lo he visto por fuera, mal pensada.

—¿Mal pensada? Ya hablaremos tú y yo más despacito.

Finalmente, después de volver a ver cada pieza, reservaron un piso, y enseguida apareció la otra pareja con los helados.

Cuando los clientes terminaron de dar los datos para formalizar la reserva y se fueron, nos sentamos los cuatro en el sofá de cuatro plazas que hacía la función, en aquel salón del piso piloto, de sala de espera, cada uno al lado de su pareja, degustando el helado que estaba ya casi derritiéndose.

—¿Está rico el tuyo? —me preguntó Susi.

—Sí.

—¿Y el tuyo?

—También.

—¿Me dejas probarlo?

—Toma.

—Coño, pues no está tan bueno, sabe a leche de cabra, joder —dijo aquella voz de cazallera, reprochándome que supiera a leche de cabra.

—Claro, porque es de vainilla —contesté yo—. A ver el tuyo.

—Espera —se metió su helado casi entero en la boca haciendo una circunferencia con los labios, y su amiga le dijo:

—Susi, que te vas a atragantar.

A Susi le dio un golpe de risa y una parte de lo que expulsó por su boquita roja, fue a parar a mis pantalones de campana color beige claro.

—¡Joder!, mira cómo me has puesto —exclamé al mismo tiempo que desaparecía de mi pensamiento cualquier atisbo de romanticismo e incluso de deseo.

—Eso no es na' —aseguró ella—. Espera que con agua se quita.

Terminó con su helado de chocolate de dos lametones de vaca, humedeció el pico de una toalla y me hizo meter mi mano por dentro para poner franca la zona de la mancha, en la misma bragueta, y restregó hasta convertir lo que era una simple mancha en un lamparón que no perdió el color del chocolate.

En el gesto de mi cara y en mi silencio vio que estaba muy cabreado y así estuve el resto de la tarde. El trayecto de vuelta en el autobús transcurrió como si fuésemos desconocidos y al llegar a nuestro destino me dijo, suavizando algo su voz negra.

—Perdona Antonio, ha sido sin querer.

—No te preocupes —le respondí y añadí que así no podía ir al cine.

—¿Quién te va a ver a oscuras en el cine? Anda, ven... no te arrepentirás —insistió tomándome del brazo y haciéndome una caricia con su mano de pescadera en la cara.

Respondí con un no tajante y me despedí de ellas hasta nunca.

Al llegar a casa toqué al timbre, abrió la puerta mi madre y me preguntó de sopetón, con un enfado que no entendí.

—¿Con quién has estado, qué has hecho?

—Con mi amigo Jesús, en Parla —respondí extrañado ante tal enfado.

—¿Y con una mujer, no seas mentiroso! —exclamó subiendo varios grados el nivel de su enfado.

—Bueno sí, hemos estado con dos chicas, pero, ¿por qué te pones así?

—¿Que por qué me pongo así? ¡Antonio! —llamó a mi padre que acudió rápido al lugar de la escena, preocupado—. ¡Mira tu hijo como viene!

—¿Qué le pasa? —preguntó despistado, haciendo una gesto con la boca y enarcando las cejas.

—¿Es que no ves la mancha que trae el niño en el pantalón? ¡Ha estado con una mujer! ¿No lo ves, hombre? —y señaló con su mano mi mancha.

—¿Y qué? El problema sería que hubiera estado con un hombre —sentenció y abandonó la conversación con una media sonrisa entre sus labios que a mí me tranquilizó.

—¿Lo dices por esta mancha? —intervine yo, sonriendo y señalándome el lugar.

—Sí, a mí no me engañas —respondió ella nerviosa como si un terremoto se hubiese desencadenado en tu interior.

—Mamá, ¿sabes de qué es esta mancha? De chocolate, mujer... —y le

conté lo que había pasado aquella tarde en Parla para que dejara de pensar que aquella mancha eran los restos de cualquier batalla amorosa.



## *Hombre de negro*

*Nadie está tan alto que pueda permitirse juzgar a otro, ni nadie tan depravado que su alma inmortal no merezca respeto.*

Hermann Broch

Invierno. Un hombre camina despacio –aunque sería más preciso decir deambula– por los pasillos del mercado en el que trabajo, lleva un sombrero negro de ala ancha, gabardina negra hasta debajo de las rodillas y pantalones negros que dejan ver, a cada paso, unos calcetines negros; los zapatos negros, brillantes, cubren unos pies demasiado pequeños para un cuerpo tan grande. Se detiene ante el expositor de la carne y coge tres porciones de carne picada envasada al vacío. Cuando abandona el híper, miro por la ventana que da a la calle. Él se pierde en el horizonte.

Desde lejos, de espaldas, podrías pensar que estás en el Lejano Oeste y que Lee Van Cleef se aleja por la calle de cualquier inhóspito lugar en el que ha impartido su justicia dejando tras de sí un reguero de cadáveres. Pero él no tiene bigote y es un ser humano que mira a un espacio indeterminado entre el cielo y el suelo.

También podría representar la expresión mundana de la tristeza.

Supe de su existencia una mañana en *La Antigua* –una ortopedia de la localidad, regentada por un hombre calvo con un bigote que simulaba una fila de hormigas sobre los labios– cuando preguntaba por una silla de ruedas especial para su madre inválida. Varias personas esperábamos en un espacio muy reducido, rodeados de prótesis, sillas de ruedas, muletas y carteles anunciando tratamientos de salud. Sin pretenderlo, escuché la conversación que mantenía con el dependiente:

—Mire usted, la silla de la que me habla me puede servir; ahora bien, la única condición, al margen de cumplir con las características técnicas que he detallado antes, es que no proceda de ninguna empresa de Cataluña o del País Vasco. ¿Me entiende?

—Entiendo perfectamente —dijo el vendedor—. Puedo garantizar que en este establecimiento no entra un solo producto fabricado en esas regiones de España.

—A esa gente no les doy a ganar ni un euro, que coman nacionalismo.

—Si todos pensáramos como usted, caballero, se les quitarían las ganas

de armar tanto follón —sentenció el comerciante del bigotillo.

Abandoné la tienda sin preguntar por las plantillas para los pies que iba buscando para no seguir escuchando a aquellas dos sombras del pasado. Pero el rostro de aquel hombre se me quedó grabado, tanto por sus opiniones trasnochadas como por su aspecto. En aquella época iba vestido con prendas de vivos colores que formaban un conjunto armonioso, nada que ver con su cara avinagrada y su mente arcaica.

Tras la escena en la ortopedia lo vi varias veces en el hipermercado o paseando por el barrio en el que vivo, empujando la nueva silla de ruedas en la que, arropada con una manta, llevaba a su madre. En las tardes soleadas del invierno la recogía de la residencia de ancianos antes de que el sol se pusiera y la llevaba hasta la glorieta; daban la vuelta y se sentaban, aprovechando los últimos rayos de sol, en la terraza de un bar donde pedía café con leche y un trozo de bollo casero para ella. Él se lo daba con una cucharilla y de vez en cuando le acercaba la taza a los labios para que sorbiera un poco de café. Cuando terminaba, limpiaba con mimo sus labios agrietados.

Cada día repetía la operación a la misma hora. En presencia de la madre nunca hablaba; ella, cuando se sentaban en la terraza, emitía unos sonidos guturales más parecidos a aullidos que a lenguaje humano. Él la miraba sin mover un músculo de su cara de mármol, pulcramente afeitada y, de vez en cuando, acariciaba la parte exterior de su brazo o pasaba el reverso de la mano por su mejilla, pero no le hablaba. Cuando ella se cansaba volvía al silencio, la mirada fija en algún lugar del horizonte de la avenida.

Después de pagar volvían sobre sus pasos y hacían de nuevo el mismo recorrido: llegaban hasta la plaza y regresaban a la residencia, en cuyo patio él se volvía a sentar frente a ella en los sillones de mimbre destinados a las visitas. Se miraban un rato más en silencio, la besaba en la frente y la dejaba en manos de las cuidadoras hasta el día siguiente que volvería a repetir las mismas operaciones.

Solo en una ocasión les vi acompañados de una señora, que aparentaba algunos años menos que él y con la que cruzaba alguna frase cuando se sentaron en el bar. La madre, cuando les veía hablar, alargaba sus escuálidos brazos para golpear la mesa, al mismo tiempo que emitía aullidos, hasta que conseguía que callasen. Algún tiempo después supe que aquella señora era su hermana.

En el híper, aunque fuese para comprar un producto, recorría todas las

secciones, llamaba a los compañeros —exigía ser atendido por un hombre— y discutía cuando encontraba algo mal colocado o armaba un escándalo impropio si el producto estaba a punto de caducar.

Así eran sus días ante mis ojos, al menos desde que fui consciente de su presencia en el mundo por aquella conversación en la ortopedia.

Después de algún tiempo, un día lo vi venir de frente por la avenida, solo, y, haciendo abstracción de sus opiniones, decidí abordarle. Al llegar a mi altura le di las buenas tardes. Él se detuvo, sorprendido.

—¿Nos conocemos? —me preguntó echando la cabeza hacia atrás y abriendo de par en par los ojos, al mismo tiempo que sacaba de la chaqueta unas gafas y se las ajustaba.

—Le conozco de vista, de verle pasear por el barrio con su madre.

Hizo un gesto de extrañeza con los labios y no dijo nada.

—¿Qué tal está su madre? —pregunté tras unos segundos de pausa.

—¿Qué le importa a usted cómo esté mi madre —respondió agriamente.

Se quitó las gafas, las guardó y siguió su camino.

Poco tiempo después, en el bar donde merendaban, pregunté por aquella pareja y me dijeron que la madre había fallecido.

Tras un tiempo ausente reanudó en solitario la costumbre del paseo vespertino y volvió al mercado. Mantenía su costumbre de inspeccionar cada sección importunando a los compañeros, pero ahora su mirada delataba amargura. Era verano y había cambiado su vestimenta por otra más acorde con la nueva estación, aunque mantenía el negro en la cinta que rodeaba el sombrero color canela y en el pañuelo que sobresalía del bolsillo de la chaqueta, como señales del luto que vivía en su interior.

Con la llegada del invierno el hombre regresó al negro absoluto.

Un día lo vi en el centro comercial del barrio discutiendo a voces con un grupo de adolescentes que, al parecer, le habían increpado por su aspecto de vaquero justiciero o de Conde Drácula, que es como le había llamado una chica del grupo al pasar a su lado, según decía la gente cuando llegué al corro.

—¡Mirad, parece Drácula!

Él les recriminaba su mala educación, la falta de respeto hacia las personas mayores que achacaba a tanta democracia. Tenía asida por el brazo a la chica que había proferido el supuesto insulto y le pedía explicaciones. Quienes transitaban por el centro se fueron arremolinando alrededor, conminándole a que la soltara, hasta que un joven se abrió paso entre quienes

miraban, se acercó a él y le dio un manotazo en el pecho que le hizo trastabillarse y caer al suelo.

—Vístete como las personas y no nos llames terroristas, fanteche, así no se meterá nadie contigo —le dijo el joven al tiempo que pisoteaba sus gafas.

Todos callamos mientras el chico y las dos chicas se abrían paso entre los espectadores. El hombre, sentado en el suelo, el sombrero negro a los pies de los que hacíamos corro, miraba alrededor sin entender nada y se preguntaba cómo era posible que la gente reprobara su actitud y no la de la chica que lo había insultado. Yo, que presencié la escena, al verlo desvalido fui a socorrerle.

—¿Se encuentra usted bien? —le pregunté poniendo mi mano en su hombro.

Unos ojos extraviados que miraban hacia ningún sitio se toparon con los míos. Endureció el gesto y se deshizo de mi brazo con un movimiento abrupto de su hombro.

—Déjeme en paz —gritó.

Le tendí el sombrero. Con un manotazo lo arrancó de mi mano. Se levantó, recogió la armadura de sus gafas y los trozos de cristal más grandes y salió del centro para perderse entre la bruma del invierno.

Un día apareció por las oficinas del híper la señora que una tarde lo acompañaba. La reconocí en la sala de espera de mi oficina y la saludé. Le dije que era vecino del barrio y que alguna vez la había visto pasear junto a un hombre y una señora en una silla de ruedas. Ella me dijo que era por ese hombre, su hermano, por el que venía a preguntar.

—Sé que venía aquí a comprar y quería preguntarles, si han reparado en ello, cuánto tiempo hace que no lo ven y, si me autorizan, quería poner una foto por si alguien puede dar alguna pista sobre su paradero.

Hacía tres días que no venía. Sabía que eran tres porque armó un revuelo en el mercado. Consulté con el jefe y me dijo que no había ningún problema en que pusiera la foto y que, incluso, podíamos revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad para asegurarnos desde cuándo no aparecía por allí.

Las cámaras de vigilancia grabaron su recorrido por el centro desde que entró hasta que salió aquel treinta y uno de octubre, moviéndose de un lado para otro, cogiendo de los estantes productos cosméticos primero, bebidas después, más adelante algo de pastelería. En cada sección requirió

telefónicamente la presencia de un vendedor, siempre un vendedor, con el que discutía. Las cámaras lo muestran. Tuvo una última disputa con el pescadero, que se dio por vencido —se observa en el gesto despectivo de su mano— y siguió con su trabajo, lo que provocó que el hombre, al sentirse ignorado, perdiese los nervios y tirase al suelo una caja de sardinas. Poco después se le observa de rodillas, los brazos implorando al cielo. Comenzó a llorar y se tapó los ojos con las manos. A continuación el pescadero salió de su puesto, lo tomó de los hombros, lo abrazó y le ofreció un trozo del papel para que se secase las lágrimas. El hombre abandonó la sección de pescadería, pesaroso, mirando al suelo, tropezando con la gente, y salió por un lugar prohibido que llevaba donde están los grandes contenedores con los productos desechados. Ahí se le pierde la pista.

La hermana agradeció nuestro tiempo y nos dejó un par de carteles con una foto de gran tamaño del hermano. Ellos seguirían buscándolo, pero nos reprochó que no avisáramos para que se hiciese cargo de él al verle en un estado del que era fácil deducir que no era el de una persona normal.

—Señora, jamás quiso escuchar a nadie ni aceptar la mano que se le tendía —dije y ella pareció entender de qué hablaba. También nos dejó su número de teléfono por si alguien podía aportar algún dato más sobre su paradero.

A los pocos días, nuestro responsable de seguridad llamó por teléfono a la hermana para que acudiese a las oficinas. Se presentó de inmediato. La recibimos el responsable y yo mismo; fuimos a la sala de seguridad e introducimos en el reproductor la cinta de vídeo en la que estaba grabada la secuencia completa de su estancia en el centro y que, la primera vez, no visualizamos en su totalidad. Volvimos a ver el periplo hasta que llegaba a la pescadería y huía hasta donde estaban los contenedores. Después había una pausa en blanco en la grabación. Cuando se reanudó vimos llegar los camiones de la basura y al hombre meterse dentro de un contenedor que después las pinzas del camión levantaron para depositar su contenido en la caja trituradora.

Un aullido salió de la garganta de la hermana que no pudo resistir la escena y huyó despavorida de la sala.





## *La viuda*

A Virtudes se le murió el marido cuando empezaba a disfrutar de la pensión de jubilación. Él era una buena persona que no se llevaba mal con nadie porque cultivaba la virtud de la prudencia y esquivaba los conflictos, aunque siempre mantenía una actitud de distancia que de ninguna manera se podía confundir con desapego. En tres meses le diagnosticaron la enfermedad, intentaron paliar sus efectos sin conseguirlo; finalmente, padeció una trágica transformación de carácter como consecuencia de la invasión del cerebro por las células malignas y falleció.

Su viuda, al principio, pasaba las horas llorando; ni sola ni acompañada estaba a gusto; ni los hijos, ni los nietos, ni las hermanas, ni las vecinas podían consolarla. Deambulaba por sus días recordando el pasado, e iba de la felicidad de su boda al nacimiento de los hijos, de la alegría al terminar de pagar el chalé, a la ilusión con la que empezaron a construir la casa del pueblo. Incluso recordaba con ternura sus berrinches cada vez que los hijos se negaban a darle el capricho de ir a disfrutar de un día de campo con ellos a aquella casa, con lo que les había costado hacer tantas habitaciones para que cuando se casaran cada cual tuviese la suya. Tanto esfuerzo para que ella se hartara de limpiar cada vez que iban los dos solos algún fin de semana.

Virtudes solo pensaba en el pobre hombre que pasó la vida trabajando como mulo de carga para pagar letras de cambio, primero, y ahorrar después, sin disfrutar de una ración de bravas o de calamares para dejar a los hijos un remanente que les hiciera la vida algo más fácil. Tuvo un primer altercado serio con ellos estando el marido de cuerpo presente, en el hospital, cuando, avisada la empresa de pompas fúnebres, se presentó el comercial con el muestrario de cajas mortuorias y ellos se empeñaron en comprar la más barata: “Total, para que se la coman los gusanos...”, alegaron, a lo que ella se negó. Cuando comprobó por sí misma el egoísmo de sus vástagos, encargó la más cara.

Poco a poco todo volvió a una normalidad diferente. Los hijos, hartos de escuchar letanías y la evocación de hechos banales que, en boca de ella, parecían heroicidades, la visitaban de tarde en tarde. Intentaban convencerla de que la vida seguía, que debía recordar pero sin pasarse y le decían que si hubiese sido al revés, él se habría echado una novia.

—Pero en un hombre es normal —contrarrestaba ella el ataque de

aquellos seres que, decía, parecía que se les hubiese muerto un perro.

En cierta ocasión les preguntó de muy mal genio: “¿No querréis decir que me eche un novio?” El hijo pequeño, que tenía los sentimientos filiales menos asentados, dijo que no le vendría mal, a lo que ella respondió con un llanto desconsolado: “Pues no, ni hablar, no he conocido más hombre que a vuestro padre y así he de morir. Solo de pensarlo se me abren las carnes”.

Virtudes no había salido nunca de su llanura manchega, excepto un viaje a Benidorm un verano en el que decidieron ir a ver el mar, invitados por un cuñado. Fue un viaje relámpago porque a Pascasio le bajó tanto la tensión que tuvieron que pasar el primer día en el hospital y el segundo regresaron, y sin haber visto el mar. Pero ellos no contaban ese viaje entre sus salidas porque los malos tragos mejor olvidarlos para que no duelan tantas veces como se recuerden.

Las vecinas –“esas sí que han sido siempre mi familia”, decía–, la visitaban varias veces al día y la convencieron de que debía salir de su encierro e irse con ellas a tomar café, apuntarse a las actividades del Centro Cívico: ganchillo, punto de cruz o sevillanas; incluso alguna insinuó que juntas se iban a hacer algún viaje del IMSERSO, ese consolador solidario para la tercera edad, implantado en España para hacer más llevadero el discurrir de la vejez y las cuentas de resultados de las empresas hoteleras. Y, a regañadientes, aceptó. Le trajeron la instancia del Centro Cívico y solicitó varias actividades –sevillanas no porque no quería ni oír hablar de músicas y mucho menos de bailes– pero se matriculó en pilates y ganchillo, algo que siempre le había gustado pero que no aprendió porque el Señor solo le dio hijos y no hijas a las que tuviera que hacer mantelerías, sábanas o almohadones para el ajuar.

Convencerla para las excursiones les costó más esfuerzo, pero lo consiguieron. La primera fue a Segovia. Cuando contaba a alguien que iba a Segovia, lo hacía con pesar: “Yo no quería pero me han convencido las vecinas, y voy porque se va y se viene en el día...”. El autocar iba completo porque consiguieron un precio razonable. Desayunaron en la plaza del Acueducto un chocolate con picatostes y se hartaron de reír con los chascarrillos de unos y otros. A ella le costó congeniar con los desconocidos, pero esa situación duró el tiempo que duró el desayuno: por primera vez desde hacía seis meses, apareció un esbozo de sonrisa en sus labios. En la comida se metió entre pecho y espalda unas alubias de La Granja y después una paletilla

de cordero, que apuró con deleite después de meses y meses a base de verduras y pescado a la plancha. Tampoco hizo ascos a los postres comunitarios que aconsejaron los expertos en viajes para que cada cual degustase un poco de todo.

Pero las ventajas de ser pensionista iban más allá de los viajes de un día, y después dio el salto a los de más largo recorrido. Una vez descubierto el mundo de los hoteles, del bufé libre, de la miscelánea de postres expuestos en las vitrinas, no quiso salir de allí. Además, se hizo amiga de la chica de la agencia que organizaba los mejores viajes y le avisaba con antelación. Así recorrió España y el extranjero en compañía de sus amigas, que se las veían y se las deseaban para seguir su ritmo. San Sebastián, Cádiz, Asturias, Santander, Granada. Después dio el salto a París y a Roma.

En principio se negó a montar en avión, pero cuando surgió un viaje a Canarias necesitaron poco poder de persuasión para que se aventurase a conocer las islas. Para prevenir los efectos del trayecto tomó biodramina, pero no dio resultado: vomitó, el corazón quería escapar del pecho, temblaron sus piernas todo el tiempo hasta que, por prescripción de una amiga, se tomó un Baileys con hielo, ella que solo bebía un poquito de vino con gaseosa y una copita de quina Santa Catalina en ocasiones muy especiales.

—Eso sí, me niego rotundamente a montar en barco —dijo después de tan mala experiencia.

Pero *hombre blanco habla con lengua de serpiente*, y mujer blanca, también. Solo tuvieron que enseñarle los folletos del viaje a Mallorca, las cristalinas aguas de las playas de Alcudia o las cuevas de Artá y Drach para hacerse a la mar. El desplazamiento lo harían en barco porque esa temporada no había presupuesto para hacerlo en avión. Sus hijos le reprochaban que se hubiese convertido en una viuda viajera. Veían que no solo no iba a ahorrar sino que iba a dilapidar los ahorros de toda una vida de sacrificios y ya la veían cruzando el charco y no solo hacia América sino hacia el Lejano Oriente.

En su afán por recuperar el tiempo perdido, hizo cruceros por mares o ríos navegables, en verano o en invierno. No había viaje al que no se apuntara. Para ello se había hecho con un juego de maletas adaptadas a las distancias corta, media y larga, y había encerrado en lo más profundo del baúl del trastero las ropas negras y grises del luto, y cambiado por blusas anchas y pantalones, ella que nunca se había puesto unos pantalones. El sufrimiento tras la desaparición de su esposo, el trasiego de los viajes y una dieta que siguió a

rajatabla prescrita por una naturista, hizo que perdiese veinte kilos, por lo que los pantalones le hacían buen tipo. Abandonó el régimen de adelgazamiento porque una amiga, a la que no le importaban los kilos, le comentó un día que, adelgazando tanto, se le estaba poniendo la cara de pena de los que les gusta comer y dejan de hacerlo.

Tan brusco cambio de costumbres en su vida (“Hay que ver, ella que no pisaba el tranco de su casa sin el pobre Pascasio...”, decían algunas), hizo que rompiera relaciones con las hermanas del difunto, que pensaban que podía haber esperado un poco más, para que, al menos, se enfriase el cadáver. Un día, harta de soportar monsergas, estalló:

—Anda que si después de dos años siguiera caliente, sí le iba a durar la calentura.

—Eres una fresca. No quiero volverte a ver —le dijo la hermana mayor del muerto, que transmitió la frase a sus otras hermanas y tomaron la misma decisión: “Esa guarra se ha echado un novio y por eso actúa con tanto desparpajo, la mosquita muerta... ¡Pobre hermano!”, se lamentaron a coro.

Le retiraron la palabra y no volvió a hablar con ellas el resto de sus días.

Las siguientes fueron sus propias hermanas, que la acosaron con los mismos argumentos: pobre, ha pasado tan poco tiempo... A ellas, a las que ahora soportaba por razón de sangre, las mandó a la mierda sin pasos intermedios.

Ya no era la mujer que fue. Antes había sido tímida, jamás dijo a nadie una palabra más alta que otra, incluso se podría decir que vivía sojuzgada por todas; no tenía voz propia y sus opiniones eran todos los lugares comunes que recopilaba entre gente cercana o en la peluquería, a cuyas revistas, eso sí, era adicta y se conocía al dedillo la vida, obra y milagros, de actrices, actores y otras putas caras que aparecían por televisión: “Las veo por los santos, así me entretengo”, se justificaba. Ahora era respondona hasta parecer desvergonzada; la familia ya no era la intocable institución que fue y poco le importaba que los hijos no pudieran apañarse con los nietos. Cuando probó el elixir viajero mandó recado de que solo en casos muy puntuales y como excepción, recogería a los niños del colegio o les prepararía la comida o se quedaría con ellos un fin de semana para que los padres se fuesen a la sierra a hacer senderismo, “que vaya manía con tanto andar”, decía. Estaba jubilada: ya había trabajado suficiente en su vida. Esa postura le acarreó la ruptura con los hijos, no solo por no ayudarles en el cuidado de los nietos, sino porque

llegó un momento en que les comunicó que los iba a quitar de las cartillas de ahorro. Ellos trataron de convencerla de que era conveniente que estuviese alguno, al menos como autorizado, para evitar... Nada. No rompieron totalmente relaciones pero se diluyeron en el tiempo y pasaban meses y meses sin saber unos de otros.

Durante un crucero conoció a un viudo de su edad, antiguo corredor de bolsa, al que invitó después del viaje a comer unas migas manchegas, que las hacía estupendas, no en vano ganó varias veces el concurso de migas durante las fiestas de su pueblo. Al antiguo bróker se lo ganó por la cocina y él se dejó engatusar: le dio lo que ya no tenía y, con el tiempo, llegó a probar todas las especialidades de la cocina manchega. Además, la persuadió para convertirse en su asesor financiero con la promesa de que multiplicaría sus dineros en vez de tenerlos muertos de risa en plazos fijos con intereses de miseria.

Una vez engatusada con las ganancias bursátiles, la convenció para que se deshiciese de la casa del pueblo, sobre la que tenía el usufructo pero podía vender sin necesidad de autorización de los herederos. Los hijos la quisieron declarar civilmente incapacitada, y solicitaron en el Juzgado que la pusieran bajo la tutela de la administración, pero, antes de celebrarse el juicio, el juez había hablado con ella y después exhortó a los litigantes a que se abstuvieran de proseguir y retirasen la demanda, puesto que iba a dar igual lo que dijeran los médicos sobre su salud mental; había comprobado por sí mismo que estaba perfectamente y que lo que había contado sobre su vida y sus circunstancias le parecía de una clarividencia absoluta.

—Me parece de justicia que venda lo que le plazca —sentenció—. Y les doy un consejo, si me permiten: no sean ustedes egoístas y gánense la vida como se la ganaron ellos —apostilló el señor juez.

Los hijos salieron refunfuñando de la sala del juicio, echando pestes sobre “esta justicia que toma parte antes de escuchar a nadie”. Ella salió del bracete del bróker.

El mundo era un lugar al alcance de su mano. Había volado, desde ese lugar de La Mancha de cuyo nombre no quería acordarse, a las islas paradisíacas, a los ríos navegables de Centroeuropa, a los fiordos noruegos. Su objetivo era vivir.

El bróker, interesado en que durase muchos años, le habló de una clínica en Suiza, en un balneario de aguas termales al pie de los Alpes, en la que hacían curas de rejuvenecimiento y en el que pasarían unas vacaciones

espléndidas. Virtudes dijo sí, pero no le sentó nada bien que él le pidiese por adelantado el importe correspondiente de su viaje porque no le habían abonado el importe de unos bonos de un banco andorrano, por lo que, de momento, no disponía de *cash* (“efectivo, querida, dinero en efectivo”, aclaró), y, claro, la oferta tentadora del balneario suizo era ahora o nunca. Accedió a pagar viaje y estancia de los dos, por adelantado, con la promesa de que le devolvería el importe en cuanto el *cash* estuviese de vuelta.

Virtudes no disfrutó de la estancia en el balneario lo que le hubiese gustado porque no se le fue la mosca de detrás de la oreja durante todo el viaje. Nada más aterrizar en Madrid pidió cuentas al bróker de sus inversiones. Él le mostró papeles, cédulas con el nombre y apellidos de su amada, ingresos en bancos de los que nunca había oído hablar. Pero como era mujer desconfiada y todavía la buena vida no la había obnubilado hasta la ceguera, se fue a ver a su gestora del banco Banesto, como llamaba su difunto a su banco de toda la vida. Ella fue quien, al poner las cartillas al día, descubrió el engaño. Llegó a casa a punto de darle un ataque, y lo llamó al móvil. Nada más descolgar, soltó un tajante: “¡Quiero que vengas inmediatamente a verme!” El tono imperativo que utilizó le hizo suponer que la manchega había descubierto el pastel y contestó, haciéndose el sueco, con un: “¿Qué te ha pasado, cariño?”, al que ella contestó con un enérgico:

—Ni cariño, ni hostias, que vengas rápido —volviendo con todo su esplendor el genio durante tanto tiempo atemperado, ahora multiplicado por la rabia de sentirse engañada por un vividor.

Sus ahorros habían desaparecido, los beneficios de la bolsa no eran más que humo, papeles falsificados. Todo era papel mojado. La había dejado con el escuálido saldo que solía quedar a final de cada mes antes de cobrar su pensión de viudedad y con sus casas porque decidió finalmente que no vendería la del pueblo.

Él desapareció. No volvió a contestar a sus llamadas y, poco después, dio de baja su número de teléfono. Fue a buscarle a su piso de la calle Embajadores y no quedaba rastro del sujeto.

Cuando por sus medios no pudo hacer más averiguaciones acerca de su paradero, fue a la policía y presentó una denuncia. El agente que la atendió le recomendó, después de que ella relatara su desventura desde el principio, que contratara a un detective que lo localizara y después a un matón para que, por lo menos, le diera un susto, porque la denuncia quedaría tan en papel mojado

como sus dineros. Otra posibilidad era que buscara un buen abogado para que le esquilmasen lo poco que le quedaba.

Denunció. Sigue esperando noticias de la policía.

Virtudes, a partir del chasco con el estafador, intentó rectificar. Fue a la iglesia del barrio, la Virgen de Buenavista, a rogarle que la próxima vez le permitiera tener mejor ojo. Para consolarse decía que la culpa la tenía el mar, “las putas olas que, bien lo sabe Dios, nunca me gustaron”, además del hartazón de biodramina que se metía para el cuerpo cada vez que tomaba rumbo a cualquier mar, y que la drogaban durante el tiempo que duraba la travesía (de las copas de Baileys no recordaba nada).

Intentó restablecer las relaciones con sus allegados, especialmente con sus hijos, para los que asumió otra vez en el papel de mujer doliente estafada por un malnacido, volvió a las ropas menos llamativas y dejó de teñirse el pelo durante una temporada hasta que reapareció en su cabeza su níveo esplendor.

Pero, como también había madurado, se dijo que a lo hecho, pecho, y que había que poner al mal tiempo buena cara. Desde ese momento moderaría las salidas, solo haría alguna muy de vez en cuando, con sus viejos camaradas del IMSERSO, y cerca. Se descuidó un tanto hasta volver a parecer una viuda tradicional, pesadosa por la trágica pérdida de su compañero de toda la vida, aunque ya no podía decir el único, de lo cual se avergonzaba, pero poco.

Una vez de vuelta a su nueva vida, una mañana, colocando los cajones de la mesita de noche, vio que en el trasfondo había algunos papeles. Sacó el último cajón y los papeles polvorientos que había debajo. Eran viejos extractos de banco, un carné de identidad caducado, alguna foto y una libreta de ahorros. Buscó las gafas de cerca y la examinó. Tenía un saldo de doce mil euros y figuraba su hijo mayor como cotitular. La libreta se había traspapelado y eso la salvó.

Respiró.

Por un instante pasó por su cabeza volver a la agencia de viajes y preguntar si había alguna oferta interesante. Pero se dijo un rotundo ¡no! El propósito de enmienda tenía que ir en serio para que la creyesen.





## *La compra*

Estaba parada en la frutería del hipermercado, de espaldas, y la vi desde lejos. Me llamó la atención su conjunto deportivo: una falda blanca corta, de tenista, debajo de la cual se adivinaba el minúsculo triángulo que el tanga formaba donde terminaba la espalda, y camiseta rosa, ambas muy ajustadas a unas carnes prietas y bien proporcionadas. Cuando llegué a su altura la miré a los ojos y ella respondió a mi mirada haciéndome un gesto agradable con media sonrisa que quería decir “hola”. De cerca, su rostro delataba una edad en absoluto acorde con un cuerpo tan bien trabajado a base de horas de gimnasio. Me entretuve por esa zona llenando el carro y ella prosiguió el camino delante de mí. Ahora reanudó la marcha muy erguida, empujando con las dos manos la cesta de la compra con ruedas. Avanzaba moviendo sus caderas de un lado a otro, lo que resaltaba aún más su figura.

Seguimos cada uno nuestro camino y nos volvimos a encontrar de frente en el siguiente pasillo: pasta, arroz, tomate frito... y, al cruzarnos, me volvió a sonreír. Le correspondí. Desde allí, yo me dirigí a las conservas y ella, pasillo adelante, hacia las bebidas gaseosas. Desde donde estaba la vi volver sobre sus pasos; nuevamente nos cruzamos y cada uno se hizo el despistado, pero la sonrisa seguía en los labios.

Una vez cargados mi carro y su cesta, desembocamos en el pasillo de las cajas, ella detrás, yo delante. Volví la cabeza.

—Buenas tardes, señora, cuánto tiempo sin verla —dije ceremonioso.

Ella, siguiéndome el juego, respondió:

—Lo mismo digo, caballero, toda una vida.

—Pero ya sabe usted: los ríos que fluyen en paralelo terminan en el mismo mar. Me llamo Manuel —dije y le tendí la mano.

—¿Cómo? —me preguntó al mismo tiempo que me ofrecía una mano cubierta de pecas.

—Manuel —le respondí desentendiéndome del verdadero sentido de su pregunta.

—No, no, que no he entendido lo de los ríos...

—Quien se cruza muchas veces por los pasillos se termina encontrando en las cajas, no hay escapatoria. Me viene usted siguiendo desde la frutería —dije bajando la voz.

—Era usted quien me seguía, pero da igual. Me llamo Ana María.

En ese momento se escuchó la voz estridente del cajero recién aterrizado en la caja número X diciendo: “Vayan pasando por orden de colocación por esta caja”. Hice ademán de ir al mismo tiempo que ella, pero le cedí el sitio y ella me lo agradeció: “Gracias, Manu”, al mismo tiempo que hacía una mueca con los labios.

¿Quién le habría dicho que me llamaban Manu?

Aunque estaba en una caja y yo en otra, terminamos de pagar a la vez. Ella, muy cargada, con toda la compra en bolsas del establecimiento; yo, con mi carro medio vacío, le dije que, si iba al garaje, pusiera sus bolsas en mi carro y se las acercaba hasta el coche. Me miró y me volvió a sonreír. Me dijo gracias separando cada sílaba con entonación suave.

Cuando terminamos de meter las bolsas en su coche me volvió a dar las gracias resaltando mi caballerosidad y se despidió estrechando mi mano.

—¿Vives en el barrio? —me preguntó.

—Sí —contesté.

—Entonces nos volveremos a ver por aquí —dijo.

—Seguro, pero la próxima vez —le aconsejé— coge un carro grande, que tu espalda te lo agradecerá.

—¿Me estás llamando vieja?

—Por favor —respondí—, estaría ciego. No hay más que mirarte.

—Sí, ya he visto que me mirabas, pero lo mismo no me has visto bien —me respondió, con una mirada expectante que pedía continuar la conversación.

No quería tentar al diablo en traje de tenis y me dirigí hacia mi coche. Volví la cabeza y ella seguía de pie ante la puerta delantera de su Golf GTi negro con los cristales tintados. Al cruzar las miradas me dijo adiós con la mano. Volví sobre mis pasos y la invité a una cerveza en la cafetería del centro. Accedió.

En el ascensor tuvo lugar el primer acto de la vieja ceremonia... Las manos y la boca quisieron abarcar mucho más de lo que era posible en un trayecto tan corto. En la puerta de la calle, Bastien, el chico que vende *La farola*, vino a saludarme, como siempre.

—Papi, aquí ayer vi tu mujer.

Le di una propina y me sonrió.

—Gracias, papi, yo tumba, papi.

En la cafetería nos fuimos a un rincón apartado de la vista de los transeúntes; toda la fachada exterior de la cafetería era una cristalera

pintarrajeada, al estilo americano, con motos Harley Davidson, tipos con cazadoras de cuero sin mangas, pelos largos y grandes patillas; el estilo *Easy Rider* reubicado en un barrio de las afueras de la ciudad. A mí no me gustaba nada, pero teníamos prisa.

Nos colocamos en un rincón de escaso metro y medio por un metro, que se formaba entre la barra y la cristalera, tapada, en esa parte, con una especie de cortina verde oscuro. Nos sentamos en dos taburetes altos, yo contra la pared y con las piernas abiertas, y ella muy cerca, sus piernas entre las mías. Desde el primer instante sus piernas se convirtieron en las hojas de una puerta que se abrían y se cerraban. Se acercó un camarero con el mismo aspecto que los tipos de las fotos, pero con un mandil verde y negro recogido en la cintura, y camisa negra con mangas. Nos preguntó qué tomábamos, pedimos dos jarras de cerveza y, mientras tiraba la cerveza, mis manos se posaron sobre las rodillas de la dama. Sonreí y ella, mirándome fijamente, entreabrió su boca y mordió su labio inferior. Entendí la orden y la mano sobre la rodilla exploró territorios más al norte. Miré hacia el camarero que traía el aperitivo mientras la cerveza reposaba antes de darle el último toque de presión y retiré la mano. Nos puso la bebida y, en un gesto que agradecemos, desapareció detrás de las cortinas de la cocina. Dimos un trago y el efecto de la condensación en el vaso helado hizo que unas gotas cayeran sobre su pierna; devolví mi mano al mismo lugar en que se encontraba antes de que pusiera las copas, restregué las gotas sobre sus rodillas y noté cómo un escalofrío recorría su cuerpo.

—Tienes la mano helada, cariño —dijo y apretó sus piernas engullendo mi mano fría que, despacio, buscó los rayos del sol bajo la penumbra de su falda menguante.

Estábamos solos y en un instante mis dedos coronaron el cráter del volcán y su lava hizo que mis dedos alcanzaran una temperatura acorde con la estación del año en la que estábamos. Mientras hurgaba en la herida me dijo, acercándose a mi oreja, aunque nadie podía oír nada porque estábamos solos.

—Me ha gustado cómo me has mirado. Me gustan los tipos que cuando miran a una mujer lo hacen para que se sepa que la está mirando...

—Y a mí me gusta que seas sincera y no tan hipócrita como las que se sienten ofendidas por una simple mirada amable.

En afán depredador intentó comerse mis labios y mi lengua y me dejó hacer. Al mismo tiempo ella movía rítmicamente sus piernas. Entraron unos clientes en el establecimiento, suspiró, y apartó mi mano con disimulo. Volvió sus piernas hacia la barra y dimos un largo trago a la cerveza.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó, ahora con los antebrazos apoyados en la barra.

—Agente comercial —dije rutinariamente, con el pensamiento en mi mano izquierda que se deslizaba otra vez bajo su falda.

—¿Y qué vendes? ¿O compras?

—Lo que se presente. De todo —dije con la vista puesta en los jóvenes que habían entrado y tomaban una coca cola light.

Cuando sigilosamente alcancé de nuevo el objetivo, y después de que ella, mediante una maniobra certera, estrangulara mi mano entre sus piernas, me propuso marchar. Apuramos la cerveza y puso un billete de diez euros sobre el mostrador para pagar. Como todavía quedan en mí reminiscencias del hombre que no deja pagar a las señoras, le dije que no, que invitaba yo, y ella me respondió que hoy pagaba ella y quedaba pendiente mi invitación.

Salimos del apócrifo bar de carretera y fuimos hacia el garaje, donde nos esperaba la compra en nuestros respectivos coches. Cuando llegamos a la planta sótano, me tomó del brazo y me dirigió hacia el suyo; abrió con el mando a distancia y, en vez de sentarse en el asiento delantero, abrió la puerta de atrás y se tendió, la cabeza apoyada en dos cojines contra la puerta contraria. Con un ágil movimiento de dedos se quitó el tanga, me llamó extendiendo los brazos. Fui. Cerré la puerta: se abrieron las puertas del cielo.

Cuando volví a la tierra, el fresco del garaje me produjo un escalofrío.



## *Bastien*

Bastien es negro y musulmán, y vende *La Farola* en la puerta del mercado del barrio. Le saludo cada vez que voy a comprar y él me devuelve una amplia sonrisa y palabras amables. Siempre le doy algo de dinero, una pequeña cantidad que no lo libra de la miseria pero que agradece como si fuese una fortuna.

Él, finalizada la compra, me ayuda con las bolsas y devuelve el carro a su sitio.

Cuando miras a sus ojos y hablas con él, ves en la mirada y en sus palabras la desesperanza de los desheredados de la tierra, algo que entiende bien quién alguna vez tuvo que marchar de su país, expulsado por quienes en todas las épocas y en todos los lugares incrementan su bienestar a costa de la extrema pobreza de los demás.

Yo hablo con Bastien y soy Bastien, y soy todos los Bastien del mundo, y me pongo en su lugar, y siento el desarraigo y la desesperanza, y maldigo a los que le han abocado a esa situación y juro luchar por un mundo en el que todos tengamos cabida.

Hace unos días Bastien me dijo que tenía que marcharse, que lo echaban de su casa por no poder pagar el alquiler porque lo que recaudaba con *La Farola* no le llegaba para que pudiera comer su familia: su mujer y su hijo. Me dijo que se iba a Francia, donde vivía un familiar que lo había convencido para que probara suerte en el vecino país, a ver si allí le iba algo mejor.

—Papi, ¿tú poder ayudar? —me dijo juntando las dos manos y mirando al suelo, con voz temblorosa y con el gesto serio, muy serio, al borde de las lágrimas, porque él nunca me había pedido nada.

Asentí con la cabeza. El nudo que se formó en mi garganta quiso estallar. Le contesté que hablaríamos después. Entré en el mercado rumiando otra derrota porque la derrota de los demás es también la nuestra.

A la salida me estaba esperando y le ayudé lo que pude para hacerle algo más llevadero el camino hasta Francia.

Nos dimos un abrazo y sentí en el alma que mi hermano Bastien, negro y musulmán, nos dejara. Cuando me alejaba empujando a duras penas el carro con la compra, gritaba, mientras miraba el dinero que yo había dejado en sus manos.

—¡Papi, yo a Dios también por ti!

Y se daba golpes con la mano abierta en el pecho, en el lado del corazón, mientras revoloteaban en el aire, como palomas blancas, aquellas palabras:

—¡Papi, yo a Dios también por ti...!